



Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico. Vol. II

Autores (en el caso de tesis y directores):

Luciano Fabbri

Diana Maffia, dir.

Florencia Rovetto, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2019

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR

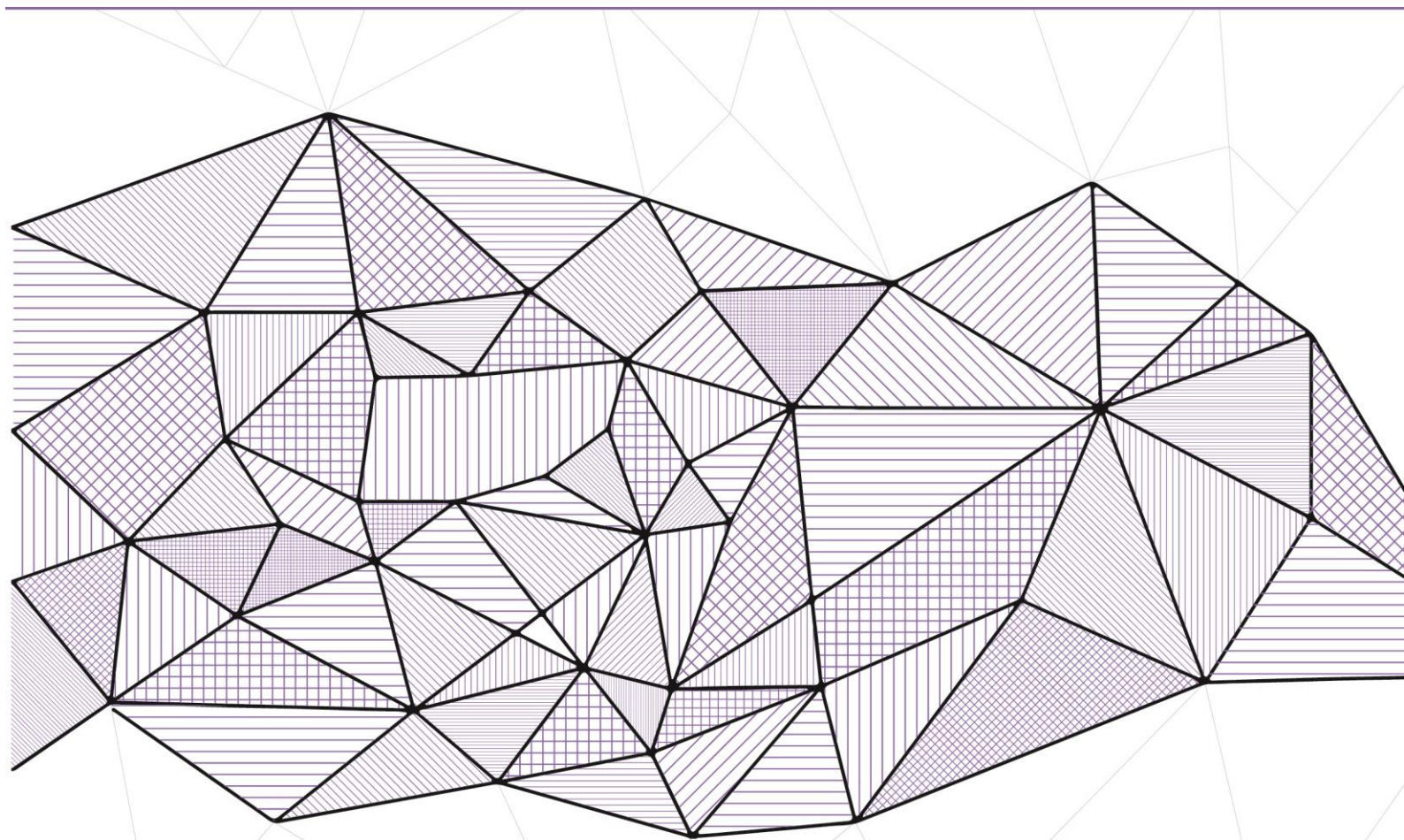


Luciano Fabbri

**La co-producción de narrativas feministas
como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico.**

Vol. II

Narrativas de mujeres feministas de la izquierda independiente



Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales
Facultad de Ciencias Sociales | Universidad de Buenos Aires

Directora: Diana Maffía

Co-directora: Florencia Rovetto

Buenos Aires 2019

Narrativas de mujeres feministas de la izquierda independiente.

En este segundo volumen (apéndice) de la Tesis doctoral; “La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico”, presentamos las “Narrativas de mujeres feministas de la izquierda independiente”, co-producidas junto a las interlocutoras de nuestra investigación.

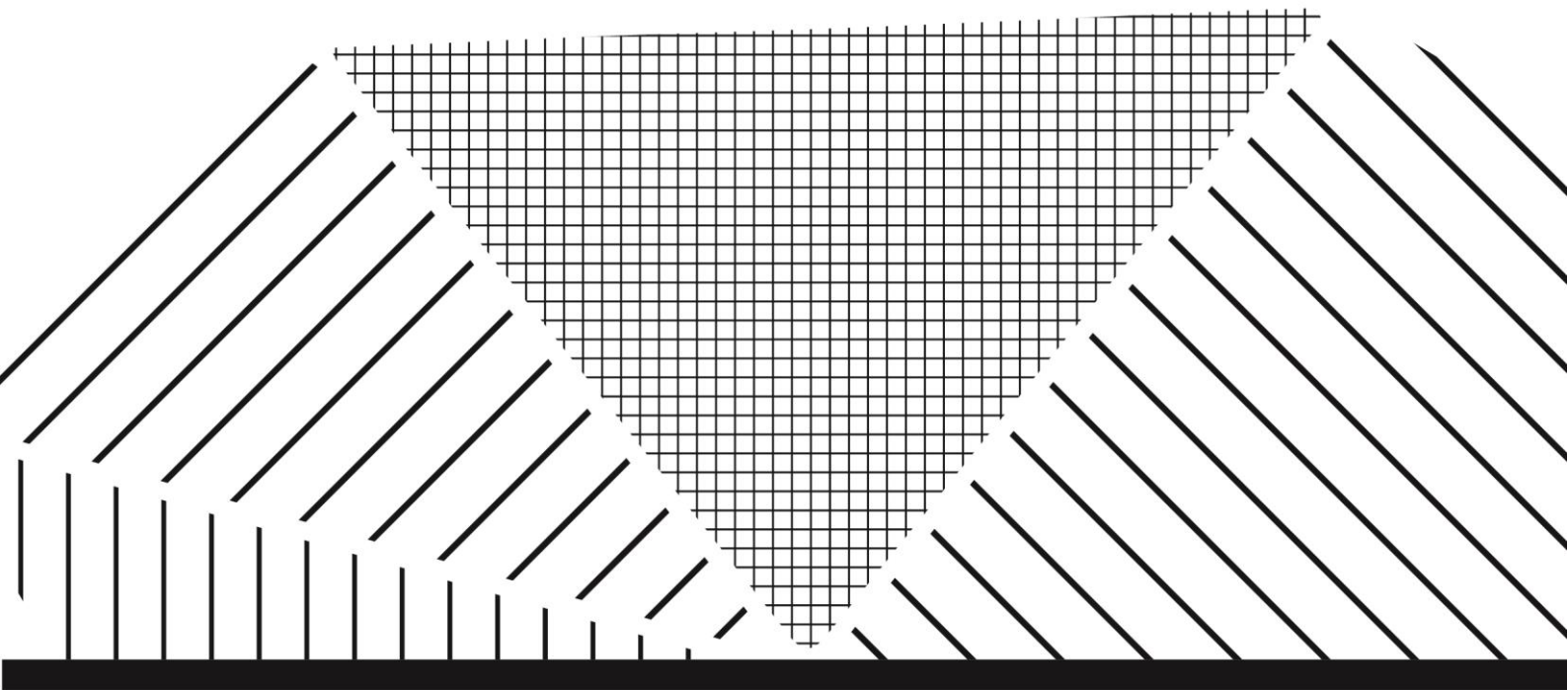
Estas narrativas son reconocidas como aportes teóricos situados producidos en co-autoría entre interlocutora e investigador, y cuentan con canales de circulación y validación independientes y paralelos a esta tesis.

Antes de cada narrativa, realizamos una breve introducción desde la posición del investigador con una breve resonancia sobre el encuentro y relación con la interlocutora, destacando algunos ejes de nuestra conversación.

Las características y definiciones en torno al trabajo empírico y la estrategia metodológica que fundamentan este trabajo, pueden encontrarse en el capítulo 3 del primer volumen de esta tesis, y las reflexiones sobre el proceso de textualización e interpelaciones sobre la posición de conocimiento y de género del investigador, en los capítulos 8 y 9 respectivamente.

Fragmentos de estas narrativas son entramados y puestos en diálogo y conexión con otros aportes teóricos a partir del capítulo 4.

Sugerimos la lectura previa de estas piezas textuales, para una mayor y mejor comprensión de las articulaciones propuestas en el segundo y tercer apartado de la tesis.



Narrativa co-producida junto a Yanina Waldhorn

Introducción a la Narrativa co-producida junto a Yanina Waldhorn.

Frente Popular Darío Santillán- Corriente Nacional.

Los encuentros y conversaciones con Yanina fueron sumamente intensos, hasta las lágrimas. Ella, y la forma de narrar-se, también lo son. Además, dieron inicio al trabajo de campo de esta tesis cobrando por ello una importancia adicional.

El 24 de abril de 2014, pasé a buscarla por la “Casa Nuestramérica”, el local del Frente Popular Darío Santillán-Corriente Nacional en Boedo (CABA) y esperé a que terminara la reunión del sector sindical. Era de noche. Luego fuimos caminando a su casa, compramos una pizza, charlamos, y decidimos dejar el comienzo formal de nuestra conversación para la mañana siguiente, más descansadxs. Pasé dos noches en su casa. Mantuvimos nuestra conversación en dos partes, una por la mañana y otra por la noche, ambas el 25 de abril.

Con “La Yani” nos conocemos desde hace muchos años. Ella en Buenos Aires y yo en Rosario, nos vimos convocadxs a acercarnos a participar en política en general, y en el feminismo en particular, en recorridos paralelos y simultáneos, marcadxs por los mismos acontecimientos. Si a lo largo de nuestros encuentros hipotetizamos sobre los múltiples posibles motivos de su acercamiento a espacios de militancia, hay coordinadas espacio-temporales que sin duda ofrecen experiencias liminares imposibles de soslayar, “marcas”, diría nuestra interlocutora. El 2001 con sus asambleas y rebeliones callejeras; el 2002 con los piquetes por “Trabajo, Dignidad y Cambio Social” y los cortes del Puente Pueyrredón por “Justicia para Darío y Maxi”; el 2003 y el conmovedor Encuentro Nacional de Mujeres contagiando de feminismo a nuevas generaciones. Nacimos el mismo año y fueron los mismos acontecimientos políticos e históricos los que nos interpelaron a búsquedas que cambiaron nuestras vidas. Nuestras conversaciones estuvieron “contaminadas” por esas coincidencias que nos acercaron, y que además de interlocutora e investigador nos encuentran reconociéndonos “compañerxs”.

Nuestras conversaciones tuvieron lugar en un año difícil. Las organizaciones que habían marcado nuestros itinerarios políticos y en las que construimos complicidades varias, atravesaron rupturas y fusiones, provocando distancias de las que no estuvimos ajenxs. En medio de ellas, y con un nuevo encuentro pendiente, Yanina se alejó temporariamente de su organización, para volver tiempo después.

Nos reencontramos en una sala de un Hospital de La Plata, deseando el mejoramiento del estado de salud de Mercedes, una compañera muy querida a la que tuvimos que despedir al poco tiempo, y a quien aún extrañamos y lloramos. Siempre desde la convicción de

que, como dicen sus compañeras “brujas piqueteras”; “cuando una guerrera se va, su alma se transforma en mariposa para acompañar a lxs que siguen luchando”.

La narrativa de Yanina es profundamente emotiva, políticamente emotiva, emotivamente política. Las asociaciones entre las prácticas patriarcales de los varones militantes en los espacios intergéneros y los efectos y costos sobre las mujeres ofrecen productos emocionales de un gran valor cognitivo para nuestra investigación, y para quienes tengan posibilidad de conectar con su narrativa. Las interpelaciones sobre las formas de pensar y practicar los liderazgos por parte de las mujeres y su contraste con el caso de los varones enriquecieron e incomodaron mis conceptos al respecto. Las reflexiones, cargadas de polémica, sobre los “procesos de masculinización” de las mujeres en espacios de poder nos provoca a estirar los límites de nuestros pensamientos a lugares imprevistos. Difracciones, le hemos estado llamando.

Una narrativa que escapa a toda zona de *confort* y corrección política para recordarnos, como dice Yanina, que “asumir el feminismo implica querer transformarlo todo”.

Narrativa en co-autoría con Yanina Waldhorn.⁹²

Integrante del Frente Popular Darío Santillán- Corriente Nacional.

“Yo estaba en plena búsqueda”

Soy Yanina, tengo 32 años y vivo en Capital, Ciudad de Buenos Aires. Milito en el Frente Popular Darío Santillán – Corriente Nacional hace mucho tiempo; casi 12 años.

Toda mi educación fue en la escuela pública. En la primaria iba a una escuela doble turno porque mis viejxs trabajaban. Soy la hermana mayor así que llevaba a mis hermanxs menores al colegio. Fui a una escuela secundaria bastante especial, el Pellegrini, un colegio de la Universidad de Buenos Aires.

A mis 12 años fui a mi primera marcha por el 24 de marzo. Era la época de la Ley Federal de Educación de Menem, las primeras marchas, suspensiones de clases y tomas. Eso te cambia la vida. Tenés dos posibilidades, o la dejás pasar o te sumás. Y me sumé. Eso ya empezó a revolucionarme la cabeza, con 12 años. Como en tercero del secundario, con unos 15 años, empecé a ir con el Centro de estudiantes del colegio a un hogar en Moreno, (*localidad en el Oeste de la provincia de Buenos Aires*) a laburar con pibes/as haciendo recreación. Después empecé a ir a todos los sábados a Ciudad Oculta, Piedra Buena, a hacer apoyo escolar en un lugar que habían donado unos curas tercermundistas. Para cuando estaba terminando 5to año se empezaban a gestar unas asambleas, algo que no era sólo cultural y social, sino un poco más político. Así empecé. Y después el 2001, que fue una bisagra para todxs. Todo lo que estaba pasando en la calle, en todos lados, hizo que necesitara más que ir una vez por semana a Piedra Buena. Sentía que había que arremangarse y ponerse a hacer algo para cambiar las cosas de raíz. Y había un clima de que estaba la posibilidad de hacerlo.

Yo ya estaba cursando en la Facultad de Ciencias Sociales y ahí conocí a compañerxs que estaban en el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Almirante Brown, que me invitaron a ir a Glew. Yo era la típica porteña que sabe que existe el conurbano, pero que no conocía que a una hora estaba Glew y mucho menos dónde quedaba en el mapa. Pero fui, y ahí empecé. Yo estaba en plena búsqueda.

“Mi vida había cambiado rotundamente”

⁹² En base a las conversaciones mantenidas el 24 y 25 abril de 2014, en casa de Yanina, en Boedo, Capital Federal. Aprobada el 29 de agosto de 2016.

En realidad, la primera invitación que me hacen fue a la marcha del 26 de junio de 2002, para conocer a lxs compañerxs. Me habían avisado que iba a estar picante. Yo sacaba fotos en esa época y podía servir que fuera. Llegué tarde a lo que quedaba de Avellaneda. Eran como los restos de una guerra. Esa fue como la primera marca: “*Yo quiero estar acá*”, pensé.

A la semana siguiente se hizo la marcha del Puente Pueyrredón a Plaza de Mayo, en silencio, porque era el cumpleaños de Maxi (*Maximiliano Kosteki, uno de los dos integrantes de la CTD Aníbal Verón asesinados en la represión del 26 de junio*). Esa marcha fue horrible, terrible, muy triste. También me marcó profundamente. Fueron horas de marcha y caminata en silencio, con la mitad de lxs compañerxs llorando. Aun así, había algo que circulaba, que tenía que ver con la dignidad, que no estaba en otro lado en ese momento.

Charlando conozco a Nancy⁹³, y me invita a ir a Glew el fin de semana siguiente. El MTD de Alte. Brown era un espacio que Darío (*Santillán, el segundo militante asesinado en la movilización del 26 de junio*) había fundado y organizado. Entonces, en esa organización en particular había un duelo terrible. De hecho, había grupos de psicólogxs que iban a contener a lxs compañerxs porque estaban muy quebradxs. Maxi (*Kosteki*) militaba en Guernica pero vivía en Glew, así que ambos muy cercanos a lxs compañerxs del movimiento, por lo cual ahí la situación era especialmente triste.

Caí en ese contexto, a un galpón de cartón y chapa, inundado, donde había un montón de ideas y gente que circulaba. Desde el momento en que entrabas por la puerta eras parte y podías hacer a la par. Y a eso no hubo con qué darle. Lo sentí enseguida y te quedas. Empecé con un espacio de salud, después de recreación, y después una defensoría de mujeres. Todo empezó a la vez y todo desordenado. Había muchas posibilidades de hacer. Mientras, el Galpón y la organización iban creciendo. El duelo de los primeros días, toda esa tristeza, se habían convertido en una lucha increíblemente fuerte. Los días 26 de cada mes se cortaba el puente. Y empecé a entender dónde estaba, ya no sólo desde la tarea social, sino política.

Yo sostengo que esa fue mi primera militancia política. Antes había participado de algunas luchas, pero no me había sentido parte de su construcción colectiva ni de una propuesta de cambio social. Esto era algo que te envolvía. No podías no estar ahí, había algo que estaba pasando que no estaba pasando en otro lugar del mundo. Vos entrabas a

⁹³ Más adelante en esta misma narrativa, al referirse a su acercamiento al feminismo, Yanina cuenta quién fue Nancy; “Nancy es una compañera que falleció hace unos tres años, del MTD de Brown, que después, en los últimos años batalló un cáncer de mierda, y que a muchas nos cambió la vida”.

ese galpón y algo cambiaba. Entrabas como en otra dimensión de construcción. Lo que vos aspirabas que la sociedad fuera se estaba construyendo ahí. Eso sentía en un primer momento de idealización. Después te das cuenta que todo es mucho más difícil. Durante dos meses sostuve ir una vez por semana, a los 3 meses iba todos los días, y al año ya estaba viviendo allá. Mi vida había cambiado rotundamente.

“Una nueva etapa política”

El MTD de Alte. Brown integraba la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD AV), que se dividió al poco tiempo del 26 de junio por diferencias políticas. Cuando asume la presidencia Néstor Kirchner se dio una fuerte cooptación y fragmentación de todo lo que había organizado; desde organismos de derechos humanos hasta movimientos piqueteros. Y con una parte de nosotrxs pudo. Fuimos a una reunión en la Casa Rosada por justicia por nuestros compañeros en la que nos dijeron: “si se bajan del Puente hay puestos y todo lo que quieran”. El MTD Aníbal Verón se divide porque el sector conducido desde Florencio Varela decide apoyar críticamente al nuevo gobierno. Varios movimientos continuamos bajo el nombre de MTD Aníbal Verón, que era de las organizaciones piqueteras más grandes en aquel momento. Como toda ruptura y división fue bastante difícil. Pero para entonces ya teníamos algún recorrido hecho con otras organizaciones y movimientos sociales, que no eran sólo barriales o territoriales. Desde fines del 2001 transitábamos una experiencia que se llamó COPA –Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas-, a partir de la cual se establecieron contactos con organizaciones estudiantiles y campesinas, entre otras.

Era una nueva etapa política para la que había que organizarse con más fuerza. Por las charlas, los recorridos, incluso la confianza construida con estxs compañerxs, surge la posibilidad de construir una nueva organización que pudiera pensar ya no en el sujeto “trabajador desocupado”, sino en un sujeto multisectorial. Y en un programa que tuviera que ver con un país más integral, no sólo pensado desde los territorios y para la defensa de los territorios. Porque los MTDs fueron una herramienta para un momento totalmente defensivo, la respuesta que encontramos desde los propios territorios para resistir al neoliberalismo.

Era algo nuevo, y lo que facilitó esta confluencia es que había prácticas de construcción comunes; la asamblea, la democracia de base –en ese momento se hablaba más de horizontalidad-, el prefigurar la sociedad que queríamos. Y así se arma el Frente Popular Darío Santillán (2004). Se pensó en Frente por esto del sujeto multisectorial, y en lo

popular, por el sujeto plebeyo que se estaba organizando. El nombre de Darío Santillán por lo que representaba el compañero.

“Darío es mística para nosotrxs, y la mística es como alimento para el alma”

Darío representaba un montón de cosas, no sólo para nosotrxs. Era un *pibe* -al momento en que lo matan tenía 21 años- que resolvió salir de la situación cómoda en la que estaba, arremangarse y ponerse a militar para tratar de cambiar las cosas. Empezó a militar en la secundaria, después a hacer trabajo barrial en Quilmes y en Don Orione, y después se fue a vivir a una toma de tierras en Lanús. Un chabón que estudió siempre y que tuvo mucha responsabilidad en lo que llevaba adelante, con un gran valor militante. Es difícil la comparación, pero creo que para muchxs de nosotrxs que conocimos la historia del Che, Darío era parecido, pero más cercano y real. Después, creo que a todxs nos eriza la piel el último acto que tuvo, de quedarse con Maxi cuando lo ve agonizando, pidiendo que no disparen, hasta que lo fusilan por la espalda. Aunque creamos que dar la vida por un compañero es un valor que hay que construir, hasta que estamos en esa situación no sabemos si lo vamos a poder llevar adelante. Y él lo hizo, puso el cuerpo.

Cuando tuve el accidente⁹⁴ venían compañerxs a decirme que le habían pedido a Darío que me pusiera bien. Lo ponían a la par del Gauchito Gil. Yo creo que en algún momento -después de haber despertado de un coma inducido- también le pedí a Darío. Una trata de no idealizarlo ni santificarlo, de poder pensarlo como un ser humano que representa todo eso, la dignidad, la juventud, alguien real que hace eso que decimos y creemos.

Darío es mística para nosotrxs, y la mística es como alimento del alma. Eso que no se sabe dónde está, pero que circula y te hace caminar. Circula por tu cuerpo y por el cuerpo de todxs a la vez. Es una energía, algo que no es material, y eso lo hace más lindo. Pueden ser símbolos, canciones, actitudes, colores, encuentros. Tiene que ver con avanzar juntxs. Es lo que te da una fe en querer estar en esta lucha, en sentir esta religión rara. Es algo que tiene que estar, porque cuando se pierde, es como la nafta, cuesta seguir andando.

“Todo empezó a florecer ahí”

⁹⁴ Nota *ad hoc*: “En el año 2008, en el marco de un Campamento con Jóvenes del MTD Alte. Brown tuve un accidente al tirarme de cabeza en una pileta, que me causó la fractura de dos cervicales y un hematoma en la médula ósea. Razón por la cual quedé con una cuadriparesia parcial, y después de una operación de 12hs donde me fijaron con prótesis las cervicales, y de dos meses de internación/rehabilitación, logré volver a una vida “casi normal”, con algunos dolores crónicos que aún padezco. En estos años tuve varias operaciones, incluida la instalación de un nuero estimulador para controlar los dolores. Viajé a Cuba para revisar mi estado físico, y logré entender que lo que me había pasado fue una distracción con la vida que estaba teniendo mientras militaba sin descanso”.

Al feminismo llegué por accidente, con el feminismo me choqué. Sé que hay algunas responsables. Primero fue Nancy, una compañera del MTD de Brown que falleció hace tres años, después de batallar contra un cáncer de mierda. Nancy nos cambió la vida a muchas. Yo tengo la teoría de que una necesita cierta madrina o padrino en la militancia, que te guíe, te acompañe, que te forme, ese guía espiritual que en ésta religión necesitamos. Y ella fue eso para mí; el abrazo que te contiene.

Recuerdo que en mis primeras semanas en el MTD me invitó a un taller en su casa. Me dijo que era un taller de mujeres y como yo estaba conociendo a las compañeras del barrio fui. Eran momentos en que se hacía de todo con lo que se podía, no había plata y no había mucho más que hambre. Llovía y compartíamos el mate.

Nancy nos dio afiches y revistas y dijo que recortáramos imágenes de cómo eran las mujeres que conocíamos. Nos hizo como 15 preguntas en relación a las mujeres. De pronto me encontré con que algunas no sabían escribir, con que otras estaban pasando por situaciones de violencia, y todo empezó a florecer ahí. Yo estaba todo el tiempo en contacto con esas mujeres, pero nunca en esa sintonía ni compartiendo esas historias. No parábamos de hablar, y de pronto me dije... *algo está pasando acá*. De hecho, después se lo dije a Nancy. Ella no me había hablado de feminismo. Dejó que me quebrara sola con todo eso, que me encontrara.

“Nos encontramos siendo parte de un movimiento de mujeres que llevaba décadas encontrándose”

Eso fue creciendo y al año siguiente fuimos al Encuentro Nacional de Mujeres en Rosario (2003). Ahí fue como me gané la medalla, el diploma; en ese encuentro ingresé al feminismo.

En los cortes de ruta y otras actividades nos íbamos conociendo con algunas compañeras, y supimos que algunas de “La Verón” de Berisso y Echeverría iban a ir a Rosario. Cuando planteamos en la mesa general del MTD de Alte. Brown -que era el espacio más importante que teníamos- que nosotras íbamos a viajar, lo único que nos dijeron fue “*no digan que son de la Verón, si van, vayan por ustedes, no llevan ninguna posición de la organización*”. No teníamos muchos elementos políticos para defendernos porque tampoco sabíamos lo que era un Encuentro Nacional de Mujeres. Pero ese fue un primer choque. Viajamos sin ningún apoyo, en un colectivo del PTS –que para entonces estaba lanzando la agrupación Pan y Rosas-, y ahí nos encontramos con ese mundo. Fue un encuentro bisagra incluso dentro de los encuentros de mujeres. Fue cuando se hizo esa asamblea nacional por el derecho al aborto, que es considerada un paso fundamental para

la posterior conformación de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Recuerdo que ese encuentro salió en la tapa del Diario Página 12 por su masividad e importancia política. Era la primera vez que asistíamos masivamente las mujeres piqueteras.

Era un encuentro donde nosotras nos estábamos encontrando con ese mundo. Creo que no dormíamos porque fuimos a todo lo que había; obra de teatro, taller, contra-taller, lo que sea íbamos. Agarrábamos todos los volantes y papeles. Teníamos mucha hambre de entender lo que estaba pasando. Fuimos por intuición colectiva y nos encontramos siendo parte de un movimiento de mujeres que llevaba décadas encontrándose.

Incluso en el Encuentro nos encontramos entre nosotras. Con Celina, por ejemplo, que estaba en el MTD de Berisso y tenía todo un recorrido previo en el feminismo. Entonces creo que nos dimos cuenta; *“che, esto hay que hacerlo en la Verón”*. Volvimos y se lo contamos a dos o tres en Brown y empezó a circular: *“che, existe este encuentro... ¿Y cómo no conocíamos que existía? ...Y hace un montón de años...y pasa todo esto”*.

Si el encuentro fue en octubre, el 26 de noviembre ya llevamos aerosoles al Puente Pueyrredón y empezamos a graffitear; *“el príncipe azul no existe, el macho violento sí”*. Nos habíamos comprado un libro de graffitis de Mujeres Creando. Nos miraban todos porque no entendían qué estábamos haciendo.

Producto de esas charlas, de esas graffiteadas y de encontrarnos con más compañeras, fue que empezamos conformar la Asamblea de Mujeres de la Verón, germen de lo que luego sería el Espacio de Mujeres del Frente. Y así nos fuimos reconociendo parte de un movimiento de mujeres del que somos hijas.

“Si además de ser anticapitalistas y antimperialistas nos declarábamos antipatriarcales”.

Nuestra primera reunión fue en Glew, éramos 5, 6 compañeras de diferentes MTDs. Decidimos hacer un volante que preguntaba desde si decidiste tu maternidad hasta quién habla en las asambleas o quién te representa en los espacios de coordinación de la organización. Y finalizaba convocándonos a una asamblea, delante de las banderas, los días 26 en el Puente Pueyrredón. En la primera asamblea fuimos más de 100 y desde ahí nunca paramos.

Después de varias de esas asambleas decidimos hacer un encuentro más grande de *mujeres que luchan* en Roca Negra, luego formación en los barrios y campamentos nacionales de formación política para mujeres. Nuestro espacio iba creciendo. Cada año viajábamos más a los Encuentros Nacionales de Mujeres.

Éramos un espacio que construía nuestra organización, pero que también tenía su proceso en paralelo. Por ejemplo, habíamos alcanzado definiciones de reconocernos como militantes feministas, o declararnos antipatriarcales, como espacio de mujeres, antes que el conjunto del FPDS.

Por lo que una vez conformado el FPDS, después de los primeros años de vida, decidimos como mujeres organizadas exigir que en el Plenario Nacional que se haría en Mar del Plata (2007), discutiéramos si además de ser anticapitalistas y antimperialistas nos declaráramos antipatriarcales, para que esa sociedad nueva que buscamos prefigurar con nuestras prácticas y valores sea igualitaria y contra todas las formas de opresión.

Llevamos un texto colectivo que preparaba e introducía el debate. Fuimos desde nuestras regionales, todas nerviosas de cómo dar la batalla. Recuerdo que lo discutimos en el segundo día con un Plenario de más de 200 compañerxs, en el que la mayoría eran varones. Nos habíamos distribuido estratégicamente a cubrir todas las comisiones. De la mía recuerdo frases como *“claro compañera, yo ayudo en mi casa y lavo los platos”* y yo contestando a un compañero que me duplicaba la edad y años de militancia: *“no la ayudas y los platos como otras tareas son tuyas. Lo que discutimos es más que quien hace las tareas de la casa, estamos discutiendo si vamos a luchar contra el patriarcado.”*

Ya en Plenario el debate lo ganamos con nuestra fuerza y con algunos aliados estratégicos que hasta cuestionaron sus privilegios emocionados delante de todxs. Incluso, hasta llegamos a colar el estar a favor de la legalización del aborto, pero eso llevo algunas instancias nacionales más de debate para afirmarlo.

“El feminismo es esa desembocadura”

¿El feminismo me cagó la vida?⁹⁵ Hizo que todo me incomode, que todo lo cuestione. Yo creo que es una forma de vivir la vida, de caminar, de ver las cosas. Es integral en una. Lo pienso no sólo en las tareas políticas que llevo adelante, sino en todo lo que hago. Cuando voy al trabajo, a la facultad, cuando estoy con mi familia. Va ocupando todos los espacios de la vida. Me parece que incluso esa es la forma de ser feminista.

El feminismo impactó en todos los aspectos de mi vida. Es que te lleva a revisar un montón de cosas de tu vida cotidiana. A veces te vuelve medio intransigente. Tenés que bajar un poco los decibels porque encima lo que hacemos nos envalentona más. Sos la abanderada del feminismo y eso tiene sus complicaciones, con compañerxs, amistades, o posibles parejas, no siempre receptivxs a la crítica.

⁹⁵ En referencia a la producción audiovisual de importante circulación virtual denominada “De cómo el feminismo me cagó la vida”. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=f6ar-qW-_CE

En mi familia también revisé un montón de cosas que no toleraba ni aguantaba. Algunas se fueron modificando. Mi vieja se ha replanteado cosas, está en otro lugar, menos sumiso. Ahora todos se levantan a lavar los platos, cosas que antes hacían sólo las mujeres. No se hacen más comentarios machistas. Es parte de las batallas que hay que dar. Parecen menores, pero son importantes.

Decía que me choqué con el feminismo, pero revisando mi historia capaz que no me choqué, o no se me impregnó tanto por casualidad. Hay cuestiones que tienen que ver con el ser mujer en esta sociedad. Y después situaciones de cierta violencia con alguna que otra persona con la que estuve. No violencia física, pero sí verbal o social, que te afecta y que te va condicionando. También problemas que tengo a veces con mi cuerpo, que después pude ir desnaturalizando, porque no es que los tengo yo con mi cuerpo, sino que la sociedad nos empuja a tenerlos. La pelea entre lo que tenés que ser y no querés ser, que a veces gano y a veces pierdo. Revisé esas cosas y cómo eso me afectó. Incluso creo que esas razones no son suficientes sino hubiera encontrado el feminismo dentro de la organización, o con la necesidad de construirlo dentro de la organización. Creo que también eso fue importante. El feminismo es esa desembocadura.

“Nuestro feminismo empezó así, al calor de las injusticias”

En principio, lo que empezamos a construir no era necesariamente feminismo, o no lo llamábamos así. Las mujeres nos empezamos a armar esa barricada porque sentíamos que lo necesitábamos en la organización, en “La Verón” en ese momento. Fue a partir de la necesidad de encontrarnos como mujeres a cuestionar y plantear cosas. Las primeras preguntas tenían que ver con eso; con que estábamos incómodas con lo que estaba pasando, y en eso se abría, no sólo lo que estaba pasando en la organización en cuanto a nuestra representación política, sino lo que estaba pasando en nuestras vidas y en nuestras casas.

El aborto en esos años no era con misoprostol. En los espacios de salud escuchaba cosas que no voy a olvidar en mi vida; las compañeras abortaban con agujas de tejer, con sondas, las pibas se desangraban en el camino al Hospital. Situaciones de violencias y abusos muy densas, muy incómodas: violaciones intra-familiares y dentro de familias compañeras.

No podíamos no hacernos cargo de lo que estaba pasando. Era necesario y urgente hacer algo con eso. No conocíamos la palabra sororidad, pero era lo que hacíamos. Había muchas compañeras de los barrios que se organizaban sólo por eso. Estaban pasando hambre y la organización no podía resolverlo más que con un magro plan social, pero esto que hacíamos era tan importante como nuestra supervivencia. Era parte de la

supervivencia. También hubo que aprender a cuidarnos. No teníamos respuesta para tanto, no estábamos preparadas para tanto. Era como la caja de pandora, pero lo que salía era toda esa mierda, y había que hacerse cargo de hacer algo. Así nace nuestro feminismo. Un feminismo popular, totalmente de abajo. Donde te sangran las injusticias y la desigualdad y te tenés que poner a caminar con eso, organizarte y avanzar.

Nos acercamos después a lo teórico e histórico, porque también leímos, nos formamos e hicimos nuestros campamentos, nuestros encuentros, empezamos a posicionarnos y a diferenciarnos. Tratamos de no etiquetarnos y de dialogar con los otros feminismos, de pensarlos y tomar lo que nos parecía que tenía más que ver con nosotrxs. Hemos tratado de encontrarnos con la historia del feminismo, recuperar compañeras, dialogar con esas cosas que se dijeron. Nuestro feminismo empezó así, al calor de las injusticias.

“El recorrido que tenemos es parte de nuestro feminismo popular”

Nuestra organización no nació siendo feminista. El feminismo se nos fue presentando como algo necesario para cambiar la sociedad. Esto de *“Sin feminismo no hay socialismo”* no es un slogan para nosotras. Esa es una de las particularidades del feminismo que construimos; pensamos y creemos que todas las compañeras y todos los compañeros en nuestra organización tienen que entender que no hay posibilidad de pensar en el Socialismo del Siglo XXI si hombres, mujeres e identidades disidentes no somos iguales, sino tenemos las mismas posibilidades, si nos cagan a golpes, si nos callan, sino cobramos lo mismo por el mismo trabajo, si tenemos que abortar clandestinamente. Esa es una de las particularidades de nuestro feminismo popular.

El recorrido que tenemos es parte de nuestro feminismo popular; cómo fue creciendo, cómo se fue politizando, cómo se volvió masivo. El feminismo a veces se queda encerrado dentro de su propia burbuja, para un pequeño grupo de personas o para buscar un cambio individual. En cambio, apostamos a que nuestro feminismo sea masivo, integral, que no se quede en la facultad o en el barrio, sino que atraviese todo lo que hacemos, somos, y construimos día a día, en las calles, las casas y las camas; que no sea un momento del día, sino en todos nuestros quehaceres que nos pensemos feministas.

La posibilidad de colar esta particularidad, de ser feministas, en la organización, tiene que ver con los principios de la organización y con lo que la organización es. El desafío de prefigurar nuevos valores, el compañerismo, la solidaridad, la igualdad. Incluso por el o la sujetx plural que se busca organizar. Todo eso que hace a la ensalada de frutas que somos, hace también a que esta fruta pudiera estar.

Aunque sea difícil decirlo, también tiene que ver con las mujeres que estamos organizadas acá; confluimos muchas que teníamos veinte años y sed de esto sin saberlo, con compañeras de cuarenta, cincuenta años, que tenían un recorrido feminista y sed de hacerlo masivo, integral, porque nunca habían construido feminismo organizadas en un movimiento social, con muchos hombres y mujeres que no estuvieran vinculadxs a esa experiencia. Se dio esa combinación, pero no fue azar.

Que nos bardearan de toque en la organización con lo que estábamos haciendo también nos provocó y nos dio más ganas de hacer. Que nos hayan dicho que juntarse entre mujeres les recordaba a una “reunión de *tapper*”, o que ante el planteo de viajar al Encuentro en Rosario dijeron que sí, siempre que no dijéramos que éramos de la organización, fueron cosas que en el momento las vivimos mal, pero que también nos fortalecieron y envalentonaron.

También tiene que ver con el momento político, con el tipo de organización, con haber aprovechado las posibilidades. Incluso, con lo que estaba pasando en la Argentina con el feminismo. Aunque muchas organizaciones, incluso de la izquierda independiente o popular, empezaron más tarde que nosotras a desarrollar políticas de género. Al principio no le encontraban sentido a lo que nosotras estábamos haciendo, consideraban que estábamos perdiendo el tiempo. Entonces no fue sólo el momento político, no fueron sólo las características y principios que tenía la organización -que también tenían las organizaciones de aquellas compañeras- las que posibilitaron estos debates. Tuvo que ver con que el aquelarre que se dio, al principio en “La Verón” y después en el Frente (Darío Santillán), se multiplicó. Todo eso hoy lo puedo leer así. No sé si es muy científico lo que estoy diciendo.

“El feminismo que estamos construyendo potencia el proyecto político de nuestra organización”

La izquierda a la que llamamos independiente, popular, somos organizaciones que crecimos y nos desarrollamos en un momento político y social muy particular de la Argentina, que hace a las diferencias con otras izquierdas. Esas diferencias tienen que ver con la construcción de poder popular, con la democracia de base, con pensar un proyecto político de país integral, con recuperar la historia de lucha de nuestro país y Latinoamérica, con pensar creativamente en nuevas formas de organización. Y principalmente con no ser dogmáticos. Esto nos diferencia de la izquierda tradicional porque posibilita la construcción permanente y colectiva para transformar todo lo que necesite ser cambiado.

Esos principios y esas formas de pensar y de hacer en estas organizaciones permitieron que el feminismo permeara. Porque el feminismo que estamos construyendo es también construcción de poder popular, es la recuperación histórica de nuestro país y Latinoamérica. No es un proyecto político diferente al de nuestra organización. Más allá de las resistencias que provoca, el feminismo que estamos construyendo potencia el proyecto político de nuestra organización.

El problema son estas resistencias que tienen algunos compañeros y compañeras, que a veces sienten nuestro feminismo más como obstáculo que como una forma de potenciar el proyecto político de país, de cambio social, de construcción del socialismo del siglo XXI.

Siempre nos encontramos con esta dificultad de construcción de nuestro feminismo, pero no siento contradicciones entre reivindicarme feminista y militar en una organización mixta. Mi feminismo siempre fue acá, en ésta organización, con compañerxs que no estaban de acuerdo, o que, si estaban de acuerdo, como un espacio a veces marginal, como un espacio con mucho potencial, como un espacio que creció y se legitimó. No sé cómo es militar en organizaciones exclusivamente feministas o exclusivamente de mujeres. Siempre me encontré en ésta dificultad de construcción de nuestro feminismo. Pero con la convicción de que potencia el proyecto político de la organización y de la sociedad que queremos construir.

“Reproducimos el sistema hacia el interior de la organización”

Fue después que volvimos del Encuentro Nacional de Mujeres de Rosario, en 2003, que empezamos a organizarnos en la Asamblea de Mujeres de la Verón, que más tarde sería el Espacio de Mujeres del Frente. En ese entonces, hace 11 años ya, nos hicimos una serie de preguntas que considero vigentes al día de hoy: “¿qué tareas llevas adelante en tu movimiento?, ¿participas en la asamblea?, ¿representas a tu organización hacia afuera?, ¿quién es vocero de tu movimiento?, ¿quiénes llevan adelante las relaciones políticas?”.

Hubo un montón de avances en el medio, nuestros, de las mujeres, y también de algunos compañeros. Pero en la práctica, en la construcción cotidiana, en el día a día, sigue dificultándose.

En todos los sectores hay tareas que seguimos llevando adelante las compañeras; de formación, de educación y sobretodo de cuidado. Más se ve en el sector territorial: en el sostenimiento del comedor, en las tareas comunitarias, colectivas, sociales, de salida al barrio, de salud. Todas las tareas de cuidado si lo pensamos globalmente. También en la

universidad porque en el sector estudiantil también ves que los compañeros son los que toman más las relaciones políticas y las compañeras son las que en general toman tareas de secretaría, de organización, de logística. Eso pasa en todos los sectores, donde hay mayoría compañeras, aunque en las tareas “más políticas” hay compañeros. Y en general, si hay compañeras en esos lugares, o no tienen recorrido de militancia feminista y por tanto no cuestionan ciertas prácticas desiguales, o si lo tienen y deben soportar algunas cuestiones o ceder algunos principios feministas, o en algunos casos masculinizarse.

Esta división de tareas, entre éstas “más políticas” y las que tienen que ver con el orden del cuidado, de la organización, las atribuyo a cómo se organiza este sistema capitalista y patriarcal. No lo atribuyo a cuestiones o características personales de compañeras y compañeros, sino a cómo reproducimos el sistema hacia el interior de la organización. No son tareas igualmente valoradas, están socialmente jerarquizadas. Puede ser que tenga que ver con la forma que reproducimos el sistema hacia adentro, con que algunos compañeros tengan la ambición de ser cada vez más visibles y figuras más públicas, sin deconstruirse o cuestionarse los privilegios. En cambio, muchas compañeras no tienen la necesidad de cubrir una tarea nacional, mientras la tarea que llevan adelante les guste, la disfruten, se sientan cómodas y les de placer.

Creo que muchas compañeras se refugian en el mandato social de que nosotras estamos para el mundo de lo privado y del cuidado. A veces son mandatos que rompemos entre nosotras, cuando nos encontramos en espacios de formación, en un encuentro nacional de mujeres, en un campamento, podemos problematizarlo, charlar, discutir. Pero cuando salimos de ahí y tenemos que definir quién va a ser la vocera nacional, quien va a ir al área de relaciones políticas, quien va a ser delegada a la mesa nacional, algunas veces volvemos al “*prefiero hacer esto, estoy más cómoda en esta tarea*”.

No es sólo nuestra responsabilidad como mujeres. Por eso parte de lo que venimos haciendo en el último tiempo es intentar hacer conscientes a los compañeros de sus privilegios patriarcales, para que esto se revierta. Pero hay una responsabilidad que sí es nuestra, de las compañeras, porque será adquiriendo protagonismo y rompiendo los esquemas como haremos posible que ellos entiendan y construyan también la despatriarcalización de nuestra organización como una de las tareas principales a llevar adelante.

“Siempre termina en el propio cuerpo”

Asumir tareas en las que no estás cómoda tiene sus costos, personales y colectivos.

Yo estuve 10 años en el sector territorial y ahora estoy en el sindical. Yo siento que estoy en el sindical no sólo como trabajadora organizada, sino también como mujer y con el desafío de ser una mujer feminista que piense lo sindical. Y lo que me pasa es que tengo que estar con la guardia en alto, todo el tiempo contestar, todo el tiempo decir “*baja la voz*”, “*pará, que quiero hablar*”. Y eso cansa. Y es también ponerte incómoda e incomodar a los otros. Se padece y yo no socializo que lo padezco porque temo que de hacerlo disuada a otras compañeras de habitar y disputar esos espacios. Pero después termina en tu cuerpo. Terminás contaminada con ese veneno.

Te hacés mala sangre y perdés amigos en el camino. A los compañeros con los que tenés mayores niveles de confianza y amistad, e interpelas sobre situaciones cotidianas, también les incomoda bastante que les hagas algún planteo. Para los compañeros hay una barrera inmensa entre lo público y lo privado. Y para nosotras eso privado es público. La búsqueda de coherencia entre ambos ámbitos es muy incómoda, y más si cuando falta se pone en evidencia.

Hay cosas de las que me quedo o me dejan afuera para evitar problematizarlas. A las compañeras que llevamos el feminismo a todas partes nos pasa a veces, de quedar en cierta forma afuera de algunas discusiones o planteos, porque es más fácil avanzar sin nosotras que con estos cuestionamientos, o teniendo que pensar más integralmente también desde el feminismo.

Cuando me tratan de “hinchapelotas” me revuelve el estómago, me provoca mucho. Lo puedo ser por obsesiva o exigente en las responsabilidades, pero no por tener que poner en lo público un límite que fue asumido colectivamente.

Son como ciertos costos que, no sé si todas, pero la mayoría estamos dispuestas a pagar en función de que el feminismo que construimos sea más integral. Igual no quiere decir que sea fácil o cómodo. Tiene costos colectivos y personales.

Una elige esta forma de vivir, y se convierte en un motor de vida el querer cambiar la realidad, pero también se contamina esa pasión. Yo siento la responsabilidad de transmitir la pasión, no la contaminación de esa pasión. Pero si no lo saco, ese petróleo me queda en el cuerpo, es contaminación. Y después me pasa que tengo un accidente porque el cuerpo no puede más. Hace 6 años ya que el cuerpo me dijo “*basta, ya está*”. Por un tiempo le hice caso, pero porque me obligaron un coma farmacológico, las operaciones y la rehabilitación, las cicatrices, aparatos, medicación, y muchos médicos.

“Te convertís en cierta policía de género”

Con esto de ser feministas en todo momento te convertís en cierta policía de género y cuesta salirse de ese lugar. Por un lado, tiene que ver con el reconocimiento de la tarea militante que llevas adelante en la organización, pero modifica las relaciones cotidianas, porque quedas en un lugar de control y represión de los comentarios y actitudes de tus compañeros. Te saca del lugar de par para ponerte incluso en un lugar de madre, de estar con la regla corrigiendo, lo cual es muy incómodo.

En un momento pensaba que era como una consecuencia de lo que estábamos construyendo y que iba a llevar su tiempo, hasta que todxs estuviéramos a la par en ciertas discusiones. El problema es que los tiempos a veces nos cansan, entonces terminas asumiendo estos lugares. Hay compañerxs que, por sus roles en la organización, una espera que asuman nuestro feminismo, les resulte más o menos cómodo, porque somos una organización que se define feminista. Y es importante porque nos expone o invisibiliza también. Si un compañero que toma relaciones políticas hace un comentario desubicado frente a otra organización, lo que hago es incomodarlo en público, y ahí me convierto en la policía. Prefiero ese costo porque creo que acelera también nuestros tiempos, sino los procesos que hacemos como organización son lentos y mientras tanto son muchas las injusticias que hay que bancarse.

“Además de la competencia está la complicidad, porque los machos se bancan entre sí con sus privilegios”

Decía anteriormente que, entre nosotras, en espacios entre mujeres, podemos romper más o menos con algunas limitantes que nos anclan a determinadas tareas militantes, o al menos problematizarlas abiertamente. Y decía también que en el marco de una dinámica inter-géneros esto se vuelve mucho más complejo. Al reflexionar al respecto, suele debatirse hasta dónde vinculamos estas complejidades a dificultades propias de las mujeres, si es que las hay; y hasta dónde las pensamos como dinámicas relacionales; hasta dónde las pensamos como maniobras desplegadas por los varones para mantener espacios de poder. No creo ni creemos en la existencia de algo así como “dificultades propias de las mujeres” o “atributos propios de las mujeres”. Personalmente me inclino a pensar que son maniobras desplegadas por los varones para no perder sus lugares de privilegios. En este marco, el tránsito por los espacios de definición política de las organizaciones mixtas presenta muchas dificultades. Pueden ser espacios de mucha competencia, mucha incomodidad, de mucho *porongueo*, que básicamente tiene que ver con quién la tiene más grande. Es la soberbia y competencia militante pero puesta en los testículos de los hombres, no en las capacidades de lxs militantes, independientemente de su género.

Por otro lado, además de la competencia está la complicidad, porque los machos se bancan entre sí con sus privilegios. Es muy probable que si un varón –más si es un compañero reconocido- de la organización y yo expresamos la misma idea, se reconozca más su palabra que la mía. No importa lo que digas, se hablan entre ellos, se miran entre ellos, se responden entre ellos. De esa forma te bloquean. También, cuando te dan la palabra porque consideran que no es importante lo que hay que decir, porque si no hablarían ellos. Por ejemplo, ha pasado que a las charlas importantes van ellos, y te convocan para las que consideran irrelevantes. O te avisan por descarte, el mismo día, porque ni ellos ni nadie más puede o quiere ocuparse.

La competencia por la palabra me anula bastante y me cansa. No creo que sea necesario intervenir para decir 15 veces lo mismo o repetir lo que dijo el anterior sólo para hacer uso de la palabra. Es algo que hacen los hombres para hacer notar su presencia. Me genera mucha incomodidad y logran bloquearme cuando no te dan lugar y se hablan entre ellos sin importar qué tengas para decir. Cuando estás sola con todos hombres en una reunión la verdad es que se sufre. Hay días que tengo la fuerza suficiente de tomar coraje, interrumpir y plantarme. Y hay veces que no quiero o no puedo. No siempre una quiere o puede llevarse el mundo por delante. En cualquiera de las dos situaciones, me calle o me plante, vuelvo angustiada.

El problema es que una es humana y hay veces que te hace mierda tener que estar todo el tiempo armada. Encima esas armas en manos de una mujer llevan rápidamente a que te descalifiquen; *policía de género, feminazi, feminista radical*.

Yo trato de no masculinizarme, pero a veces adquiero algunos atributos negativos de malos tratos. A veces tengo que recurrir al arco y flecha, porque necesitas poner algo en juego y no tengo *poronga* para *poronguear* ni privilegios sociales que ostentar. Trato todo el tiempo de no competir, de no descalificar, de no entrar en esa lógica con la que no acuerdo, pero no siempre puedo.

“Menosprecian las dificultades que tenemos las mujeres producto de las desigualdades de género”

La práctica que más obstaculiza la participación plena de las compañeras en espacios colectivos de militancia mixta es la reproducción de una forma de violencia social y verbal, principalmente de parte de los varones. Es fuerte así expresado, pero sin ánimo de generalizar y aclarando que no sucede con todos los compañeros, creo que las prácticas de los varones en esos espacios suelen ser violentas.

Menosprecian las dificultades que tenemos las mujeres producto de las desigualdades de género. Donde nosotras vemos un problema, ellos ven una excusa, y como es una excusa minimizan su importancia. No sólo en el discurso, sino también en la práctica. Entonces minimizan tener que cederle la palabra a una compañera, que más allá de su recorrido militante, por ser mujer, está haciendo el doble de esfuerzo que él para hablar, minimizan los efectos que tienen para las compañeras que les hagan caras o le salgan al cruce subiendo el tono para expresarles un desacuerdo.

En una álgida discusión sobre cómo despatriarcalizar la organización que estamos construyendo un compañero me contesta que *“género es un tema que garpa, así que tiene que estar en la nueva organización”*. Para mí esa fue la expresión máxima de cómo minimizan (pasa con compañeras también) la integralidad de nuestro feminismo como herramienta del socialismo del SXXI. Como si no fuera necesario luchar por las mujeres pobres que mueren todos los días por abortos clandestinos, porque cada 30 horas ocurre un femicidio o travesticidio, porque cobramos menos que los hombres por igual tarea desarrollada, porque ésta sociedad es particularmente injusta con las mujeres. Si es una agenda instalada, sobre la que se puede construir, sobre la que poder proyectar una política y una voz como organización, no es porque “garpe”, sino por la realidad que esa política denuncia y evidencia. Y porque hay un movimiento de mujeres, de disidencias sexuales, de varones antipatriarcales, un movimiento más amplio desde el que trabajamos para instalar esta agenda, aun cuando otros la minimicen.

“No podemos dejar que esos compañeros sean los que nos representen”

A veces ante nuestros planteos los varones nos dan la razón. En algunos casos creo que opera el miedo al escrache público. Algo que muchas compañeras aprendimos es que no nos quedamos solas en nuestra incomodidad, sino que por la confianza y la sororidad que construimos nos comunicamos y articulamos respuestas entre nosotras. Por ejemplo, si tengo problemas con un compañero porque hace planteos desubicados lo hablo con las compañeras de su regional. No por policía de género, sino porque ese compañero las está representando a ellas, y nosotras no podemos dejar que esos compañeros sean los que nos representen.

Otros compañeros no reaccionan porque no tienen la capacidad para escuchar lo que estás diciendo. Porque es menor, porque piensan que es un problema tuyo, una excusa, una justificación para no estar a la par. De estos compañeros no he notado muchos cambios en sus prácticas a pesar de todo lo que batallamos.

Tengo mucha más fe en los compañeros más jóvenes; porque tienen otra apertura y porque eligen sumarse a una organización que ya tiene un acumulado y un recorrido en políticas feministas, a diferencia de los que están hace muchos años, que se pusieron del otro lado de ese acumulado y ese recorrido. En algún lugar de mi cuerpo tengo la esperanza de que modifiquen algunas cosas, pero lo que a veces parece un cambio es pura cáscara.

Con otros compañeros se puede hablar en otros términos y existe una mejor escucha. Creo que esa es una de las tácticas que hay que darse para despatriarcalizar; hacer un seguimiento particular de algunos compañeros, e incluso de compañeras, dándoles la discusión, convocándolxs a las formaciones en género, acompañando pedagógicamente su apertura feminista.

“En los espacios de género nos falta problematizar estas dinámicas y acompañarnos mejor”

Aun sintiendo que son espacios hostiles creo que hay que estar, hay que ocuparlos y que tenemos que ser mayoría. A veces reivindico lo que dicen compañeras, aún sin estar de acuerdo, sólo para que sientan que alguien las retoma en las discusiones y se sigan animando a estar en esos espacios y tomar la palabra. Se necesita mucho valor para resistir sola en esos espacios. Si es una resistencia entre varias, necesitas generar complicidad rápidamente entre las compañeras. Todo el tiempo tenés que ir armando esas tácticas, tomar fuerzas, respirar hondo y acompañarse. Las nuevas tecnologías como el *whatsapp* aportan mucho a esas cosas en las reuniones. “*Che, voy a decir esto, salí a bancar*” o “*Decí esto, yo te banco*”. O sea, te organizas. Claro que no siempre compartís reuniones con compañeras con la suficiente confianza para hacerlo.

Yo voy a una reunión y si hay una compañera me siento más cómoda. No sé cómo explicar qué es lo que pasa, porque la puedo conocer o no conocer, pero me siento más cómoda. Es a la que voy a buscar para mirar a los ojos al hablar. Es muy raro, como si entraras en sintonía. Hay algo que te está juntando, que te está uniendo. Serán los padecimientos comunes, individuales y colectivos, que a veces permiten entrar enseguida en un nivel de confianza que posibilita avanzar sin estar midiendo quién sabe más, que es lo que muchas veces pasa entre los compañeros, o lo que nos hacen sentir a nosotras.

A mí ya no me resulta incómoda o amenazante la presencia de compañeros varones, porque voy a esos espacios con el arco y la flecha. La verdad es que voy como armada, siempre con el cuchillo entre los dientes, voy con el machete cortando, abriendo camino. Pero me costó un montón. Al punto de volver llorando, estar sin dormir, pensando todo

el tiempo en lo que yo había dicho, si era suficiente, si no. Me pasó muchos, muchos años. La cabeza no me frenaba y sufría un montón. Sea cuando te recriminas no haber hablado o cuando te obligas a hacerlo, o cuando hablas y te reprochas no haberlo hecho lo suficientemente bien, siempre estamos en lugares de mucha exigencia.

Ahora, por el empoderamiento que me dio la militancia en el espacio de género, no me importa si me equivoco. Me parece más importante estar y hablar. Si me siento incómoda con algunos compañeros igual los enfrento. Es como un desafío personal. En una formación una compañera de mucha trayectoria nos decía -nos gritaba- que, por más miedo, por más transpiración, había que obligarse, que no era sólo por nosotras, sino que en nosotras se expresaban muchas otras batallas. Y yo me obligo en muchas de esas situaciones.

En los espacios de género nos falta problematizar estas dinámicas y acompañarnos mejor, porque si no termina habiendo una rotación muy grande de compañeras que se queman, y de repente nos encontramos con el problema de que no tenemos ninguna compañera para ser vocera, y es muy importante que las voceras de la organización sean feministas.

“Las mujeres tenemos vocación de poder, pero no individual”

El trabajo de base en los territorios es clave para nuestra política de construcción de poder popular. Sin embargo, en la división de tareas, muchos varones jerarquizan otras formas de hacer política y las que más vinculación tenemos con esa construcción de base somos las mujeres.

Muchos hombres no están dispuestos a llevar esas tareas adelante, como garantizar una copa de leche en un comedor. Para ellos, más importante que la construcción de poder popular es la conducción de esa construcción. Creo que nosotras entendemos que parte de ese poder popular es el que hace que más compañerxs puedan asumir tareas de dirección, y que la organización crezca y tenga raíces. Entendemos esa tarea y la jerarquizamos.

No es por idealizar la construcción barrial, también hay lógicas de competencia y prácticas miserables, pero la construcción es mucho más colectiva. Es menos discernible quién hizo qué. En cambio, en las tareas de dirección política hay más lugar para el ego, el nombre, el renombre, el sillón. No sé si es una cuestión de género, pero la verdad es que no veo compañeras que les guste vivir de reuniones y sí veo compañeros cuyas tareas militantes se reducen sólo a eso.

Es notable cierta diferencia entre mujeres y varones cuando comienzan a militar y hacen el ejercicio de imaginarse, de proyectarse hacia adelante. Partiendo de que a las

compañeras les resulta más difícil esa proyección en función de un deseo personal y lo subordinan más a las necesidades del colectivo, a lo que se precise de ellas, en lo que resulten útiles o efectivas, o en lo que se encuentren cómodas (en general con mayor vinculación a tareas de cuidado, logísticas, de administración, operativas), mientras que los compañeros varones se imaginan muy tempranamente en lugares de referencia, de conducción.

No creo que a las mujeres nos falte de vocación de poder. Por el contrario, creo que las mujeres tenemos vocación de poder, pero no individual. Cualquier compañera militante tiene vocación de poder porque es la vocación de la organización; construir poder popular para el cambio social. Lo que no tienen, al menos no con la frecuencia y notoriedad que adquiere en los varones, es la vocación individual de ser ella quien ocupe ese espacio o lugar de poder.

Los liderazgos entre varones y mujeres se comparten más en las tareas de base. Hasta que hay que salir a comunicar eso que se construyó y empieza como un embudo; a medida que esas tareas adquieren mayor notoriedad y carácter público, somos menos las mujeres cubriéndolas.

“Mientras algunos son infaltables, otras somos intercambiables o prescindibles”

A medida que nos movemos de las instancias de participación local a las nacionales, disminuye la proporción de compañeras. Ya en las mesas políticas regionales y en las áreas nacionales son por lo general más compañeros que compañeras (salvo en la de formación que son mayoría compañeras). Tanto para la representación en los sectores como para la mesa nacional venimos transitando hace años el criterio de igualdad en la participación; un cupo del 50 y 50. Mete presión, pero no siempre se garantiza. Frecuentemente se incumple *“por esta vez”*. Y no es que no existan compañeras en esas regionales para tomar las tareas. Seguramente no se hizo lo suficiente para garantizar que esas compañeras estén, no se las valora lo suficiente, o de la misma forma en que se valora la participación de otros compañeros.

En las tareas de dirección nacional, dónde la participación se asume más en función de supuestos atributos personales que por criterios de representación, da la “casualidad” que suelen ser los hombres sus portadores. Se apela a los recorridos, la formación, pero no son atributos que expliquen la ausencia de otras compañeras. Muchas veces los hombres parecen ponerse de acuerdo para valorarse los atributos entre ellos. Vos no vas a salir a defender tus atributos, pero ellos sí salen a defender los suyos.

Y si te convertís en un obstáculo te corren. No es público ni formal el corrimiento, pero mientras no importa si la compañera puede ir a la reunión, si el que no puede ir es el compañero, es posible que se suspenda o reprograma. O te avisan de una reunión media hora antes. Son mecanismos más sutiles que la exclusión explícita. Mientras algunos son infaltables, otras somos intercambiables o prescindibles. Y bueno, son los costos que hay que pagar. El problema es que no todas quieren pagarlos y yo lo entiendo. La verdad que es incómodo.

“Hay espacios que son excluyentes para muchas compañeras”

Muchas veces los compañeros y las compañeras que acceden a roles de dirección presentan características similares en lo personal, más allá de las diferencias de género: pertenecen a sectores medios en lo económico, no trabajan o tienen trabajos muy flexibles, son jóvenes y no tienen hijos. En las compañeras estos requisitos son casi excluyentes, porque el compañero puede tener hijos y que no represente un obstáculo a su militancia.

Es muy raro que una compañera de un barrio esté pensando en ocupar cierto lugar en una mesa política si tiene cinco hijos, vive en Glew y tiene que volverse desde Capital al Conurbano a las once de la noche de una reunión. Es imposible. Y no creo que esa compañera no tenga vocación de poder. Quizás su vocación de poder tiene que ver con una construcción más colectiva y no con el poder referenciarse ella en particular, desde determinado lugar y tarea. Aún si tuviera esa vocación personal, tendría que hacer malabares y sobre exigirse para poder compatibilizarla con esos otros planos de su vida (maternidad, distancia entre lugar de residencia y de reuniones, tareas de base, etc). Ahí también se cruzan género y clase.

La composición del Espacio de Género es totalmente heterogénea en ese sentido. En la dinámica de la orgánica del espacio, en las reuniones de proyección política, sí supo haber una composición más restringida a compañeras jóvenes, solteras y sin hijos, universitarias, con un perfil más disidente, menos plebeyas por decirlo de alguna manera. Pero el espacio de género construye ciertas iniciativas que son muy masivas, como un campamento de formación o ir al encuentro nacional de mujeres, y ahí hay un encuentro de todas, con todas nuestras heterogeneidades, recorridos y cruces. Posiblemente es el espacio que más participación plebeya tiene, por lo popular, y por las posibilidades de participación, de acceso, de inclusión, de no competencia. Hay espacios que son excluyentes para muchas compañeras, más que nada de las barriadas o que trabajan todo el día, porque tenés que leer 15 documentos y 72 mails para poder ir.

“El masculinizarse les es funcional a los compañeros”

Desde mi punto de vista la masculinización de las mujeres en política tiene que ver con relegar algunos de los recorridos y cuestiones de género por ser o para ser parte de espacios de conducción política masculino, con asumir estas prácticas de competencia que señalamos en los varones, con reproducirlas o aceptarlas con tal de pertenecer. Y eso es una forma de masculinizarte. Creo que yo por momentos me he masculinizado, me lo cuestiono mucho, trato de romperlo.

Hay compañeras que hasta en lo físico se masculinizan para estar en esos espacios, o bien que accedieron y perduraron en esos espacios porque ya estaban masculinizadas. Sus características de personalidad, de corporalidad, pueden incluso ser atenuantes de la hostilidad de los compañeros para con ellas. Pero sobre todo pasa por ser funcionales a veces a su machismo, por su forma de militar. Quienes nos asumimos feministas, lejos de ser funcionales aportamos a incomodar en esas cuestiones, lo cual para algunos siempre fue un estorbo.

Las compañeras que llegan a esos espacios se masculinizan, asumiendo algunas de estas características que asociamos a lo masculino, pero después cuando analizamos las prácticas que llevan adelante en esos espacios, siguen siendo tareas feminizadas. ¿Cómo es que se da esta dinámica de masculinizarse para llegar y una vez ahí reproducir las tareas feminizadas? Es que no por masculinizarse rompen la desigualdad de género. Entonces los compañeros siguen atribuyéndoles tareas “propias del género”, feminizadas; lo organizativo, la secretaría, el tomar memorias. Esa compañera no rompe con esos estereotipos, con esos mandatos. Y los compañeros tampoco los rompen, los reproducen. No te masculinizas sólo por las tareas que asumís, sino también por el discurso. Por el discurso y las actitudes. Y también por aceptar ciertas tareas y discursos. La verdad es que esas compañeras que se masculinizan, a veces están en situaciones de sumisión, se las ignora, se las desprestigia, aguantan comentarios y cosas patéticas, se las ningunea. Es que todas las mujeres padecemos el sistema patriarcal, seamos o no feministas. La diferencia es que una compañera que es feminista lo problematiza todo el tiempo, lo cuestiona, lo pone en juego, y trata de transformarlo.

“Nos dimos cuenta que el cupo del 50% no alcanza”

A nosotrxs no nos tiene que preocupar sólo que haya compañeras en los lugares de dirección porque ya nos dimos cuenta que el hecho de que sea mujer no es suficiente ni es garantía de feminismo. Creo que nos metimos en una encrucijada con la política de

cupos porque habilita a esa respuesta que nos dan los compañeros; “*si somos mitad y mitad*”. Igual sostengo que había que hacerlo. Ya nos dimos cuenta que el cupo del 50% no alcanza, que es otra la cosa que hay que hacer.

Yo creo que la apuesta de las mujeres feministas de la organización tiene que redoblar, porque si no nunca va a ser suficiente. A esas compañeras masculinizadas habrá que acercarlas al feminismo, y tenemos que sumar más feministas a esas tareas porque con esas compañeras solas no alcanza tampoco. Con los compañeros que menos intransigentes se muestren ante los diferentes avances despatriarcalizadores que hagamos, seguir y profundizar, y con quienes se resistan, hay que ir arrinconándolos.

En estos años pasamos por diferentes momentos en el proceso de problematizar las desigualdades entre compañeras y compañeros; primero encontramos las mujeres y problematizarlo entre nosotras, después formarnos para tener más elementos para problematizarlo, después trabajar para que un principio estratégico de la organización sea ser antipatriarcales, después que días de lucha como el 8 de marzo sean tomados como movimiento y no sólo por las mujeres. Entender que la ilegalidad del aborto es un problema de todxs, que la violencia machista es un problema de todxs. Todas esas fueron micro batallas que dimos adentro, y también que dimos afuera, articuladas con el movimiento de mujeres. Siguen siendo batallas. No es que las ganamos por una declaración, porque salen en el boletín, en una cartilla, o en un libro.

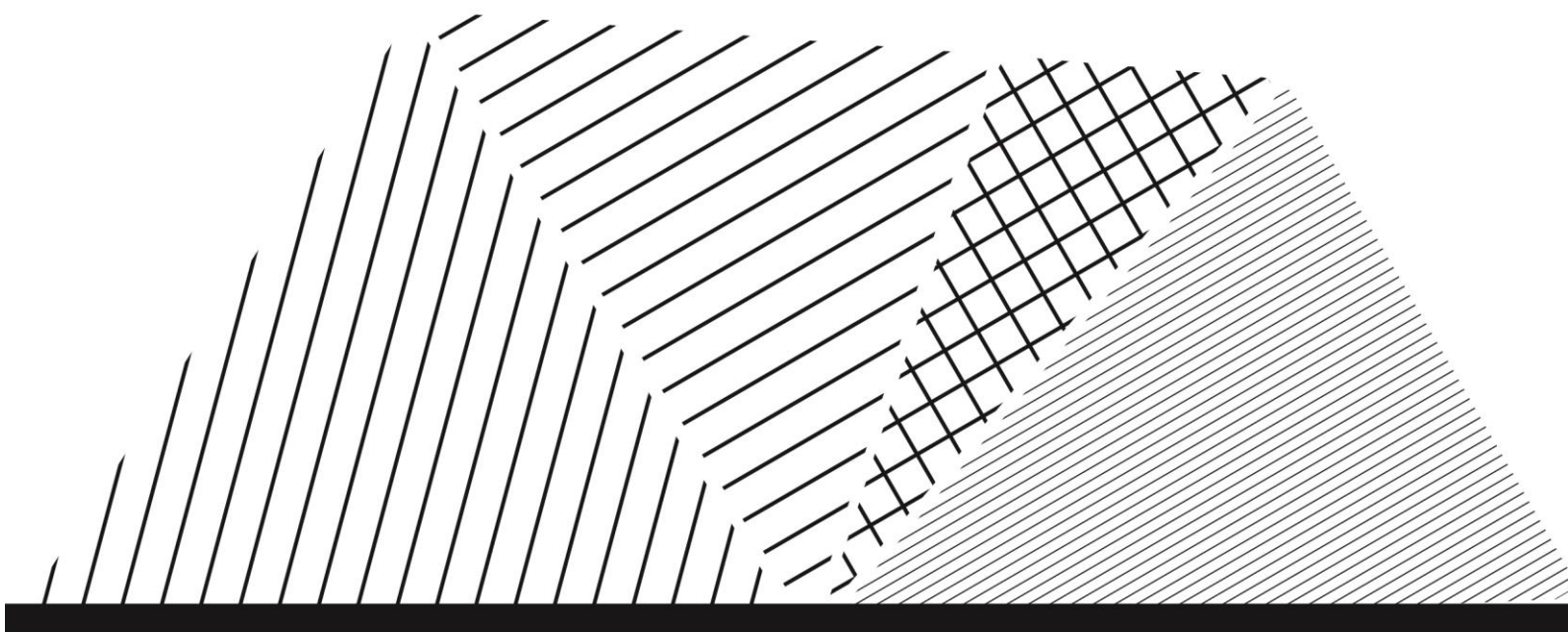
En años de organización aún nos sigue costando muchísimo la participación de las mujeres en ámbitos de representación política, así como desterrar prácticas machistas en muchos de nuestros compañeros varones. Y por eso es oportuno iniciar una política de despatriarcalización para avanzar en resolver estas cuestiones. Estamos pensando en la despatriarcalización de la organización, incluyendo a los compañeros en la acción de la despatriarcalización, formándolos e intimándolos a que hagan algo.

“Infinitamente convencidas que sin feminismo no hay socialismo”

Desde hace un año, desde que somos Corriente Nacional, comenzamos una transición del Espacio de Mujeres a Espacio de Géneros, entendiendo que nuestro feminismo debía organizar no sólo a las mujeres, sino a todxs lxs que queremos una sociedad más justa e igualitaria. También iniciamos un trabajo de despatriarcalización, como dispositivo para intervenir la organización, corriéndonos de lo declarativo y de la propia construcción y desarrollo de las políticas de género, para impulsar acciones concretas hacia el conjunto de la organización. Entre ellas hicimos encuestas nacionales que interrogaban e incomodaban nuestras prácticas hacia el interior de la organización, y también talleres

mixtos que nos ponían a discutir cara a cara los machismos a los que diariamente somos sometidas las compañeras mujeres. Desarrollamos acciones concretas como instancias de formación en diversas regionales, los campamentos específicos de formación en género, encuestas, intervenciones en campamentos de formación política, y en diferentes mesas nacionales. Corrimos compañeros machistas y/o violentos de algunas tareas de representación o de la organización, y armamos un protocolo contra las violencias hacia el interior de la organización, que aún no logramos discutir nacionalmente aunque sí en todas las regionales. Producimos un documento nacional sobre despatriarcalización que atravesó a la organización. Hicimos todo eso y nos falta más. Algunas discusiones se empezaron a abrir y circular. Nadie cree que es suficiente.

En esto estamos, cuesta muchísimo, es un proceso lento. Las perspectivas son muchas; seguir formándonos, sumando, deconstruyéndonos y ser cada vez más; infinitamente convencidas que sin feminismo no hay socialismo.



Narrativa co-producida junto a Nora Ciapponi

Introducción a la narrativa co-producida junto a Nora Ciapponi.

Frente Popular Darío Santillán-Corriente Nacional.

Conversar con Nora ha sido uno de los grandes lujos que tuvo este proceso de investigación. Nos encontramos en dos ocasiones, primero en su casa en Haedo (febrero, 2015) y dos meses después (Abril, 2015) continuamos nuestros intercambios en casa de una de mis amigas en Ciudad de Buenos Aires. Además de un lujo, podría decir que fue un privilegio, ya que al inicio de nuestro primer encuentro Nora me expresó; “ya no doy entrevistas porque me tienen cansada, ésta porque me la pediste vos”. No habíamos compartido muchos encuentros presenciales, pero sí integramos algunos espacios de militancia común, lo cual ha abonado a cierta construcción de confianza y reconocimiento mutuo. Además, Nora distribuye una revista de teoría y crítica marxista en la que he publicado artículos sobre feminismos en más de una ocasión, lo cual expresa también cierta comunidad de intereses y perspectivas.

Registramos unas seis horas y media de grabación, y habrá otras tantas en *off*, entre cortes para preparar el pollo al horno con ensalada con el que me invitó en mi visita a su casa y los cafés para mantenernos despiertxs durante nuestros prolongados intercambios.

En lo personal, no tuve la suerte de compartir espacios cotidianos con militantes de su generación o de las inmediatas posteriores, por lo cual, nuestras charlas también representaron para mí la posibilidad de conectar de forma directa con experiencias de participación política hasta entonces mediadas por fuentes escritas o audiovisuales.

Aunque con una trayectoria militante mucho menos intensa, mi tía Noemí había participado políticamente en algunos de los mismos períodos históricos, pero su desaparición forzada, encarcelamiento y posterior exilio, y una enfermedad de degeneración del sistema nervioso después, me imposibilitaron conversar con ella sobre su experiencia de militancia de la manera en que sí pude hacerlo con Nora. De alguna manera, estas conversaciones también representaron en lo personal un puente a una historia familiar que no encontró posibilidad de ser narrada inter-generacionalmente.

Nora vivió con pasión los acontecimientos políticos de la segunda mitad del Siglo XX y tiene en su haber medio siglo de militancia. En su narrativa podemos encontrar desde la vivencia pre-adolescente de la muerte de Evita hasta la rebelión popular de diciembre del 2001, pasando por la emergencia del movimiento feminista y juvenil de los 60s, la clase obrera que “hacía vibrar las calles Buenos Aires”, las revoluciones cubana y nicaragüense, la dictadura argentina y la caída del socialismo real en el Este.

En su trayectoria política Nora también representa un puente entre las izquierdas; entre esa vieja izquierda en la que militó gran parte de su vida, con experiencias que reivindica y critica con firmeza, y la nueva izquierda a la que apostó con entusiasmo, de la que se alejó con sufrimiento, pero cuya emergencia y consolidación sigue considerando una necesidad histórica.

Las dificultades que pudo tener Nora para seguir, con sus entonces 74 años, algunas instrucciones de la co-edición de la narrativa en el procesador de textos, fueron compensadas con su entusiasmo y compromiso. Intercambiamos más de 20 correos electrónicos y decenas de comentarios en el texto, “negociando” redacción, términos y tonos de crítica. Al mismo tiempo, me enviaba notas, libros y documentales que complementaban los procesos y debates políticos sobre los que habíamos conversado.

La narrativa de Nora desafía e interpela nuestra posición de conocimiento en varios aspectos. Su trayectoria personal y militante está repleta de experiencias que supusieron una burla a los límites que el patriarcado impuso tradicionalmente a la proyección de las mujeres en tanto sujetas políticas. A la luz de su historia, no sería extraño caer en la tentación de asignarle capacidades individuales extraordinarias, una voluntad heroica o una enorme predisposición al sacrificio, como tantas veces ocurre en la romantización de la militancia setentista. Por el contrario, su narrativa elude los relatos martirizantes dejando en claro que sus avatares han sido producto de fuertes deseos (“siempre hice lo que quise”) y una arrolladora determinación (“me tenían que parar”). A su vez, enlaza su trayectoria personal con una materialidad histórica para dar por tierra con cualquier intento por canonizar sus capacidades excepcionales: “siempre digo que soy producto de una época”, y suele agregar, “época de revoluciones”. Es desde esa subjetividad forjada al calor de una historia políticamente convulsionada que hay que poder leer a la Nora que les habla “a las compañeras, las que militan”, que las interpela a salir de las zonas de *comfort*, a abandonar la “victimización”, a dejar de esperar que sean los privilegiados los que les cedan el lugar, a “meterse el dedito en el culito” para exigirse, para obligarse, para desafiarse, y también para reconocerse ellas y entre ellas.

Nora polemiza con muchas de los sentidos comunes instalados entre los feminismos de este universo de organizaciones, interpela, incomoda, estira los límites de comprensión y contagia un entusiasmo envidiable. Quizás sea esa “mística” de la que nos habla Yanina; ese “alimento para el alma”, “lo que te da una fe en querer estar en esta lucha”.

En Febrero de 2019 volvimos a comunicarnos debido a que Nora está comenzando a escribir su libro y desea hacer uso de esta narrativa en el mismo. Allí me cuenta que hace tiempo no está participando en el FPDS-CN, y me invita a aclararlo aquí. Aún pasados

dos años de la co-producción narrativa, nuestra interlocutora sigue ejerciendo su agencia sobre este texto, dando cuenta de las potenciales reapropiaciones del conocimiento cuando su producción se propone alterar las dinámicas tradicionales de poder en los procesos de investigación.

Narrativa en co-autoría con Nora Ciapponi.⁹⁶

Fue integrante de Palabra Obrera, Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), PRT La Verdad y Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Post-dictadura integró las filas del Movimiento al Socialismo (MAS), Cimientos y el Frente Popular Darío Santillán-Corriente Nacional.⁹⁷

“¿Que de prisionera ya basta!”

Hay cosas que cuando uno vive no las registra, pero cuando sos bastante mayor, a medida que pasa el tiempo, las vas recuperando. Yo fui muy rebelde en mi adolescencia y pre adolescencia. Nunca me había puesto a pensarlo como algo importante o especial en mi formación. Pero hace pocos años mi hermana mayor (me lleva cuatro años), que vive en un pueblo cercano a Bahía Blanca, con quien nos queremos mucho a pesar de estar en las antípodas tanto ideológicas como de experiencia de vida, me dijo que una vez soñó una pelea muy dura entre mi madre y yo (que según ella se repetían continuamente), dónde tuvo mucho miedo que una matara a la otra. Yo era poco táctica con mi madre y lo que tenía en mente respondía: *“Yo como vos no quiero ser, una mujer que sólo se dedicó a criar hijos. No sé qué quiero ser, pero eso no”*. Y si bien tengo recuerdos de peleas, no de la manera que las vivió mi hermana.

Mi padre era jefe de estación de ferrocarril de tercera categoría (pequeños pueblos). Era una persona muy cerrada, hijo de italianos, autodidacta y lector. Cuando comenzamos a crecer nos invitaba a acceder a su biblioteca. Recuerdo los libros de Alejandro Dumas, de Dostoievski... Poco apoco empecé a leer. Mi padre pensaba que, si él había podido aprender sólo, ¿por qué sus hijos iban a estudiar en la Universidad? Esa era su idea, cuando estabas un poquito crecido, “a trabajar”. A mí me gustaba estudiar, pero en el pueblo no había secundaria, y una vez que terminé la primaria no logré que me dejaran viajar para continuar mis estudios. Sin embargo, viajaba en días y horarios más reducidos para estudiar dactilografía y taquigrafía. Empecé a trabajar a los 14 años. Sin avisar nada en casa empiezo la búsqueda de empleos del diario “La Nueva Provincia” de Bahía Blanca, ya finalizando mis clases. En uno de esos primeros avisos a los que me presento, luego de hacer un examen, envían una carta a mis padres solicitando me hiciera presente con una persona mayor ya que había pasado la prueba... Luego del reto por haberme

⁹⁶ En base a las conversaciones mantenidas los días 16 de febrero (Haedo, Provincia de Buenos Aires) y 7 de abril (Boedo, Capital Federal) del 2015. Aprobada el 8 de junio del 2016.

⁹⁷ Al retomar contacto con Nora, a principios del 2019, nos cuenta que ya participa activamente en el FPDS-CN.

cortado sola, me dijeron que el salario debía aportarlo a la economía familiar. Toda una negociación tuve que hacer para que me quedara una pequeña parte para comprar música, libros o alguna ropa.

Empecé a trabajar de lunes a viernes. Seis y media tomaba el tren y llegaba de vuelta a las nueve de la noche. Y todas mis relaciones en el viaje eran con los estudiantes, con los que iban a la mañana a estudiar la secundaria a Bahía Blanca y los que volvían a la noche del turno tarde. Así, de a poco, me fui independizando.

Lo más irritativo era mi postura frente a la iglesia. Era atea y lo difundía. Eso permaneció a lo largo de la vida, mucho odio a la institución. Mi madre *era “¡ay dios mío!”*, *“¿¡qué habré hecho!?”*, todo el tiempo, sobre todo por cómo era yo. Mi papá era muy crítico con los curas y la Iglesia, pero nunca al punto de atreverse a decir que no creía en dios. También me generaba mucho rechazo escuchar criticar a las mujeres si quedaban embarazadas de soltera o lo que fuere, y me empecé a dar cuenta que era materia de transmisión de la iglesia. Cuando escuchaba chismes contra las mujeres en mi casa me enojaba y no los dejaba pasar.

En la época que iba a la escuela que, por supuesto era pública, los lunes te hacían parar al lado del banco y te preguntaban si habías ido a misa. Yo me levantaba y decía que no, y como era todas las semanas la misma pregunta, terminé diciendo *que cuando iba me dormía, y si me dormía era porque no creía*. Me acuerdo que sentía mucha violencia en esas situaciones. Era muy chica, tenía once o doce años. Cuando mi hermano se casó por Iglesia yo no había querido vestirme para la ocasión, entonces me quedé afuera con los vecinos. Ese fue otro escándalo familiar.

Me acuerdo que en los juegos con mis hermanos varones no aceptaba ser pasiva, reclamaba mi lugar y me respondían que *“No hay cowboys mujeres”*, *“¡y a mí qué me importa! ¡Yo también quiero jugar!”* Entonces me decían, *“bueno, vos haces de prisionera”*, y me ataban a un árbol y ahí me dejaban. ¡Al rato estaba dando alaridos que me sacaran, que de prisionera ya basta!

No iba a los bailes porque no me daban las llaves de casa como forma de controlar mis horarios, pero tampoco era lo que más me gustaba, aunque bailar sí, hasta el día de hoy. Mi madre siempre me mandaba a hablar con mi padre para pedir permiso. La primera vez que lo hice, le avisé a mi madre que iba a hablar con él, y él se encerró en su pieza, con los postigos cerrados, todo a oscuras. Era una manera de intimidarme. Me di cuenta que todo resultaba más fácil de lo que creía porque obtuve en ese momento y siempre la misma simple respuesta *“no vuelvas muy tarde”*. ¡Mis hermanos varones tampoco tuvieron las llaves de la casa y saltaban el tapial!

Esa manera de actuar, de enfrentar las situaciones, me sirvieron mucho a lo largo de la vida y especialmente en la militancia.

En ese trabajo de la escribanía duré más de cinco años. Durante ese período mi familia se trasladó a Bahía Blanca a partir de que mi padre se jubiló, por tanto, ya no tenía que viajar, pero la ciudad me resultaba insoportable. El reaccionario y perdurable diario *La Nueva Provincia*, el papel de la Iglesia, el ensamble entre ambos, la vuelta al perro como paseo alrededor de la plaza, su clase media careta... La misma ciudad que luego cobijó a Astiz de la Base Naval de Puerto Belgrano. Me sentía muy asfixiada también en mi casa y comencé a tomar la decisión de venirme a Buenos Aires. Fue toda una discusión.

Un elemento más que ayudó a rechazar el futuro en la ciudad y en ese empleo, fue que había una vieja solterona que parecía una pasa de uva, como una monja, que estaba al servicio del escribano. Y yo pensaba “*qué desastre esta mujer, cuarenta años trabajando aquí*”. Luego, a pedido del escribano tuve que recorrer varias escribanías de la ciudad y en todas, todas, había una solterona que parecía no haber vivido otra cosa.

Corría el año 1962, había ingresado a Palabra Obrera hacía apenas dos meses, cuando me vine a Buenos Aires.

En la escribanía me hicieron una despedida muy linda. Y mi madre habló con una prima a la que yo no había visto nunca para que me diera lugar en su casa en Buenos Aires. Me acompañó para que efectivamente me quedara allí, pero a la semana me busqué una pensión y me fui. Le dije que no quería molestarla y que ella no tenía por qué hacerse cargo de mi decisión. En la pensión eran todas chicas, compartía la pieza con cuatro más. Yo trabajaba de día y cuando volvía a la noche no había nadie, así que ni siquiera podía entablar alguna relación. Por paisana me había metido en una pensión de prostitutas sin darme cuenta. Recorría la ciudad, caminaba mucho y así aprendí a amarla. Claro que extrañaba mucho mi casa, mi familia, pero la decisión se mantenía firme.

“Tenía tanta rebeldía concentrada”

Admiraba a Evita. Mi papá era radical así que tenía que esconderme de él para escuchar sus discursos cuando era chica. Cuando Evita muere en 1952 yo tenía 10 años y vivíamos en San Miguel del Monte. Ya sabía que había cosas de las que no podía hablar en mi casa. Creo que lo que más me impactaba era su rol de mujer, que tuviera tanta fuerza y que la gente la sintiera tan cercana y quisiera. Cuando ella muere, dijeron que todos los niños debían ir a la escuela con un crespón negro. Yo lo llevé con mucho dolor y orgullo.

En mi adolescencia comencé a leer todo lo que podía, especialmente a José Ingenieros; “*El hombre mediocre*”, “*Las fuerzas morales*” y otros; a Simone de Beauvoir, “*El*

segundo sexo”; a Radcliffe Hall, *“El pozo de la soledad”*, una novela sobre la homosexualidad femenina. De esa manera fui afirmando mis primarias ideas e iba encontrando sustento a mi ateísmo, cuestionamientos y rebeldía.

Tuve la suerte también que al lugar donde trabajaba llegó un escribano joven, recién recibido, de unos veintiséis o veintisiete años, y que dialogaba mucho conmigo. Cuando me llamaba para dictarme yo le hacía preguntas, me recomendaba libros o daba nociones elementales de marxismo. El militaba en el Partido Comunista.

Es en ese proceso que comienzo mi búsqueda política. Tenía tanta rebeldía concentrada y a su vez rodeada de una estructura tan rígida. Con otras dos amigas con inquietudes similares hicimos citas con el Partido Comunista, el Socialista Partido de Vanguardia Popular, y por último Palabra Obrera.

Las otras chicas perdieron rápidamente el interés y quedé aislada. A mí me habían caído bien los compañeros de Palabra Obrera pero no me volvieron a ver. Así, un día me encuentro en el colectivo con uno de los compañeros que nos habían entrevistado y lo interpelo preguntándole por qué no me habían visto más. Entonces contesta más o menos socarronamente: *“bueno si tenés interés de hacer algo, este domingo a las ocho de la mañana en Punta Alta vamos a hacer una actividad, vení”*. Una ciudad que quedaba a una hora y media de mi casa, domingo y a las ocho de la mañana. Ahí estuve. Cuando llego me explican que se trataba de vender unas rifas de un coche, a pagar mensualmente en un año. Nos distribuyeron por distintas cuadras, sola y como pude, vendí siete rifas. Tenía el temor que fuera poco, pero fui la que más vendió. Ahí se acabaron las dudas conmigo y yo me entusiasmé porque encontré otra recepción. Luego me fueron dando otras tareas. Los días de semana me esperaban a unas cuadras a la salida del trabajo e íbamos en una camioneta a hacer campaña por los barrios (elecciones de la Provincia de Buenos Aires, apoyando la fórmula Framini-Anglada, año 1962). Cuando llegábamos a los bares de barrio me subía a las mesas para que me escucharan y daba discursos para vender el periódico o pedir el voto para la fórmula. Los compañeros de Palabra Obrera querían que me quedara un tiempo más en Bahía Blanca; *“Tenés que consolidarte”* me decían, pero la decisión de venirme ya estaba tomada y no quería retroceder.

“Un consejo para toda la vida”

Mi madre lo manda a mi padre a hablar conmigo y él me dice algo que no me olvidé nunca. Más o menos así: *“Hay cosas que yo te puedo decir que capaz ya no sirven, entonces no te voy a dar consejos, lo único que te voy a pedir es que te fijas siempre que te quieran”*.

A esa altura ya sabía que había comenzado a militar, seguramente que había dejado de ser virgen, poco podía ocultar. Y aunque mi padre era radical, claramente antiperonista y yo de izquierda, con todo lo hosco que era, siempre estuvo orgulloso que hubiera hecho lo que quería.

Sin dudas, soy un producto de aquella época, de la revolución cubana y de la rebelión mundial que se generalizó a los pocos años, aunque también jugó mi impronta personal, mi propia historia.

Cuando llego a Buenos Aires consigo rápidamente trabajo para sostenerme. Primero como administrativa en una agencia de autos, y luego inexorablemente, por la experiencia y el salario, vuelvo a trabajar en escribanía.

Llego a los pocos días de haberse realizado el proceso electoral. El peronismo, con Framini a la cabeza, había ganado la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, pero no le fue entregado el gobierno. Palabra Obrera andaba haciendo entrenamientos militares porque caracterizaba que podía haber un levantamiento de los trabajadores. Pero como yo era muy nueva no me decían en qué andaban. Cuando los encontré me mandaron al movimiento estudiantil. ¡Yo no había hecho ni el secundario y me enviaban a la Facultad de Derecho! Al principio me sentía horrible, cuando salía del trabajo me iba a caminar por los pasillos de la Facultad. Sencillamente, creo que no sabían qué hacer conmigo. Y yo, aunque sintiéndome perdida, seguía yendo porque quería ligarme a la organización. Durante el poco tiempo que estuve en la Facultad (pocos meses por suerte), se hace un acto muy grande del peronismo en el que participo con los compañeros, que es atacado por militantes de la CNU (Concentración Nacional Universitaria, de derecha) y disuelto a los tiros. Las balas nos rozaban mientras corríamos y me pegué un susto grande, además de no entender nada. Ese día los fachos mataron a una estudiante; Norma Melena se llamaba.

Se organizó un acto de desagravio en la Manzana de las Luces, donde funcionaba la facultad de Exactas. Nos pusieron a otro compañero y a mí a custodiar la puerta de entrada que da sobre calle Perú, justo por donde deberían pasar los estudiantes para ingresar al acto, como también los fachos que pudieran ir con intención de disolverlo.

El compañero que estaba conmigo en la tarea era Aníbal Tesoro, a quien quise y respeté mucho. Si mal no recuerdo era la primera vez que lo veía. Me acerqué a él mientras ocupaba el lugar que me habían asignado y le dije *“tengo mucho miedo”*. Y me respondió: *“no te hagas problema que yo también, pero te doy un consejo, al miedo hay que enfrentarlo, sino te domina el miedo y sonaste”*.

Tampoco me olvidé nunca de ese consejo y lo puse en práctica muchas veces con buen resultado.

“Las mujeres no van a la clase obrera”

Luego me dieron la tarea de tipear el periódico *Palabra Obrera*. Mientras los redactores terminaban de escribir y/o corregir, yo tipeaba el periódico en una noche completa sin dormir. Allí conocí a la primera mujer militante, Mirta Henault, que era parte de la redacción y quien con la ruptura del Vasco Bengochea, su compañero, se fue de la organización y no la volví a ver. Nunca le pude decir que mantengo un muy lindo recuerdo de ella y que representó una referente en mis primeros años de militancia.

Como no quería hacer la tarea de tipeo (de eso trabajaba) le planteé a un compañero de la dirección que quería estar en contacto con los trabajadores, que no quería seguir haciendo de dactilógrafa, a lo que me respondió que *“las mujeres no van a la clase obrera”*. Le dije que tampoco yo tipearía más el periódico.

Durante ese corto período en Buenos Aires no había conocido a Moreno, que estaba en prisión por los hechos de Perú (asalto al Banco Miraflores). Al tiempo sale de prisión y se encuentra con un grupo muy reducido compañerxs. El Vasco en Cuba, él en prisión, la organización muy perdida, lo primero que hago es decirle a Moreno que quería ingresar a trabajar en fábrica. Su respuesta fue inmediata; que le parecía muy bien. Tiempo después nos mostró una carta dirigida a Ernesto González, que en aquel entonces estaba en Tucumán (donde le decía que ese grupo de nuevos jóvenes que habían ingresado estaban permitiendo retomar el trabajo en el movimiento obrero. En ese grupo estaba el compañero Rubén Bonnet, que trabajó en la fábrica Sudamtex, luego asesinado en Trelew; Alberto Pujals (hermano de Luis) en la fábrica Pirelli; Aníbal Tesoro en Flaiban, yo en La Hidrófila Argentina y otros. Todxs éramos muy jóvenes.

Antes de ingresar a La Hidrófila Argentina trabajé en Alpargatas de Barracas, aproximadamente dos meses, en la sección confecciones. Como es de imaginar era una negada, ideológica y prácticamente, para coser, bordar y planchar. Odiaba esas tres tareas. Me mandaron a una máquina que pegaba botones, donde tenía que embocar en los agujeros de los botones. ¡Rompí muchas agujas, entonces me mandaron a planchar camisas de hombres! Las tenía que planchar, doblar, poner los alfileritos y preparar para las vidrieras en bolsitas de nylon. Una tarea que detestaba, aunque al momento de colocar la camisa en el maniquí para abrochar los botones, hacía volar mi imaginación, por lo que fui encontrando momentos placenteros en la tarea.

A los pocos días que ingreso se llama a un paro de la CGT con movilización que comenzaría a las diez de la mañana. El delegado faltó y yo me dije; “¿*qué pasó que no vino el delegado?*”. En mi inexperiencia total no me había dado cuenta que el cabrón había faltado justamente para no garantizar el paro. ¡Salgo de mi sector de trabajo, hablo con una y otra compañera, me escuchan, intercambian opiniones entre ellas y la sección termina parando!

Al otro día a las seis de la mañana entro a trabajar y a las ocho cuando abre la oficina de personal me echan como perro. En Palabra Obrera me dieron para que tenga. Moreno me dijo; *¿vos qué te creíste, que cuando entraste las obreras dijeron ahí llega nuestra salvadora?*” No contesté nada por vergüenza, porque no había pensado en eso, en las consecuencias, ni en nada. ¡Sólo quería que el paro se cumpliera!

Rápidamente conseguí trabajo en la textil *La Hidrófila Argentina*, que estaba en la localidad de Florida del Ferrocarril Belgrano, una fábrica con cerca de 2000 operarixs. Entré decidida desde el primer día a aprender todo lo que fuere necesario al lado de mis compañerxs. Tuve que modificar conductas y costumbres, lo que hacía sin problemas ya que mi mayor deseo era involucrarme profundamente con mis compañeras. Por ejemplo, nunca había usado corpiño y enagua menos aun (una prenda por suerte hoy desconocida). Los primeros días en el vestuario, cuando me sacaba la ropa para ponerme el uniforme, llamaba la atención de mis compañeras por no usar esas prendas y por mi actitud desprejuiciada. Compré rápidamente corpiño y enagua. Lo sentía como una necesidad para derribar cualquier obstáculo. De lo contrario, sin que me conocieran, corría el riesgo de no ser aceptada ni escuchada.

Fue una de las épocas más lindas de mi vida militante. Por el lado social y cultural no me sentí nunca ajena, disfruté mucho toda la vivencia. Compartía los nacimientos, casamientos, cumpleaños o sufrimientos por pérdidas de familiares de mis compañeras. Yo vivía en pensión, por lo cual tenía problemas para recibirlas, entonces siempre me abrían sus casas y familia de manera generosa.

También tuve algunas pocas amigas; la más importante se llamaba Pastora, una sanjuanina mayor que yo, viuda, que tenía dos hijas adolescentes. A ella, a Delia -la hija de la dueña de la pensión donde vivía- y a otra compañera les abrí mi mundo; les conté qué pensaba, dónde militaba, de dónde venía y qué quería. Fueron de una lealtad inmensa. ¡A veces me da mucho dolor no haber podido volver a verlas!

Tenía claro que como mujer militante difícilmente podía compartir la vida si no era con alguien que militara, pero mientras tanto no me privaba de tener algún novio cercano a mis vivencias, sea por la zona que vivía o de la fábrica.

A mis compañeras las llevaba al cine. Buscaba las películas que les despertaran el interés por luchar. Así vimos, entre muchas otras, “*Norma Rae*”, una película yanqui sobre la vida de una delegada textil muy luchadora. O “*Los compañeros*”, sobre una larga huelga, del director Mario Monicelli. Luego nos íbamos a tomar algo y charlábamos de todo.

Ellas me llevaban a bailar en los carnavales al famoso Club “Comunicaciones”, lo que también disfrutaba mucho porque siempre me gustó bailar.

A La Hidrófila ingresé como “canillera”, que es la que coloca la carga de hilo de algodón en los telares. Tejeduría era de las más grandes secciones. Me apuraba mucho para que me sobrara tiempo y lograr que las tejedoras me enseñaran el oficio. Al principio se resistían haciéndome pagar derecho de piso, pero como me veían esforzarme fueron aflojando y me enseñaban a hacer los nudos, atender dieciséis telares a la vez. Era impensable que me eligieran delegada siendo “canillera” así que a los pocos meses de ingresar fui tejedora y a los diez meses ya me eligieron delegada.

Una vez hicimos una huelga de género en la época de Onganía. La empresa me convocó para exigir que bajáramos el ruedo del uniforme a la altura de la rodilla, cuando la mayoría usábamos minifalda. Hicimos consulta, levantamos firmas en contra y tratándose del largo de nuestras polleras se nos ocurrió pedir la solidaridad del gremio de los mecánicos. Por razones obvias acompañaron el reclamo, paramos la sección y la patronal se echó atrás. Luego, la mayoría de los reclamos eran más ayudantas para las tejedoras, más canilleras, etc. Logramos avanzar en varias cuestiones.

En ese período caí varias veces detenida por veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Es que cuando salía del trabajo me iba a militar a otros lugares, a volanteo o a dialogar con trabajadores de otras fábricas. Una vez, previo a un paro general, fui detenida en la puerta de la fábrica *Sudamtex* volanteando con otra compañera. Fuimos a parar a la cárcel del Buen Pastor por un mes. No declaré que trabajaba en la fábrica y Delia, la hija de la dueña de la pensión que sabía qué debía hacer si caía detenida, escribió a mi familia en Bahía Blanca para que manden telegrama a la fábrica en mi nombre, explicando que por razones de enfermedad familiar había tenido que viajar urgente. Así no perdía el trabajo.

Ya en el año 1968 se genera un conflicto importante porque la sección Tejeduría resiste el aumento de la producción. De 16 telares la patronal pretende elevar a 20 eliminando también la ayudanta de las tejedoras. Los dirigentes del sindicato miran para otro lado, hacemos paros en la sección. Comienzan por Tejeduría con el objetivo de que, si allí pasa el plan, cortando cabezas, podrían lograr el aumento de la producción en las otras secciones. Desde Tejeduría exigimos asamblea de toda la fábrica y se la convoca por primera vez en años. Fue la primera vez que hablé en público. La burocracia lo quiere

impedir, pero subo a la tarima donde están parados y arrebató el micrófono a uno de ellos. Frente a los gritos de mis compañerxs que piden me dejen hablar, no tienen otra. Llamo a luchar diciendo que el plan de aumento de la explotación es para toda la fábrica y no sólo para Tejeduría. El sindicato se niega a cualquier resistencia, Tejeduría queda aislada, y me despiden a mí y a otrxs activistas.

La pérdida fue un golpe grande para mí, en todo sentido. Luego conseguí trabajo en otras textiles de la zona norte como *Foresti*, *Productex* y *Moderato*, pero ya estaba muy fichada y más tarde o más temprano llegaban los informes de mi paso por La Hidrófila.

“Como organización tuvimos sensibilidad y política hacia movimientos distintos a la tradicional clase obrera”

En el período en que nos constituimos como PST (Partido Socialista de los Trabajadores) recibimos importante influencia del SWP (Socialist Workers Party) de EE. UU, quienes tenían gran participación en el Movimiento de Liberación Femenina de su país. Así tuvimos acceso a elaboraciones feministas, traducíamos sus trabajos y en 1972 organizamos la visita de Lynda Jenness, que en ese momento era candidata a Presidente en EE. UU por el SWP, en las elecciones que luego le dieron el triunfo a Richard Nixon. Se constituyó un comité de recepción para recibirla donde había personalidades de la cultura, del Partido Socialista Popular, del Partido Socialista Argentino y del Democrático, junto con el *Movimiento de Liberación Femenina*, activistas feministas independientes y el grupo *Muchacha* impulsado por nuestra organización. Lynda recorrió Mar del Plata, Rosario y Bahía Blanca, además de Buenos Aires. Una de las más importantes fue la realización de un acto en *Unione e Benevolenza*, que representó todo un éxito, además de encuentros entre Lynda y organizaciones feministas.

Si bien las reivindicaciones feministas y de liberación sexual eran parte de la época, ni el PC ni las organizaciones guerrilleras tuvieron la misma comprensión que nosotrxs. Es un hecho que como organización tuvimos sensibilidad y política hacia movimientos distintos a la tradicional clase obrera. Además, convivíamos estrechamente y de manera abierta con el Frente de Liberación Homosexual, con Perlongher y otrxs referentes. En varias oportunidades escuché que en realidad éramos las mujeres del PST las que sosteníamos estos vínculos y no el partido. Paradójicamente, ésta hipótesis es planteada por sectores que critican el centralismo democrático del PST. Entonces, ¿si era un partido centralista cómo es que las mujeres que allí militábamos teníamos tal autonomía para entablar relaciones políticas? El vínculo con los movimientos de liberación femenino y homosexual eran política partidaria y era fomentado por Moreno desde la dirección. Esta

política cambió durante la dictadura militar y ya en el MAS el tema de género fue abordado en clave de “la mujer trabajadora” y su relación con las demandas específicas de la clase.

De la misma manera, Mayo del 68 en Francia nos hizo visualizar que se extendía un movimiento de lucha juvenil e intelectual a nivel mundial, cuestionador de la alienación capitalista. Vietnam actuaba como acicate a todo ello.

Cuando se me elige como candidata a vicepresidenta junto a Juan Carlos Coral, en la primera elección, lo es por ser obrera, por mujer y porque tenía los treinta años recién cumplidos que exigía el cargo. También porque podía exponer nuestras ideas y polemizar. En los años 72 y 73, salía en televisión hablando del aborto, de la libertad y el derecho pleno al goce sexual, sobre la explotación capitalista que sufríamos las mujeres en los lugares de trabajo como también de la opresión producto del patriarcado. Combinábamos consignas como guarderías en las fábricas y establecimientos, igualdad salarial y de oportunidades, reclamábamos la jubilación para las amas de casa, a la par del divorcio, la libre venta de anticonceptivos, la protección a la madre soltera, la legalización y gratuidad del aborto en establecimientos del Estado y con todas las garantías necesarias que aseguren la salud de la mujer. La candidatura entonces establecía un claro mensaje desde la presencia misma como obrera, como mujer, como socialista.

“La alienación está aquí, también en nuestros cuerpos”

Por supuesto que existía machismo dentro del partido. Pero las mujeres nos fuimos empoderando en la militancia hacia afuera y también internamente.

Cuando se da el golpe de Estado de 1976 la amplia mayoría de las direcciones regionales tenían mayor composición de compañeras. En el Comité Central en menor medida. Teníamos nuestros propios espacios de reuniones y debates que luego transmitíamos al conjunto de la organización. Discutíamos de todo. Esta es una diferencia que veo con las nuevas organizaciones de izquierda provenientes de los movimientos sociales (y de las que me siento parte actualmente). Porque se suele hablar de dogmatismo en cuanto a la vieja izquierda, pero actualmente advierto más dificultades para abordar los problemas internos vinculados a los temas de género que las que teníamos en aquel momento. Existía una conciencia avanzada (también ahora la hay desde hace algunos años ya) que se reflejaba también en la propia organización. Rechazábamos una estructura que nos separara del conjunto de la organización, éramos profundamente críticas de cualquier similitud con la “rama femenina” del peronismo. De esa manera se provocaba también un choque positivo con los compañeros y la posibilidad del aprendizaje mutuo.

También en nuestras propias reuniones realizábamos introspección, es decir conocernos a nosotras mismas, las debilidades y problemas que enfrentábamos en nuestra propia formación y actuación. Fuimos incorporando claros códigos. Nunca criticábamos a una compañera por cuestiones personales delante de un compañero ni trasladábamos las cuestiones íntimas o personales que en alguna reunión se ventilaran. Con muchos prejuicios primero, pero con mayor libertad después, hablábamos de nosotras mismas, si teníamos orgasmos, si no teníamos orgasmos, por qué no, si éramos pasivas en las relaciones o no. Yo no sé si las jóvenes hoy tienen dificultades para tener orgasmos, si ya no es necesario seguir hablando de estos temas, o si no se hablan por prejuicios.

Creo que las dificultades actuales para politizar la sexualidad se deben a una falta de introspección en los espacios de género de la nueva izquierda. Entonces resulta difícil que nos afirmemos y gocemos como seres libres, rompiendo con los mandatos que tanto nos asfixian todavía. ¿Cómo empoderarnos socialmente si nuestros cuerpos siguen maniatados y/o utilizados como meros objetos sexuales? Tampoco conozco si en los espacios de género existe ese grado de intimidad, de integración humana entre las compañeras.

Nosotras éramos estudiosas del Informe Kinsey, el famoso informe sobre sexualidad de los años 50. Con ese libracó fuimos descubriendo que la homosexualidad femenina era mayor que la masculina, pero era clandestina, que la misma a veces no representaba una elección sexual definitiva sino transitoria, hasta disfrutar del sexo con quien conociera nuestro cuerpo, especialmente cómo tratar el clítoris (todo un dilema). También reconocíamos que las relaciones entre mujeres eran siempre más reprimidas a diferencia de los hombres porque la actividad sexual se la emparenta directamente con la procreación. Todo esto nos ampliaba una visión más profunda y crítica, además y fundamentalmente, de otro horizonte, de una mayor comprensión de lo complejo de las relaciones humanas, de no quedarnos en la mera superficie. No estoy diciendo que lográramos mayor felicidad que hoy, pero seguramente mayor comprensión, que la alienación está aquí, también en nuestros cuerpos. Y que vivir una sexualidad libre y placentera deberíamos considerarla una de las más altas expresiones humanas por las que luchar, prefigurativa de la sociedad que queremos. No sólo otras relaciones sociales que hagan desaparecer la explotación y la opresión en todas sus diversas manifestaciones.

Las problematizaciones que discutíamos grupalmente entre las compañeras a veces también se transformaban en reivindicaciones hacia el interior de la organización. Que ser mujer no fuera nunca razón para no poder asumir ciertas tareas cuando queríamos, como las tareas de seguridad, o dejar asistir a una escuela de formación de varios días

porque teníamos hijos. Todo eso se fue eliminando, si la compañera lo merecía y quería, debía abrirse la organización a resolver los problemas que le impedían participar. Y la organización éramos nosotros, todxs lxs compañerxs, no una abstracción.

Se llegó a proponer que por ser mujeres tuviésemos de partida, medio punto a favor cuando se tratara de ocupar lugares de responsabilidad, por ejemplo. Junto a otras compañeras no estábamos de acuerdo porque considerábamos que ello representaba una nueva discriminación que perjudicaría a los compañeros. Queremos igualdad de oportunidades, de derechos, no ganar lugares por nuestra condición de género.

Los compañeros eran respetuosos y también un tanto “temerosos” de nuestros espacios, ya que se sabía que no sólo discutíamos de la política a implementar hacia afuera, sino también interna, íntima si se quiere, lo cual implicaba saber cuándo no se comportaban bien con las compañeras. Éramos muchas, éramos jodidas y teníamos un poder grande.

¡Porque al decir de Simone de Beauvoir una mujer no nace...se hace! Quiere decir que lo logra a través de su propia lucha, individual y colectiva, la que abarca muchos aspectos, no sólo la igualdad en los derechos, sino también el cómo respetar el propio cuerpo, sentirlo y cuidarlo como parte expuesta y sensible de nuestra humanidad. Nosotrxs todxs, vivimos una hermosa época de lucha contra la alienación capitalista en sus diversas manifestaciones, donde también estuvieron presentes nuestros cuerpos y sentires. Una de las más grandes manifestaciones de ello la representó el mayo de 1968, en el momento bisagra del inicio de la aguda crisis capitalista (hablo de crisis en el sentido de haber dejado al desnudo que el capitalismo no representaba progreso).

Es cierto que es difícil avizorar un mundo de seres humanos plenos y libres. La propia naturaleza de la que somos parte está siendo destruida cotidianamente. Pero la lucha por transformarlo todo está más vigente que nunca. Revolución social, revolución humana para encontrarnos plenos y libres, y revolución sexual como parte intrínseca, no pueden ni deben ir separados.

“Les estoy hablando a mis compañeras, a las que militan”

Las tareas que en una sociedad están asignadas a las mujeres se trasladan mecánicamente a la organización y más aún si las mujeres militantes no luchan contra eso. Porque se dice que las mujeres “tenemos” una capacidad infinita para hacer de todo. Y digo yo; ¿Cuándo se descubre esa supuesta “capacidad”? Atiende a los viejos, a los hijos, al marido, se ocupa de la familia, lava la ropa, trabaja afuera, hace esto y hace lo otro... ¿Y cuándo tiene tiempo de pensar en sí misma?, ¿Cuándo puede dedicar tiempo a lo que le gusta?, ¿Cómo se siente cuando le hubiera gustado ser ingeniera y terminó siendo ama de casa?,

¿Cuántas veces terminó haciendo otra carrera que no le gustaba porque “*ingenieros son los hombres*”?

En la realidad, las mujeres somos “orquesta” porque cubrimos muchas de las funciones que el sistema no cubre y deja en nuestras manos. Desarrollarnos en múltiples tareas es una forma de incapacitarnos para realizar otras y así nos convertimos en mano de obra esclava del capital, aún sin trabajar de manera asalariada. Y más todavía cuando de doble jornada se trata. Saber qué función económica cumplimos es muy importante, pero también no dejarnos seducir por aquello de que “todo lo podemos”. Somos educadas desde que nacimos para ser unas desparramadas y encima nos quieren hacer creer que dispersarnos en infinidad de tareas es una virtud que tenemos que demostrar, cuando nos termina incapacitando para desarrollarnos políticamente en otros aspectos, en tareas más específicas.

Cuando esa “especialización” se habilita sólo para las tareas de género, terminas por enclaustrarte, aislarte o encapsularte. Distinto es si vos tomas esa política para que la mujer se politice, se fortalezca y ocupe otros espacios en la organización. Ser críticas con nosotras mismas, no tener temor a conocernos, nos abre otra perspectiva. A eso también llamamos introspección; introspección como militantes en una organización política. ¿O acaso no tenemos dificultad para sentarnos a estudiar un documento? ¿O para pensar en los objetivos de la reunión a la que vamos a asistir? ¿O para pensar y/o escribir sobre la política para el lugar de trabajo, barrio o territorio en el que actuamos?

Dar batalla para corregir estos y otros problemas implica cambiar la jerarquía de las mil y una actividades que hacemos de manera dispersa todos los días. ¡Pero para eso debemos creer que es posible, que tenemos la capacidad y la posibilidad de lograrlo!

Para ello todo cuenta. Cuentan las decisiones individuales sin duda y también las colectivas. ¡Obligarnos a leer hasta lograr el hábito y el gusto por la lectura, dejar de dar vueltas alrededor de nosotras y en mil pequeñas cosas, o en función de lxs demás como si fuéramos imbatibles, son luchas titánicas contra nosotras mismas!

¡Estoy lejos de tener una visión de víctima y cuestiono esa postura para cualquiera que se reconozca feminista! No queremos que ustedes (el capital y el patriarcado) nos “hagan mujeres” predestinadas y moldeadas. ¡Luchamos por ser lo que nosotras queremos!

Sin pretender generalizar, veo a muchas compañeras en una postura un tanto victimizante y ello representa una traba importante. Seguramente sentirse parte de un colectivo de mujeres llena de entusiasmo, de emoción, no sólo porque ayuda a aglutinar, a fortalecerse, a desarrollarnos en un espacio “donde no rendimos examen”. Pero el problema (si se quiere enfocar así) es que nuestra militancia es muy abarcativa. Luchamos por un

cambio de sistema, militamos con compañeros, pero también en ámbitos sociales, sea como trabajadoras, como vecinas, como estudiantes. Resulta imprescindible, por tanto, el choque, la confrontación, el asumir tareas diversas.

Hay que incentivar a las compañeras a experimentar en otras tareas, resaltar sus condiciones para hacerlo. A veces están tan escondidas que ni ellas saben de lo que son capaces. La primera prueba es levantar la autoestima, sino no se puede pelear con nadie, sino se está orgullosa de lo que se hace. ¡Hay que desarrollar una lucha social, colectiva, pero también hay que demostrarnos a nosotras mismas que somos capaces, a nosotras mismas!

Debemos luchar para evitar quedar recluidas en algo parecido a un gueto, porque el encapsularse no trasciende, y lo peor, no provoca cambios colectivos. ¡La posibilidad de una organización y futuro socialista no patriarcal, está en gran medida (queramos o no), en nuestras cabezas y manos! ¡Pero más complejo es todavía porque sólo como mujeres, no lo podemos lograr! Es lucha y formación nuestra. También política firme, educativa, paciente y sistemática, a través de la cual nos vamos empoderando nosotras mismas, como logrando que avancen también los compañeros.

Sólo a título de ejemplo, si tuviéramos compañeros conscientes que dar tareas administrativas u organizativas siempre a las compañeras representa una clara discriminación, como también nosotras tuviéramos la comprensión de no quedar circunscriptas siempre a esas tareas, la organización funcionaría mucho mejor, en mayor armonía también, pero fundamentalmente estaríamos dando algunos pasos prefigurativos de lo que queremos ser y hacer colectivamente.

El victimizarnos nos desarma y debilita, y peor aún, nos aleja del empoderamiento por el que luchar. Simone de Beauvoir era muy aguda y confrontativa en estos aspectos. Ella analizaba en profundidad la separación humana, malformación e infelicidad que provoca en mujeres y hombres las relaciones dominadas por el capitalismo y el patriarcado. Leer hoy *“El segundo sexo”* es fundamental, aunque parezca antiguo o pasado de moda. Rechaza cualquier idea de “comodidad”, llama a desnudarnos, a ser agudas, herejes si se quiere con nosotras mismas, para avanzar en el rol que estamos llamadas a cumplir. El victimizarte no te permite meterte el dedo en el culito.

De alguna manera cuando estamos en reunión entre nosotras, generalmente hablamos, opinamos, mostrando que estamos en plenas condiciones de hacerlo. Allí no sentimos que seremos catalogadas o más observadas. Pero no ocurre lo mismo en los plenarios o mesas regionales. ¿Qué hacemos para revertirlo?

Se le puede pedir a los compañeros que no interrompan, que dejen expresar ideas sin coartarnos. ¿Pero qué hombre se va a dar cuenta? Hay que ser pacientes con las compañeras y los hombres no lo son. No se puede delegar la posibilidad de participación de las compañeras en los cambios de conducta voluntarios de los compañeros, no sólo porque no suelen ser conscientes, sino porque cuando lo son defienden sus posiciones de poder.

Lo podemos hacer una o dos veces, pero termina siendo una postura defensiva. ¿No será mejor pensar y preparar antes de la reunión lo que quiero decir? ¿No estaré más segura al exponer si reflexioné y construí las ideas de manera previa? De esa manera estaremos más seguras en nuestra exposición, lo que por otra parte se notará en el tono de voz, en la seguridad con la que hablamos y más difícil será que nos interrompan.

Todas, absolutamente todas pasamos por ese inevitable proceso, pero hay que enfrentarlo con armas que tenemos a nuestra disposición y alcance, pero que no nos animamos todavía a tomar en nuestras manos. Por eso también es necesario el trabajo de introspección. Tiene que haber una reflexión propia, individual, un sujeto pensante, autónomo, que sea capaz de enfrentar sus propias dificultades. Pero necesariamente tiene que haber un colectivo que trabaje para ayudar a lograrlo. También para que nuestros compañeros puedan verse a sí mismos en sus prácticas, como un problema a enfrentar en la lucha por prefigurar una sociedad antipatriarcal. No debemos contentarnos con que figure en nuestro perfil como un horizonte más allá; debe ser una lucha presente, real, actual.

Si en organizaciones que se reclaman emancipadoras estas cuestiones no se abordan, y fundamentalmente en espacios colectivos, ¿cómo prefigurar o siquiera dibujar la transformación humana por la que luchamos?

“Yo fui decidiendo no ser madre”

En la vida se toman decisiones y hacerlo no significa no sentir contradicciones. Yo fui decidiendo no ser madre. No fue algo a priori, como sí fue la decisión, tomada desde muy joven, de nunca casarme legalmente. Ser madre nunca se presentó como algo fundamental a realizar en mi vida. Cuando más contradicciones tuve fue durante el golpe de Estado, posiblemente por estar rodeada de tanta muerte. Seguramente ello se acrecentó por la tarea que llevaba adelante, la atención de los familiares de lxs compañerxs desaparecidxs, de lxs presxs en las cárceles, etc. Mi compañero de varios años de relación y gran militante siempre estuvo dispuesto, aunque él ya tenía tres hijas de una anterior relación. Y si con alguien hubiera querido tener hijos, sin dudas hubiera sido con él.

Yo no había querido irme del país porque realizaba la tarea de atención de presxs y familiares de desaparecidxs, desde un año antes del golpe de Estado, durante el gobierno de Isabel. Estuvimos desde los inicios de la constitución del Movimiento de las Madres de Plaza de Mayo integrándolo junto a un grupo de madres de compañerxs desaparecidxs militantes del PST. Algunas de ellas fueron luego referentes, como Cota Senar, Elsa Benitez o Mary Zampichiatti, que también se integraron al PST. A su vez, teníamos un equipo de trabajo constituido mayoritariamente por compañeras. Aprendí mucho en ese período, pero era muy grande también el dolor.

Dos años antes de la dictadura, estando en Tucumán, una amiga bastante mayor que yo, también llamada Delia, me dijo que si decidíamos tener un hijo ella nos ayudaría a cuidarlo. Delia también quería mucho a mi compañero Eddie. Lo pensé, lo pensamos, y aunque él quería siempre dejó la decisión en mí. No me parecía poder criar responsablemente a un hijx en medio de la situación que estábamos viviendo. Con mi compañero vivíamos alternadamente yo en Jujuy y el en Tucumán, enfrentábamos situaciones difíciles de sobrellevar y yo no concebía la decisión de tenerlo y que alguien (aun cuando fuera de confianza) se hiciera cargo de cuidarlo. Tal vez es un defecto o una sobre-exigencia, pero cualquier cosa que encaro trato de hacerlo lo mejor posible.

Y en la dictadura, cuando más fuerte fue la contradicción, igualmente me preguntaba a mí misma una y otra vez, *“vos ahora estás queriendo tener un hijo porque está todo negro, y después cuando quieras hacer otras cosas... ¿qué va a pasar?”* Aun así, fui al médico a que me sacara el dispositivo intrauterino, no lo pudo hacer, tenía que dilatarme el cuello del útero y no volví.

Cuando al poco tiempo se abrió la posibilidad de ir a Nicaragua con la Brigada Internacional Simón Bolívar, en 1979, me propuse. No me arrepiento. Fue una experiencia muy importante de mi vida militante.

Viejxs compañerxs y amigxs se ríen (yo también) cuando digo *“ahora me gustaría ser abuela, pero tomando el conjunto de vida que hice, no estoy arrepentida de no haber tenido hijos...”*. Aún lejos de ser lo mismo, como tía estuve siempre muy cerca de mis cuatro sobrinxs del Gran Buenos Aires.

Yo siempre digo que también soy producto de una época histórica.

“Socialismo las pelotas”

Con un grupo de compañerxs habíamos empezado a cuestionar dentro de las filas del MAS, sobre todo a partir del noventa, lo que había ocurrido en los países del Este con la caída del muro de Berlín, de la ex URSS y de las transformaciones que ello trajo a nivel

mundial. Evidentemente necesitábamos rearmarnos teórica y políticamente. Los pronósticos habían chocado con la realidad. Aun así un importante grupo de compañerxs sostenía la postura de que nada debía ser revisado y/o cuestionado. Opinaban que en la Argentina íbamos bien y nos preparábamos para ser un partido con influencia de masas; que a nivel mundial y continental seguía habiendo una situación revolucionaria; y que lo que ocurría en el Este era el preanuncio de una verdadera transformación socialista en manos de la clase obrera que dejaría atrás a la burocracia Stalinista.

El trasfondo para ese optimismo (sin pretender justificarlo) es que tanto durante el gobierno de Alfonsín como en el de Menem, el MAS venía creciendo de manera muy importante. Teníamos presencia organizada en una gran cantidad de fábricas y barrios de trabajadores, con numerosos locales llenos de vida. En muchos de los barrios, claramente, desplazábamos al peronismo.

Dichas posturas se hicieron explícitas en un programa televisivo que abordaba la caída del muro de Berlín, en un panel donde debatían Adelina de Viola (cara del neoliberalismo en Argentina) y Silvia Díaz en representación del MAS.

Adelina decía que claramente se estaba reinstalando el capitalismo mientras Silvia Díaz manifestaba que se desplazaba a la burocracia y profundizaba la revolución obrera y socialista. Adelina respondió con una frase que se haría famosa; *“Socialismo las pelotas”*. Algunos años después, un trabajo de Aldo Casas titulado *“Después del Stalinismo”* (1995), entonces publicado bajo el nombre de Andrés Romero, permitió profundizar conclusiones. El nudo de sus planteos fue que, si bien no había burguesía en la URSS y otros Estados similares, sí existía explotación y extracción de plusvalía por parte de la burocracia en el poder. Que de otra manera no podíamos explicarnos porqué la clase obrera y el pueblo no salieron a defender ese régimen. Y la razón era que consideraban que no había nada que valiera la pena defender y que consideraban al régimen como su enemigo. Por otra parte, planteábamos que esos cambios que se estaban operando tendrían consecuencias negativas importantes, dado que la idea de socialismo había quedado bastardeada, profundamente desprestigiada. Y así fue. Si bien no representó la única razón, fue importante para que no se avizorara ninguna idea de transformación social, de socialismo. Y aun cuando Cuba se mantuvo como una luz en el camino, no tenía ya el brillo ni el peso para alumbrar cualquier posibilidad de superación del capitalismo.

Fallecido Nahuel Moreno en 1987 seguimos creciendo durante algún tiempo. Nuestro retiro de la Plaza de Mayo durante el discurso de Alfonsín en Semana Santa; también cuando Zamora repudió en el Congreso la visita de Bush a nuestro país, o la Plaza del NO durante el gobierno de Menem, fueron fundamentales hitos de ello. El acuerdo electoral

con el PC y la derrota de Zamora en las internas abiertas de Izquierda Unida; las importantes diferencias que se manifestaron en los debates previos y posteriores a esa política, a la par del papel que debían tener las elecciones en relación al desarrollo de los trabajos de base, sin una estructura flexible ni capacidad para encontrar el rumbo de manera positiva, provocaron que comenzaran las rupturas. La más importante de ellas se dio en mayo de 1992.

“La negativa a construir una secta representa un punto de partida y de movimiento”

En este contexto fue siendo claro para nosotrxs (quienes optamos por una reactualización teórica-política y de construcción) que no existían condiciones para construir un partido revolucionario, que la nueva realidad había mostrado que la clase obrera estaba detrás del proceso, y que parte de ella, lxs desocupadx, habían construido nuevos movimientos por fuera de los sindicatos. Ante esta realidad, lo que había quedado residualmente del viejo y grande MAS, corría el peligro de ser otra secta más que aumentaría la ya extendida proliferación de grupos.

En ese mismo proceso del debate que desarrollábamos escribo un texto que se tituló *“Los límites del trotskismo”*. Allí señalaba algunos pronósticos errados en la política de Trotsky; las condiciones en las que se dio la conformación de la IV Internacional, con grupos muy pequeños y esencialmente sectarios, dado que la segunda guerra mundial no dió lugar a la revolución que él había pronosticado. En este texto señalo que, si bien fuimos la corriente del trotskismo que más lejos llegó en influencia y organización en Argentina, y con presencia en algunos países de América Latina, tuvimos importantes dificultades y desvíos en nuestra propia construcción. Desde ver siempre un proceso favorable de la lucha de clases hasta rasgos importantes de secta a lo interno de nuestra organización.

Allí también realizo una crítica de la forma partido y planteo que es necesario encontrar nuevas formas organizativas que respondan a la nueva realidad. Y que aun cuando no se pueda definir claramente qué tipo de organización construir, la negativa a construir una secta representa un punto de partida y de movimiento.

Los peligros sobre los que venía advirtiendo se hicieron presentes como triste realidad en la rebelión del año 2001. Fue más que evidente que no se estaba pudiendo leer la situación política, que se seguía planteando que el eje fundamental era la construcción del partido. Nosotrxs planteábamos, por el contrario, que la lectura de la realidad y el activismo que surgía de la rebelión rechazaba ese tipo de organización, que debíamos impulsar la construcción de un movimiento amplio. Fuimos a entrevistar a Zamora que luego de

reunir a miles de personas y aparecer como un importante referente en la crisis del 2001/2002, decidió prontamente construir una pequeña y cerrada organización.

En ese período, si bien elaboramos documentos y la mayoría fueron públicos, nos negamos a realizar cualquier tipo de lucha fraccional. Sin tener alternativas todavía, nos fuimos de las limitadas fuerzas del MAS en el Congreso del año 2002.

Constituimos Cimientos en el intento por darnos alguna forma transicional a la búsqueda de lo nuevo, lo cual nos permitió balancear el proceso y sacar conclusiones. La mayoría de los que nos fuimos participamos del proceso asambleario, luchamos contra la política de la izquierda de pretender cooptar y resolver de manera impositiva y burocrática. Quedamos bien referenciadxs en las distintas asambleas donde intervinimos y nos rodeamos de activistas.

Búsqueda y encuentro con el Frente Popular Darío Santillán

Entre los movimientos sociales que habían surgido fuimos viendo que el Frente Popular Darío Santillán tenía algunos rasgos distintivos que nos parecían sumamente progresivos: un trabajo no clientelar en los barrios, los emprendimientos productivos, un impactando trabajo con la juventud y una fuerte actividad en los barrios. Los habíamos tratado de conocer antes, cuando se llamaban Aníbal Verón, que les llevamos nuestros textos donde planteábamos la necesidad de constituir un movimiento social-político.

Luego, a partir de los asesinatos del Puente Pueyrredón y con la constitución del Frente, mostraron una manera muy creativa de hacer política, de inventiva, de construcción desde abajo. Estábamos ante una cosa nueva y nos volvimos a entusiasmar. Nos integramos de una manera plena, sin retaceos, al punto de abandonar el nombre *Cimientos* en el cajón de los recuerdos.

“Sigue siendo necesaria una nueva izquierda, anticapitalista, socialista, feminista, de transformación social”

El sujeto que inspiraba la política de la izquierda tradicional estaba y sigue estando desdibujado. Resulta imprescindible una lectura seria de los cambios estructurales en el capitalismo, pero también de los producidos en la clase obrera, fundamentalmente a partir de la dictadura y luego con el menemismo. La clase trabajadora podía y puede ser parte integrante de un nuevo y múltiple sujeto, pero no el único. Porque en realidad más que sujetos hay distintos actores. Ser sujeto, al decir de Marx, es haber llegado a la consciencia “para sí” de su rol histórico, de su papel en la transformación social. Por lo tanto, hoy no

hay sujetos sino distintos actores, y para que sean sujetos en el pleno sentido del término habrá que recorrer un largo camino.

El sector de compañeros que nos fuimos del MAS veníamos planteando estas cuestiones hacía tiempo.

Los grupos que están dentro del Frente de Izquierda y los Trabajadores tampoco modificaron su concepción limitada y cerrada de clase. No estoy llamando a perder de vista el contenido de clase, sino a recuperarlo de forma pedagógica en una formulación política que no cometa los mismos errores. ¿Cómo hacer cuando el discurso de clase obrera hoy día no funciona porque la mayoría de la clase obrera se dice de clase media? Hoy no existe el orgullo de clase de la década del 70, cuando ser obrero tenía toda una connotación cultural, de dignidad, de identidad. ¡Así nos identificábamos porque a nuestro paso en las marchas hacíamos vibrar las calles! La clase media salía de los balcones a saludarnos, ocupábamos fábricas, manteníamos en vilo a la burocracia sindical. Era una clase obrera empoderada. Hoy en día no es así. ¿Cómo rescatar hoy esos contenidos integrando los nuevos componentes?

Hay que adecuar el discurso, no olvidarse que somos clasistas, pero teniendo presentes a los nuevos actores sociales, esos que la vieja izquierda no toma en cuenta: pueblos originarios que son expulsados de su tierra o vilmente asesinados, lxs ambientalistas que luchan contra el extractivismo, el glifosato, la sojización desenfrenada. No integrar esas expresiones, hacerlas visibles, nos retrasa en la posibilidad de juntar fuerzas humanas imprescindibles.

La izquierda tradicional nunca cambió su concepción de sujeto y por eso su “feminismo” se reduce a “la mujer trabajadora”. Como mujeres, todas estamos bajo el dominio del patriarcado, ¿o acaso no hay asesinatos de mujeres de clases medias y altas?

Esta concepción se pudo ver el último 8 marzo, donde se movilizó tras un programa de puntos en los que el aborto, el femicidio y la trata -los tres grandes ejes-habían quedado completamente desdibujados en un mar de consignas. Al movimiento de mujeres y diversidad sexual se lxs subestima como actores políticos y se los concibe de manera instrumental, o insensiblemente se propagandizan allí las consignas dirigidas a los trabajadores. Otro problema importante es que para la izquierda tradicional la definición de patriarcado no existe.

Necesitamos una izquierda que esté ubicada en el tipo de capitalismo que transitamos y en lo que se tiene que transformar o ya no será posible una transformación. Por todas esas razones tiene que existir una nueva izquierda, que se proponga construir un amplio movimiento social-político-ambiental, que contenga las diversas expresiones de rebelión

y de lucha, que construya unidad entre quienes sean capaces de coordinar entre sí, bajo tres o cuatro ejes aglutinadores y de claro norte anticapitalista. No me genera ninguna contradicción de clase la amplitud del movimiento, porque somos todxs lxs de abajo.

Si no se avizoran tiempos de cambio ni tampoco nos esforzamos por construir nuevas herramientas organizativas y proyectarnos, ello termina actuando irremediabilmente sobre el carácter del militante, sobre su estado de ánimo, como en el debilitamiento que sufren las pequeñas organizaciones aisladas. Si no se avizora horizonte posible de transformación social, no hay otra que ayudar a construirlo, haciéndolo creíble, necesario, partiendo de las propias experiencias reales, que son muchas y valiosas.

Sigue siendo necesaria una nueva izquierda, anticapitalista, socialista, feminista, de transformación social. Estoy convencida que hay que seguir luchando por ello.

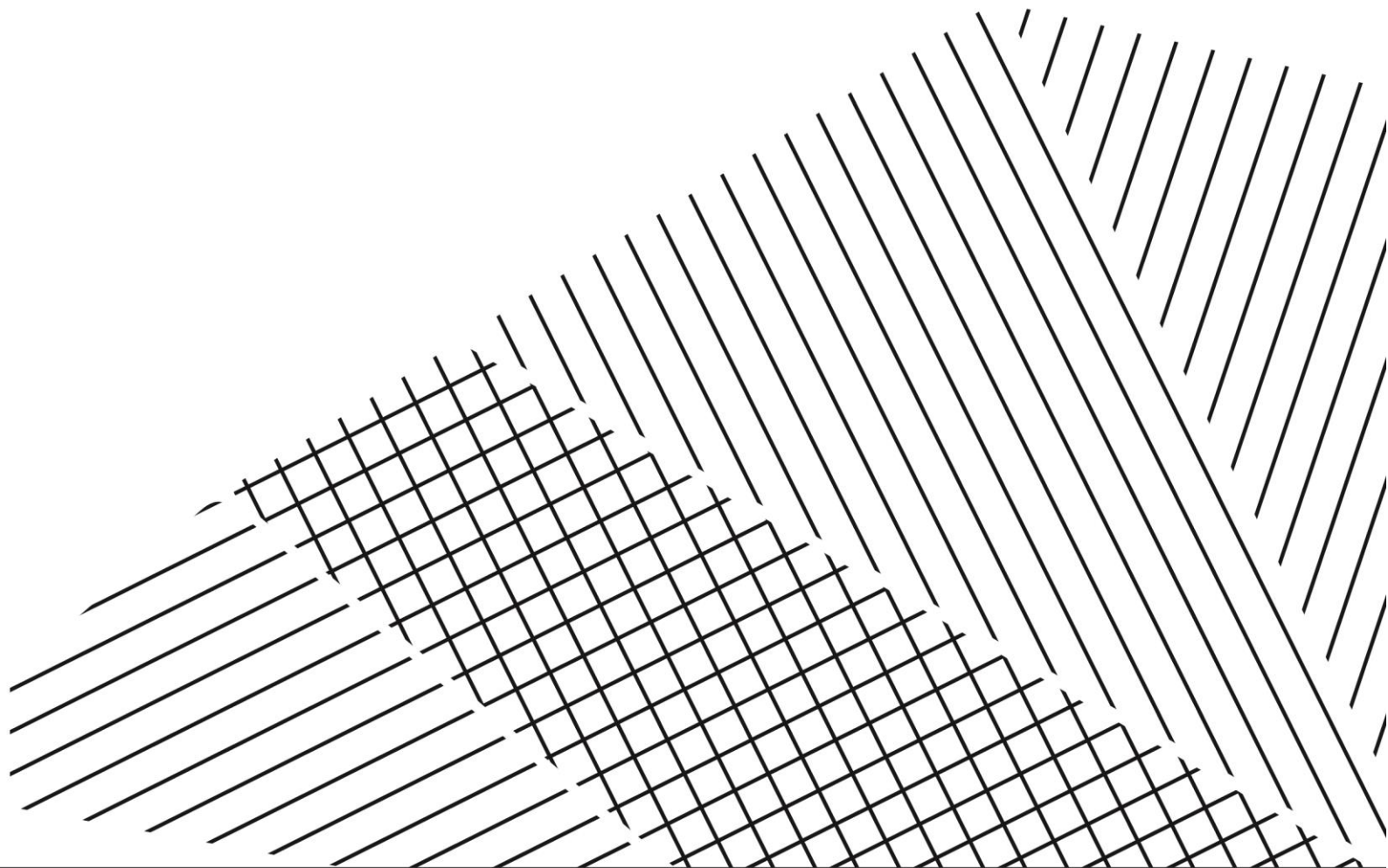
“Tendremos la ventaja, si se quiere, de tener un futuro plagado de conflictos”

Milité años en una misma corriente, y aún con una mirada crítica, sigo orgullosa de haberlo hecho. Cuando se produjo la ruptura en el año 1992 (había sufrido también la del PRT en 1968) fue un momento muy duro porque se mezcló con la separación de mi pareja. Posiblemente una alimentó a la otra y yo estaba muy conmovida y triste. También comprendo que pudiera ser difícil para mi compañero ayudarme y sostener la relación. En cambio, cuando nos fuimos del MAS, estaba absolutamente convencida, tenía el trasfondo de un país rebelado, teníamos mayor armazón político y comprensión, salíamos a experimentar en la propia realidad. Por eso no dudamos tampoco en armar Cimientos, primero para no desperdigarnos y luego para salir a la búsqueda, mientras los ecos de la rebelión del 2001 seguían sonando. De esa manera, entusiastas y enteros, ingresamos luego al Frente Popular Darío Santillán.

Los primeros años fueron años muy buenos, la nueva izquierda parecía que se erigía y el FPDS ocupaba un espacio destacado respecto a otros movimientos sociales. Sin embargo, creo que los intentos por construir espacios más amplios no fueron cuidados como se debía. Así, en lugar de avanzar hacia la construcción de una nueva izquierda, se quedó en un estadio del que finalmente, se terminó retrocediendo.

Cuando finalmente se dividió, hacia finales del 2012, no estuve de acuerdo ni lo vi necesario. Podíamos ser parte de un mismo espacio donde cada uno hiciera sus propias experiencias. Luego de la ruptura me corrí de la vida orgánica, aunque sigo colaborando con alguna charla o taller de formación.

Sin dudas, el camino está abierto para relanzarnos. Tendremos la ventaja, si se quiere, de tener un futuro plagado de conflictos que abonen la construcción de lo nuevo. Vuelvo, por tanto, a mejor disponerme y por qué no, a entusiasmarme.



Narrativa co-producida junto a Pilar Martín

Introducción a la Narrativa co-producida junto a Pilar Martín.

Desde el Fuego - Colectivo Disidente y Antipatriarcal. En la Corriente de Organizaciones de Base La Brecha.

A diferencia de la mayoría de las interlocutoras seleccionadas para las conversaciones en las que se basan las narrativas producidas, con Pilar no existía vínculo previo a nuestro encuentro. Técnicamente, podríamos decir que establecimos contacto como resultado de la “bola de nieve”, siendo sugerida como interlocutora para nuestra investigación por una conocida en común con militancia en la ciudad de La Plata. Su nombre fue recomendado luego de solicitar contactos de “mujeres integrantes de La Brecha con militancia específica en género y feminismos”. Luego de una breve presentación virtual (vía correo electrónico) sobre los objetivos de la investigación, y de que acordaran entre las integrantes de la comisión de género de La Brecha quienes serían nuestras interlocutoras, avanzamos en concretar fecha para nuestro encuentro. Como suele pasar en la segunda mitad del año con buena parte de las feministas, el calendario se dividía entre el antes y el después del Encuentro Nacional de Mujeres. Nos reunimos a mediados de diciembre, en la casa en la que vivía junto a su compañero, en La Plata.

Más allá de la inexistencia de un vínculo personal previo, compartimos cuatro horas de conversación en un clima de calidez y confianza, donde pudimos abordar los ejes de esta investigación sin advertir diferencias sustanciales respecto a las conversaciones mantenidas con otras interlocutoras. Consideramos esta apertura al diálogo e interpelación mutua como materialización de esa empatía y complicidad narrada por Pilar cuando expresa la potencialidad del encuentro entre “quienes militamos género en nuestras organizaciones”, pudiendo trascender dificultades y obstáculos, lógicas de tramitar las diferencias, que se expresan en otros planos de las articulaciones políticas.

Si bien evaluamos que esta posibilidad de empatía está por un lado vinculada a un reconocimiento mutuo en tanto activistas feministas ligadxs a experiencias de organización popular, también es necesario considerar que nuestra interlocutora cuenta con un recorrido específico de militancia universitaria, expresando en nuestra conversación haber protagonizado instancias de co-producción de conocimiento con objetivos afines a esta investigación. En este sentido, consideramos que el desconocimiento personal resulta de alguna forma compensado por la complicidad resultante de reconocerse transitando itinerarios comunes en múltiples campos de acción. Pilar se apropió con mucho entusiasmo del proceso de co-producción de la narrativa, siendo con quien más rápidamente alcanzamos la versión definitiva.

La narrativa co-producida, a la vez de informarnos sobre trayectorias personales y colectivas en torno a los procesos de despatriarcalización de la política, se constituye en una fecunda contribución teórica a una comprensión situada del fenómeno estudiado. La tensión entre la apuesta a transversalizar las políticas feministas en el conjunto de los sectores de la organización y la apuesta a construir colectivos, territorios y sujetxs feministas como política específica. Las tensiones, encuentros y desencuentros entre las militancias feministas y activismos disidentes sexuales en el marco de las políticas antipatriarcales. Y el carácter político de los malestares personales y colectivos de las mujeres y feministas en el marco de las organizaciones, son algunos de los ejes destacados de esta narrativa, que recuperamos en el segundo apartado de esta tesis.

Narrativa en co-autoría con Pilar Martín.⁹⁸

Integrante de Desde el Fuego - Colectivo Disidente y Antipatriarcal. En la Corriente de Organizaciones de Base La Brecha.⁹⁹

“Siempre me sentí movilizada por las injusticias”

Soy Pilar, tengo 31 años, nací en Capital y allí viví hasta hace dos años que me mudé a La Plata, donde vivo con mi compañero. Me recibí de Trabajadora Social en la UBA y estoy trabajando en dos centros de salud, en el barrio Altos de San Lorenzo, principalmente en lo que es perspectiva de atención primaria, salud sexual y violencia de género.

Soy muy familiar, tengo a mis padres y dos hermanas, y una familia muy grande tanto por parte de mi vieja que son 5 hermanxs y de mi viejo que son 8, todxs con hijxs. Mis padres no son católicos practicantes, pero sí creyentes, y me mandaron a primaria y secundaria a Colegio de Monjas para niñas. En la secundaria ya se hizo mixto. Me sentía conflictuada con mucho de lo que pasaba en el Colegio. Al menos hicimos un grupo de amigas con el que todavía nos seguimos viendo, decimos que somos “las rezagadas”.

En la secundaria empecé problematizarme algunas cosas, muy incómoda con la situación que se daba en el colegio. Me recibí en el 2001 así que también estaba muy atravesada por todo lo que estaba pasando en el país. En ese entonces iba a una murga, ahí empecé a conocer gente de otro ambiente, con otros pensamientos, a tener otras inquietudes y decidí estudiar Trabajo Social. También porque siempre me sentí movilizada por las injusticias. A los 2 años de la carrera empecé entrar un poco en crisis porque había cuestiones de la formación que me parecían nefastas, y decidí irme 6 meses de viaje por Latinoamérica. Fue una experiencia buenísima. Cuando volví me encontré con una compañera de la carrera que militaba en Germinal, -una agrupación de Trabajo Social- que me invitó a una pasantía al Mo.Ca.SE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero). Me fui a la pasantía y ahí hice un *click* importante.

Entre lo que fue la organización de esa movida, porque hacíamos pre y post pasantías, conocer a otras compañeras de la carrera o de la facultad, tomar contacto con la realidad de esas familias de Santiago y la experiencia del movimiento campesino, volví muy enganchada, con ganas de hacer cosas.

⁹⁸ En base a la entrevista realizada el 15 diciembre de 2014 en su casa, en La Plata. Aprobada el 7 de Julio de 2016.

⁹⁹ COB La Brecha se disolvió como organización en el año 2017.

Germinal era una agrupación que tenía muchos años, mucho desarrollo, con mucho recorrido en la carrera de trabajo social, discutiendo el plan de estudios y el perfil profesional. Y eso me interesó bastante porque yo estaba muy en crisis con la carrera. Sentía que había empezado a estudiar para ayudar a que cambie el mundo y de golpe me encontraba con que nos formaban para ser un agente de control del estado.

En ese contexto de crisis personal con la carrera y una vez de regreso de la pasantía, otra compañera de Germinal me invitó a un taller para pensar la cuestión de género desde el trabajo social. Fueron varios encuentros, con apertura a poder pensar cada encuentro, y con toda una crítica a la formación que tenía nula perspectiva de género.

Cuando terminaron los talleres me ofrecieron de sumarme a la agrupación y agarré viaje enseguida. Eso fue a fines del 2005 y ya para el 2006 empecé a participar del espacio. Y a partir de ahí no paré.

“No teníamos una dinámica de militancia de género ni al interior ni hacia afuera de la agrupación”

En la época en que empiezo a participar Germinal estaba ingresando a El Viejo Topo, organización que nucleaba a varias agrupaciones de carreras de la Facultad de Sociales. Milité allí incluso hasta un tiempo después de recibirme en 2010. En ese entonces me fui acercando a organizaciones territoriales que tenían vínculo con la agrupación, como el FOL (Frente de Organizaciones en Lucha) donde hice mis 3 últimos años de práctica de la carrera, trabajando en la comisión de salud y género del movimiento. Ahí ya empecé a involucrarme en lo que es la militancia de género.

En ese momento en El Viejo Topo no cabía la posibilidad de pensar una militancia de género, o una política antipatriarcal dentro del proyecto de universidad de la agrupación. Había compañeras que planteábamos individualmente algunas cosas, que pensábamos algunas actividades concretas para hacer en la facultad, pero no teníamos una dinámica de militancia de género ni al interior ni hacia afuera de la agrupación.

Al empezar a construir la corriente CAUCE con otras agrupaciones de la UBA, nos encontramos con compañeras que también venían problematizando individualmente el tema y compartían la necesidad de discutirlo en sus espacios. En el año que duró el proceso de conformación de la corriente universitaria, empezamos a armar una comisión de género. De forma muy incipiente y aislada de todo el proceso general fuimos produciendo algunas puntas para incorporar la lucha de género a lo que sería el programa político de la corriente para las universidades.

Desde la fundación de CAUCE nuestras definiciones más programáticas, estratégicas fueron ser anticapitalistas, clasistas, antiburocráticos, pero no así antipatriarcales. De hecho, nadie sabía mucho qué era el patriarcado. Entonces empezamos desde esa comisión de género a pensar instancias de formación para toda la corriente universitaria, sobre qué es el patriarcado, las cuestiones de género, roles, todo muy básico e incipiente.

“Nos llamamos Aquellare”

Desde CAUCE hacíamos co-producción de conocimiento crítico en conjunto con organizaciones de la clase trabajadora. Planteábamos la necesidad de discutir la idea de que el conocimiento se produce solamente en la universidad y de dar una disputa por establecer relaciones con las organizaciones y con los sujetos que generalmente no acceden a dicha institución.

Muchas de esas experiencias fueron derivando en trabajar la cuestión de género, sobre todo con las organizaciones o movimientos territoriales que de forma medio espontánea venían explorando estrategias para responder ante situaciones concretas, principalmente de violencia machista.

Las compañeras del FOL, desde su comisión de género, empezaron a pensar un proyecto para construir un lugar para las mujeres en uno de los barrios. Habían ganado un terreno en Varela a través de una lucha y habían conseguido unos créditos muy baratos para empezar a edificar un barrio, y pensaron que una de esas casas a construir debía ser la *Casa de las Mujeres*. En su momento lo pensaron más parecido a una casa refugio, que pudiera alojar a compañeras en situaciones extremas de violencia y que también sirviera para hacer un abordaje más colectivo. En ese contexto convocaron a algunas compañeras de diferentes organizaciones para armar un equipo interdisciplinario contra la violencia de género.

Mientras seguía tratando de militar género en la universidad empecé a participar de este equipo, con una militancia más territorial, con el objetivo concreto de pensar en conjunto con el FOL el proyecto de la casa de mujeres y cómo abordar la violencia de género en las organizaciones. Fuimos transformando la propuesta original de ser un equipo que pueda aportar herramientas específicas a ser formadoras de formadoras.

Al principio el FOL quería que rotáramos por los barrios haciendo asesoramiento y acompañamiento a las denuncias, hasta que pudimos plantearles que no sólo era imposible, sino que además no nos serviría políticamente. No queríamos limitarnos a responder a la demanda y a la urgencia, sino poder incorporar herramientas básicas y políticas a cada movimiento para que luego puedan manejarse independientemente de

nuestra presencia. Y además porque creíamos que el Estado debía cumplir ese rol y que las compañeras tendrían que darse un proceso de lucha y de organización en cada territorio para que efectivamente hubiera respuestas, centros de salud, comisarias, juzgados, etc.

Entonces empezamos a cambiarle los objetivos al equipo y a laburar a partir de talleres, con perspectiva de educación popular, con las comisiones de mujeres o de género que tenía cada movimiento, y que fueran esas mismas compañeras las que pensarán espacios o estrategias para acompañar ante situaciones de violencia.

Con el tiempo nos independizamos del FOL y empezamos a trabajar con otras organizaciones. También comenzamos a trabajar violencia hacia el interior de las organizaciones, porque veíamos que no se registraba, que no se sabía qué hacer, que muchas veces generaba más problemas hacia la mujer que había sufrido alguna situación de violencia, o hacia la organización en su conjunto, y empezamos a pensar herramientas específicas para poder abordar estas situaciones.

Este trabajo lo pensamos desde una perspectiva de clase, desde una perspectiva anticapitalista, corriéndonos de la idea de equipo técnico al estilo ONG. Ese equipo de trabajo continúa hasta hoy en día y yo sigo participando. Nos llamamos *Aquellare*.

“Resolvimos aprovechar ese momento fundacional para definirnos antipatriarcales”

Cuando teníamos casi 2 años como corriente CAUCE, empezamos a construir La Corriente de Organizaciones de Base (COB) La Brecha, con otras organizaciones que venían de diferentes territorios, del barrio, cultural, sindical. Entre ellas estaba la agrupación Sin Cautivas, de Neuquén, que era el faro en temas de género ahí en la corriente. Estas compañeras aportaron un desarrollo específico, una experiencia, una formación, y discusiones muy interesantes. Aprovechando ese conocimiento de las compañeras, empezamos a introducir entre las definiciones de la corriente la discusión sobre lo que es el patriarcado y en uno de los primeros plenarios de La Brecha nos definimos antipatriarcales.

En ese proceso que nos dimos para que La Brecha se definiera antipatriarcal nos fuimos encontrando con diversos obstáculos. Uno importante fue la falta de un piso común de formación en torno a las bases de las que partimos para poder discutir estas cuestiones más generales, más estratégicas, pero que aparecen en todas las discusiones más cotidianas. Básicamente, qué es lo que estamos diciendo cuando hablamos de patriarcado y de feminismos.

Fuimos atravesando todas las discusiones más clásicas entre el feminismo y la izquierda. Por un lado, poder pensar al Patriarcado en tanto sistema generaba mucho ruido, ya que aparentemente le restaba centralidad al sistema capitalista, del que se derivarían las opresiones de género.

También hubo resistencias ante nuestro planteo de que definirnos antipatriarcales implicaba reconocer las desigualdades entre mujeres y varones hacia el interior de la clase trabajadora. Resultaba difícil comprender que hubiera dentro de la misma clase sectores que se beneficiaran de otros, planteándose que en todo caso se debía a la reproducción de lógicas impuestas por el sistema capitalista, como el individualismo y la competencia, pero sin lograr entrelazar una mirada anticapitalista con la cuestión patriarcal. Además, reconocer estas opresiones como intra e interclasistas complejizaba la definición del enemigo; *“si somos de la misma clase, quién es el enemigo”, “si el patriarcado oprime a las mujeres más allá de tu condición de clase, ¿cuál es la estrategia?, ¿vamos a luchar con las mujeres burguesas?”*.

Tampoco faltó la preocupación por no alejarse demasiado de las bases, qué le podemos pedir las masas que tienen que ser protagonistas de la transformación, qué tanto de estas relaciones se pueden problematizar y transformar hoy. A veces, la cuestión de definirnos clasistas se utiliza para decir *“esto no es una necesidad propia del pueblo o de la clase trabajadora”*. Pasa fundamentalmente con algunos compañeros que militan en los barrios o en el sector sindical, que traen la preocupación de no alejarse demasiado del sentido común de la clase. Está claro que el contexto sindical es más hostil a la política antipatriarcal y hay lógicas bastante ajenas a nuestro micromundo de militancia, pero también me parece que tiene que ver con no hacer el esfuerzo de pensar mediaciones o formas de poder incorporar una política antipatriarcal al territorio donde estas. En algunos habrá más apertura a ciertos planteos que en otros, pero lo tenés que hacer igual, porque además la cuestión patriarcal impacta sobre las necesidades concretas y cotidianas de los trabajadores y trabajadoras. Cuando no se tiene la voluntad o la capacidad para poder trabajar esa línea se terminan argumentando políticamente cosas sin demasiada consistencia.

Se hace particularmente difícil cuando estas discusiones se dan en términos muy abstractos, aunque era claro que a varios los interpelaba directamente *“entonces ¿qué tengo que hacer yo con esto?”*, *“¿Qué implica definirse antipatriarcal?”*. Y sí, entre otras cosas implica que tengas que perder tus beneficios, o por lo menos intentar reconocerlos. Por supuesto que tuvimos que discutir que si nosotros aspiramos a la prefiguración de nuevas relaciones sociales no vamos a pretender que sea después de la

revolución que se erradiquen estas opresiones, creyendo que nuestras subjetividades van a cambiar como consecuencia de las transformaciones materiales.

Empezaron a aparecer estas discusiones históricas, pero sin demasiados elementos de parte de la mayoría de los compañeros y sin las herramientas necesarias de parte de las compañeras de la comisión de género.

Costaba mucho ver qué implicaba definirse antipatriarcal en tanto estrategia política. Parecía medio auxiliar y no iba mucho más allá de reconocerse entre *“los temas de actualidad”*, como el ecologismo y las luchas de los pueblos originarios.

Fue una discusión muy extraña donde las compañeras que más veníamos militando género nos dimos cuenta que la definición era más declamativa de lo que efectivamente estaba discutida y apropiada. Siendo tan dispar el proceso de discusión con el que llegaron las distintas agrupaciones de La Brecha a este debate y sabiendo del escaso piso de apropiación general, de igual modo resolvimos aprovechar ese momento fundacional para definirnos antipatriarcales, sabiendo que luego deberíamos ir profundizando. La coyuntura y el crecimiento de las discusiones del movimiento de género, a la fuerza, obligaron a empezar profundizar un poco la discusión.

“La formación teórica y política era fundamental, pero no bastaba”

Por un lado, fue necesario trabajar en la formación política porque, aunque todxs podamos hablar y decir lo que pensamos, es conveniente contar con algunos elementos como para hacer algunas afirmaciones. Porque si yo me pongo hablar de imperialismo y digo lo que a mí se me ocurre en el momento, no va a ser bien recibido y además no va a ser productivo para el debate. Se tiene que discutir con seriedad y con fundamentos. Pero aparentemente en la cuestión de género no era así y cada uno podía opinar y decir más o menos desde el sentido común lo que se le ocurría. Al punto de que en instancias de discusión o de definición valía lo mismo lo que decía un compañero que había escuchado un par de veces lo que era el patriarcado, que lo que decía una compañera que venía militando y que se venía formando hacía un montón.

Entonces la formación teórica y política era fundamental, pero no bastaba. Porque tenías compañeros y compañeras que habían leído un par de cosas y que discursivamente podían intervenir muy bien, pero que en su práctica cotidiana no llevaban adelante eso que planteaban o reproducían exactamente lo contrario.

Hubo un avance en incorporar un montón de definiciones, en poder reflexionar sobre un montón de prácticas, en ver la necesidad de la lucha antipatriarcal en tanto tarea política, pero por momentos sigo sintiendo que lo incrustamos por cansancio.

Sigo pensando que la mujer en tanto sujeto político tiene mayor protagonismo en la lucha antipatriarcal, pero que eso no significa que nosotras vamos a cambiar al resto, que también tiene que ver con un proceso de cada uno, de cada una, de poder reconstruir tu historia, todas las represiones de género desde niños y niñas hasta hoy y cuántas veces reproducimos también nosotros esas represiones hacia otros. Entonces fuimos mechando entre esas dos tareas, de formación teórica y de politización de lo personal.

“Hacia afuera y hacia adentro, siempre con esa doble militancia”

Enseguida nos avocamos a conformar la comisión de género. Queríamos impulsar una línea política transversal a la corriente, que no quedara atomizada en una comisión “especializada” sin que el resto se diera el proceso de incorporarla.

Al principio nuestra militancia de género era más hacia adentro de la organización, más algunas actividades que hacíamos hacia afuera y nos servían para visibilizar el recorrido que empezábamos a hacer. Que generalmente fueran actividades masivas aportaba para que fuera priorizada la asistencia de la propia militancia, y de esa manera también aprovechábamos a meter discusiones hacia adentro de la organización.

Desde la comisión de género balanceamos que avanzamos teniendo una iniciativa política muy importante, pero que no siempre tuvo su correlato en apropiación de parte del conjunto de la militancia. Más allá de lo que trabaja cada agrupación particular en su territorio, como COB La Brecha nos sigue costando bastante.

Con el eje del derecho al aborto pasa que, desde la militancia universitaria, y en parte la territorial, está bastante incorporado, se discute, se ve la necesidad. Pero a la vez es un tema que cuesta hablar en las asambleas del barrio por lo que implica ser reconocido como un movimiento abortista, en el sentido de que acompaña en situaciones concretas a compañeras que buscan abortar. Y esta heterogeneidad, con las particularidades de cada sujeto, de cada colectivo, hace que por ejemplo sea difícil el ingreso a la campaña nacional por el aborto.

Lo que sí pudimos lograr, con diferentes estrategias, sea proponiendo laburar materiales, armar mesas ampliadas, es que se discuta en los espacios de decisión y centralización. Si nosotras no íbamos a la mesa de CAUCE -el espacio de centralización de la política universitaria- a plantear determinadas cuestiones, nunca aparecían. Con mucho esfuerzo garantizamos que el debate estuviera presente en esas instancias.

Desde la comisión de género empezamos a avanzar en un montón de discusiones, impulsamos la campaña contra las violencias hacia las mujeres, empezamos a marchar como Brecha en la agenda feminista, a ir como Brecha a los encuentros de mujeres.

Las reuniones de comisiones de género implicaban el esfuerzo de estar pensando qué hacer en ambos planos de la intervención, hacia afuera y hacia adentro, siempre con esa doble militancia.

“Desde el Fuego viene a desarrollar una línea más específica”

Llegamos a un punto donde los ritmos y necesidades entre la comisión de género y las agrupaciones estaban muy desfasados, entonces empezamos a discutir tener una agrupación específicamente antipatriarcal que además pudiera organizar a compañeras y compañeros fundamentalmente interpelados por esa agenda. Entonces decidimos lanzar Desde el Fuego, hace dos años ya.

Muchas compañeras que estábamos en la comisión ya nos abocamos a desarrollar política específicamente para el movimiento de género, incorporando también la agenda de discusión del movimiento LGTBIQ, de las disidencias, de las reivindicaciones concretas de ese sector, tratando de aportar una impronta anticapitalista en ese movimiento. E incorporando también una perspectiva más disidente hacia el interior de la organización porque hasta entonces no llegábamos más allá del feminismo *de y para mujeres*.

La comisión está compuesta por representantes de las diferentes agrupaciones de La Brecha con la función de elaborar línea de género, pero al no ser una agrupación en sí misma no tiene participación directa en las mesas de centralización. En cambio, Desde el Fuego sí la tiene.

A la vez las compañeras que empezamos a construir Desde el Fuego tomamos las tareas de La Brecha en relación a la lucha de género, así que cuaduplicamos la militancia. Todavía se depende mucho de las compañeras que tienen experiencia, que se definen feministas, y que tienen esta doble militancia. Entonces si hay recambio de compañeras se retrocede y hay que empezar de cero. Todavía es dinámico y medio a los tumbos.

Desde el Fuego viene a desarrollar una línea más específica, pero siempre tenemos la preocupación de seguir pensando política para la corriente, al interior, y para el movimiento.

“Me fui formando más como militante en lo específico de la lucha antipatriarcal”

Siempre partí de la indignación ante determinadas situaciones y a partir de ahí empecé a buscar respuestas, al principio muy individualmente. Es en ese sentido que siento que mi experiencia de acercamiento al feminismo fue muy genuina, en tanto fue consecuencia de interpelaciones directas.

Desde antes de acercarme a cualquier tipo de militancia, la cuestión familiar y la trayectoria escolar me marcaron un montón. Siempre me sentí incómoda con la dinámica familiar, con las mujeres haciendo lo que tienen que hacer las mujeres y los varones haciendo lo que tienen que hacer los varones, de que una tiene que construir una familia, desde el amor, tener hijos y demás. Esa mirada tan clásica de lo que es la familia siempre me hizo mucho ruido y me molestó bastante. Después me interpeló mucho escuchar y acompañar situaciones de violencia, de aborto, de opresión muy fuerte de compañeras de los barrios donde participé o a los que tuve acercamiento.

También me interpeló directamente mi experiencia en la universidad, en mi propia organización, por las relaciones personales que teníamos, las discusiones que teníamos, porque estábamos lejos de poder ser críticos y críticas con la realidad y con lo que estábamos construyendo.

En medio de todo esto empezamos a conformar los espacios para discutir específicamente la cuestión del patriarcado y de los feminismos, un poco más colectivamente, y me fui formando más como militante en lo específico de la lucha antipatriarcal. Con una base feminista más tradicional si se quiere, y en los últimos años con una apertura hacia otras ideas, teorías, pensamientos, que discuten con el feminismo ampliando un poco ese pensamiento teórico y político. Empezamos a incorporar algunas discusiones más relacionadas a la disidencia sexual, a las discusiones sobre reglamentarismo y abolicionismo en el tema de prostitución, el tema del aborto que todavía nos cuesta muchísimo laburar dentro de la corriente.

“Te vas ganando el lugar de la hinchita quinotos de la comisión de género”

Las comisiones de género lograron convertirse espacios muy interesantes de discusión y de elaboración política pero después nos costaba mucho que tuvieran un correlato en las organizaciones y en las discusiones más generales. Teníamos que estar siempre atrás para meter las discusiones en la agenda, siempre las compañeras pesadas remarcando y así te vas ganando el lugar de la hinchita quinotos de la comisión de género.

Siempre fue un gran esfuerzo. Una vez que lográbamos definir la importancia y la jerarquía de la definición de antipatriarcado en la agenda de formación, íbamos a hacer esa instancia y éramos 3 o 4 compañerxs. Por momentos fue muy difícil y muy desgastante. A la vez mucho rechazo por parte de compañeros y compañeras ante algunos debates, como si estuviéramos haciendo planteos individuales, aislados, o demasiado alejados de la cotidianeidad de la organización.

Discursivamente todos hablaban de la cuestión de género, pero después veíamos que se descargaba y relegaba en nosotras; *“bueno las compañeras que militen género, que avancen, que no sé qué...no sé cuánto”*, y nosotras teníamos que ver cómo hacíamos para no avanzar en soledad y conformarnos con definir una línea que el conjunto no interiorizaba. En nuestros análisis políticos más cotidianos aparecía todo el tiempo una perspectiva marxista, de clase, antiburocrática, pero la cuestión del patriarcado no, no era una dimensión más a analizar.

Siempre peleé mucho con un compañero en particular que decía que las compañeras que estábamos en la comisión de género tendríamos que rever nuestra práctica militante, buscar “otras formas”, porque no nos estaba funcionando. Siempre poniendo la responsabilidad en nosotras, que además planteábamos espacios mixtos, que decíamos que la cuestión de género no era sólo cuestión de mujeres, y después en las convocatorias éramos casi siempre compañeras. En otras palabras, nos acusaba de no tener cintura política para poder laburar el tema.

A mi cuesta mucho pensar cómo interpelar, porque en la militancia universitaria interpeles a lxs estudiantes, pero en la cuestión de género no hay un territorio o sujeto específico, sino que atraviesa a todxs, y como si fuera pequeño el desafío además tenés que saber cómo interpelar a compañerxs militantes, que supuestamente tienen una conciencia política, una experiencia, un recorrido.

“No ser incoherente con mi práctica y tampoco hacer del feminismo un nuevo mandato”

Un problema que tengo es que me cuesta relajarme, entonces analizo todo lo que hago y lo que no hago, si estoy reproduciendo o no estoy reproduciendo, si estoy eligiendo o en realidad es un mandato o una imposición. Me pasa por ejemplo con la cuestión de la sexualidad, digo, *“pero en realidad si soy heterosexual no estoy eligiendo mi sexualidad, lo soy porque me obligaron a serlo, entonces porqué estoy con un compañero, porque me gusta el varón o porque en realidad...”*

La vida personal sigue siendo pensada en forma individual y hay un montón de cosas que duelen o angustian que al pensarlas en soledad te comen la cabeza. También hay que reconocer las propias limitaciones y no descuidar lo que a una le pasa o la moviliza.

Por otro lado, en estos últimos años hice cosas en mi vida que si no hubiera empezado a militar género quizás no las hubiera hecho. Por empezar, por mandato ya tendría que haber tenido dos hijxs, haberme casado, tener un trabajo más digno del que tengo y no lo hice. Tampoco pensé que iba disfrutar tanto estar mucho tiempo entre mujeres, cosa que

antes de militar no me pasaba, no me interesaba construir relaciones con otras mujeres que no fuesen mis amigas. También aprender a relacionarme con los compañeros de forma amorosa sin que sea siempre desde el histeriqueo, de si les gusto o no les gusto. Poder pensar mi relación de pareja también, ya que inevitablemente la militancia de género me llevó a cuestionarme la monogamia, la heterosexualidad, la proyección de pareja, la maternidad.

En la relación con mi compañero trato de no pretender de él un ideal, así como yo le pido que no me exija un ideal de mujer que no soy. Igual no puedo evitar militarlo todo el tiempo. No es que lo haga en términos racionales, analíticos, diseñando una estrategia, pero sí pienso en cómo problematizar con él aspectos de nuestra relación. A veces me voy de mambo, recordándole que milita en una organización que se define antipatriarcal como forma de interpelar sus contradicciones. Cuando no podemos generar espacios colectivos para politizar y transformar nuestras prácticas es difícil pretender resolverlo individualmente o en una relación íntima.

La elección de la maternidad o la paternidad en la militancia es algo que tenemos que trabajar porque también sigue estando muy aislada y poco acompañada por las colectivas y los colectivos. Entonces se contraponen si quiero, si puedo, ser madre y seguir siendo militante, y son discusiones que quedan en la cabeza de cada una. Al menos mi intención y la de varias compañeras es que se empiecen a compartir esas experiencias para que dentro del pequeño campo de elección que tenemos podamos aprovechar la posibilidad de elegir un montón de cosas.

Muchas veces me da bronca sentir que *“estoy re empoderada, organizo el encuentro de mujeres acá en la plata, no nos para nadie, vamos a marchar a la catedral”*, y después en tu vida cotidiana reproducís un montón de cosas. Desde la sumisión ante una situación de acoso en la calle, una situación que te genera mucha bronca y no poder hacer nada, o cosas que te obligas a hacer porque una feminista debería poder hacerlo. Yo aprendí a manejar un auto este año, a la fuerza, porque *“¿Cómo una feminista no va a manejar un auto?”*. Y quizás no me guste o la pase mal.

Lo que más me preocupa de mi vida cotidiana y personal es no ser incoherente con mi práctica y tampoco hacer del feminismo un nuevo mandato.

“Los malestares que expresamos también son planteos políticos”

Tuve un momento donde era la desquiciada. No era la única, había otras compañeras más pero todavía éramos poquitas. Me indignaba cómo circulaba la palabra, que la voz de los compañeros fuera mucho más legítima que la de las compañeras, en cuestiones tan básicas

como las intervenciones en los plenarios. Por ejemplo, si una compañera planteaba algo y después otro compañero planteaba casi lo mismo, se recuperaba... *“como dijo fulanito...”*. O a mí me pasaba, pero si yo dije lo mismo y nadie dijo *“como dijo pilar...”*. No pasé situaciones en que me haya sentido violentada o que me hayan afectado directamente a mí, pero sí esas dinámicas más colectivas donde yo decía *“porqué tanta diferencia, porqué tanta...”*. Porque yo rescato de las agrupaciones en las que estuve y en las que estoy que las compañeras tienen un protagonismo muy importante y son fundamentales en todas las construcciones, pero es un problema cuando no sentís ese reconocimiento en términos más políticos.

A los dos años de entrar al Viejo Topo tuvimos una ruptura donde salió lo peor de muchxs compañerxs. Escuchar discursos y planteos políticos sobre cómo tenemos que hacer la revolución y después en la cotidianeidad no poder pensar las relaciones humanas de forma más saludable, en cómo te relacionas con tus compañeras y compañeros, dejaba bastante que desear. Me parecía muy incoherente, muy poco sincero y fueron cosas que me afectaron bastante. Muchas veces lo planteé desde la indignación y desde el enojo, hasta que empezamos a buscar las instancias más colectivas. Me desesperaba un poco no encontrar la forma para el diálogo.

En otra medida sigo sintiendo que hablamos desde lugares muy diferentes y no hay entendimiento en un montón de planteos, en cosas muy básicas que no se registran y para mí son obvias. Por ejemplo, un juego donde entregamos los premios *al compañero que...* y se premia a la compañera que hace mejor el informe y al compañero que piensa todo en análisis marxistas, *“¿No te parece que hay un problema en esa distinción?”*, *“Bueno, es un juego, no lo pienses todo desde ahí”*, *“No, sí, lo pienso todo desde ahí”*. Con el tiempo noto que pasé de ser *“la molesta”* en algunas cosas, a un reconocimiento de que hay un planteo serio y político en lo que estoy diciendo, y no un malestar individual. Además, un reconocimiento de que, si a mí me molestara en lo personal, es igual de válido, porque también ahí hay un problema frecuente, en que se pueda reconocer que los malestares que expresamos también son planteos políticos.

“Apelamos a la nueva cultura militante como definición estratégica”

Nos consideramos parte de un espacio político que denominamos nueva izquierda, en su momento izquierda independiente, que se construye también en oposición a la izquierda tradicional, a los partidos troskistas. Lo que también nos unificaba era querer construir otra forma de hacer política, querer interpelar de otra manera a las sujetas y sujetos que queríamos organizar, y problematizar la práctica militante.

Planteamos como una definición importante hacia adentro de nuestros espacios la cuestión de la nueva cultura militante como forma de revertir aspectos muy instalados en la izquierda argentina; una fragmentación importante, una disputa encarnizada y una competencia feroz entre las organizaciones, más atravesadas por lógicas de aparato que por diferencias políticas, que perjudican la posibilidad de construir un campo popular y una fuerza social.

Porque nos reconocemos determinadas y atravesados por esta sociedad capitalista patriarcal planteamos también que a esa perspectiva de transformación había que incorporarle la idea de construir poder popular y construir prácticas prefigurativas, pudiendo ensayar y pensar otras formas de relacionarnos y de organizarnos.

Las compañeras que militábamos género apelamos a la nueva cultura militante como definición estratégica diciendo que no podíamos abordar esta cuestión sin poder pensar una perspectiva antipatriarcal. Que la lógica de aparato, de competencia, de ver quien la tiene más grande, quien tiene la verdad revelada para la clase trabajadora, son prácticas y pensamientos atravesados por elementos patriarcales y que nadie está exento de reproducirlos. Que, si no podíamos ver las lógicas patriarcales en esas prácticas nefastas y perjudiciales para el movimiento y para la clase, tampoco íbamos a vamos a poder construir alternativas a la cuestión de la fragmentación y la disputa encarnizada.

Este plano nos ayudó bastante a poder introducir la relación entre lo personal y lo político en el feminismo y cómo nuestras prácticas y nuestras relaciones cotidianas al interior de la organización hacen también a lo político. Implicó decir que la nueva cultura militante no es sólo la que tengo que construir con otra organización, sino que también la tengo que construir al interior de mi organización. Eso nos sirvió bastante para poder discutir algunas cuestiones que hacen a la dinámica más cotidiana de las organizaciones, yendo más allá de la formación teórica.

“Lo que destaco de mi militancia feminista es el poder pensar el poder”

En La Brecha hay compañeras y compañeros que se identifican guevaristas, marxistas, libertarios. No tenemos una identidad política homogénea, sino que intentamos construir un espacio que pueda contener diferentes tendencias.

Personalmente disiento bastante con el anarquismo, pero entiendo que el pensamiento y la práctica libertaria potencia nuestra perspectiva antipatriarcal. Fortalece la idea de la construcción prefigurativa, de poder construir y problematizar desde nuestras relaciones más personales a nuestras relaciones más colectivas, no sólo desde lo teórico sino también desde la cuestión del cuerpo, del reconocimiento de nuestras propias limitaciones, de

nuestras reproducciones más cotidianas. En ese sentido creo que hay que pensarnos desde lo libertario, no esperar que con la revolución vamos a tener todo resuelto sino construir desde hoy relaciones más saludables.

En mi recorrido fui viendo que la importancia dada tanto la cuestión de género como a lo vinculado al plano más personal y humano de la militancia, hace a cómo construimos los espacios. Si lo hacemos desde la idea de sacrificio - que sabemos que muchas veces tendremos que hacer- o desde lo que nos hace bien, desde el encuentro, desde el cariño, porque decidir militar muchas veces es doloroso. No vivimos fuera de este sistema y no es sencillo hacer que nuestra militancia no sea tan ajena o contrapuesta a nuestro proyecto de vida, a nuestro desarrollo personal y laboral.

En ese sentido intentamos que la militancia vaya de la mano con los procesos más personales, las subjetividades y los quilombos también. No con la idea de que la organización haga regir un reglamento ético moral sobre nuestras vidas, pero sí tratando de construir valores y formas de relacionarnos más colectivamente, o por lo menos que nos ayuden en nuestra vida cotidiana.

He visto a lo largo de mi militancia cómo el dejar de lado esas cuestiones muchas veces perjudica o embarra mucho las construcciones colectivas, por el sólo hecho de taparlas, de correrlas, desentenderse, privatizar los problemas. Muchas veces compañeros o compañeras que se van de la organización porque no pudieron resolver una separación, o porque hubo prácticas o actitudes muy feas, que no se puedan charlar, que cueste tanto ponerlas sobre la mesa. Y cuando suceden cosas más graves, como casos de violencia o acoso hacia el interior de las organizaciones –y puede pasar en cualquier organización– no tener criterios comunes contruidos desde una mirada antipatriarcal, te puede destruir una organización. Entonces, no sólo es una preocupación por construir nuevas relaciones sino también por cuidar los espacios que tenemos.

Avanzamos en un montón de cosas, modificamos un montón de prácticas, incorporamos un montón de discusiones, pero a la hora de querer discutir sobre nuestras vidas personales... *“en la intimidad no nos metamos”*.

Entre compañeras que militamos juntas empezamos a encontrarnos por fuera de los espacios orgánicos de militancia a charlar sobre algunos temas para poder repensarlos, es decir grupos de autoconciencia.

A mí la militancia de género me ayuda bastante a pensar cómo nos contenemos y acompañamos entre las personas concretas que compartimos casi todo el tiempo de nuestra vida. Y en ese sentido me parece muy potente para pensar otras formas de construcción.

Lo que destaco de mi militancia feminista es el poder pensar el poder. ¿Qué es el poder? Si yo no tengo poder sobre mi propio cuerpo, sobre mis relaciones, sobre mi tiempo, sobre mi salud mental, qué poder puedo construir con otros y otras.

“Desde ahí es que empezamos a pensarnos y posicionamos desde el feminismo popular”

Mi acercamiento a la militancia feminista, más que por algunas situaciones personales concretas, fue producto de encontrarme en espacios colectivos con otras mujeres. Así incorporé rápidamente, sin demasiada formación, esta mirada que te lleva a ver al patriarcado en todos lados.

La primera vez que viajé a un Encuentro Nacional de Mujeres fue al de Córdoba, en 2007, y me movilizó muchísimo. Los siguientes también me movilizaron, pero fue ahí que vi la potencia zarpada de esta militancia, que me atravesó mucho por el cuerpo y me llevó a decir *“yo quiero activar en esto”*.

Milité un montón género y creo que recién hace unos años me reconocí en tanto feminista, cuando empecé a activar en instancias específicas del movimiento de mujeres, del movimiento feminista. También cuando empecé a formarme más teóricamente, a incorporar otras herramientas más históricas del movimiento. Es más, creo que me empezaron a nombrar otrxs como feminista, antes que yo comience a reconocirme o a sentirme identificada con ese movimiento político. Y fue decantando en que soy feminista.

Creo que también tuvo que ver con intervenir como organización en los encuentros de mujeres, porque ahí empezás a necesitar pensar en términos más generales el movimiento, en términos históricos, de luchas, de reivindicaciones.

Cuando empezamos a armar Desde el Fuego discutimos bastante la cuestión del feminismo, porque en nuestra composición hay algunas compañeras que militan más la cuestión de la disidencia y compañeras que venimos más del feminismo, y veíamos que eran cuestiones que estaban bastante disociadas, o muchas veces enfrentadas por discusiones entre el feminismo y del movimiento LGTBIQ, y también por algunas críticas hacia algunas tendencias más conservadoras del feminismo.

Veníamos de un recorrido en el movimiento de mujeres, con los Encuentros Nacionales de Mujeres, las comisiones de géneros en las diferentes facultades o las experiencias de laburo con las compañeras de los barrios, pero a la política LGTBIQ la estábamos dejando un poco de lado, cuando había compañeras que por su propio recorrido habían empezado a incorporar esas discusiones. Entonces nos propusimos construir una síntesis entre estas

dos miradas de la lucha antipatriarcal, la feminista y la disidente, definiéndonos también antipatriarcales y anticapitalistas, porque entendemos que no son cuestiones que puedan ir separadas.

Planteamos el feminismo popular en tanto un feminismo que se posicione desde una perspectiva de clase, que sea un feminismo que luche por la emancipación de la clase trabajadora, reconociendo que la lucha de las mujeres excede a su condición de clase, pero sabiendo que queremos organizarnos en tanto clase trabajadora. Desde ahí es que empezamos a pensarnos y posicionamos desde el feminismo popular.

También discutiendo la idea de que el sujeto del feminismo es el movimiento de mujeres, entendiendo la necesidad de ampliarlo a otras identidades, otras trayectorias y a otras reivindicaciones. Es quizás dónde más desarrollo nos falta, en poder construir desde una perspectiva feminista y no solamente de las mujeres. Cómo construir un feminismo que no tenga como sujeto único a la mujer, ni se piense en tanto enfrentamiento de clases entre varones y mujeres, sino como algo más integral.

Tenemos que construir un movimiento feminista donde las mujeres y las identidades no hegemónicas ni hetero-patriarcales sean protagonistas, pero los compañeros también tienen que hacer algún proceso, tienen que empezar a pensar urgentemente en esa lucha, y no cómo acompañar sino cómo ser parte, desde dónde.

“Aun cuando hay compañeros movilizados no podemos avanzar en que se involucren activamente con la militancia antipatriarcal”

Hay pequeños movimientos de algunos compañeros preocupados por avanzar, aunque en general hay más interés por ser políticamente correctos que una apropiación genuina y se sigue reproduciendo la idea que las compañeras son las que encabezan las tareas de la militancia de género.

No muestran la disposición o el compromiso de asumir una doble militancia como muchas de nosotras hicimos o hacemos. Aun cuando hay compañeros movilizados, no podemos avanzar en que se involucren activamente con la militancia antipatriarcal y el argumento es que *“la mayoría de compañeros que están más interesados tienen otras instancias de militancia”*, cuando la mayoría de nosotras estamos en esa misma situación. Aparentemente no ven muy viable desarrollar una militancia más específica, destinando más tiempo, formándose.

La participación de los varones en las marchas, en actividades de las campañas, también ha costado bastante, aunque algo fuimos pudiendo avanzar, sobre todo cuando empezaron

a hacer talleres de varones para pensar su masculinidad y a participar del Encuentro Nacional de Colectivos de Varones.

En general sigue siendo notable la distancia entre la intención y la capacidad para traducirla a la práctica, más allá de la declaración de *“yo soy antipatriarcal porque milito en una agrupación que se define antipatriarcal”*.

“Siempre priorizan la construcción partidaria por sobre el movimiento”

Cuando empecé a ir a los encuentros de mujeres y veía las intervenciones de los partidos troskistas decía; *“Eso no tiene nada de antipatriarcal, nada de feminista, quiero construir otra cosa, quiero pensarlo desde otro lado”*. Además, tampoco eran organizaciones que se definieran antipatriarcales. Mientras nosotras hablamos de antipatriarcado y feminismo y ellas hablan de mujeres trabajadoras.

Yo creo que hay una compatibilidad entre la militancia de izquierda y la militancia feminista. No todas las feministas son de izquierda, pero de alguna forma el feminismo lleva a pensar la realidad desde una mirada radical, a problematizar la sociedad en su conjunto. Y no sólo son compatibles sino más potentes al pensarlos de conjunto.

Tampoco todas las organizaciones de izquierda se definen antipatriarcales ni ven como estratégica esa lucha. Aunque igual hay muchos puntos en común en cuestiones de definición más general, cuales son las reivindicaciones, cuales son los problemas, las consecuencias, aunque quizás nosotras hacemos más énfasis en que tienen que ver con el sistema patriarcal y las compañeras con que es el capitalismo, pero compartimos algunas luchas, programas, estrategias.

Me parece que hay una diferencia no sólo en la forma de construcción sino en la orientación y en la proyección política que hace que lo pensemos diferente, que lo construyamos diferente, y que lo prioricemos diferente, porque aun cuando las compañeras de los partidos de izquierda tradicional tienen un recorrido importante en el movimiento de mujeres y más recientemente en el movimiento LGTBIQ, me parece que siempre priorizan la construcción partidaria por sobre el movimiento. Y nosotras muchas veces priorizamos el movimiento, más allá de que nos encontremos con compañeras reformistas o con las católicas por el derecho a decidir que también están luchando por el aborto.

Si pienso que mi partido es el que va a hacer la revolución, que tiene la verdad absoluta y que el resto son los desviados, muy difícilmente tenga la capacidad de problematizar un montón de cosas, porque ante cualquier cuestionamiento se me cae la estructura.

Me parece que habernos distanciado de esas formas esquemáticas y dogmáticas de pensar la política explica en parte por qué en nuestro espacio político hay más apertura y desarrollo de esta perspectiva feminista y antipatriarcal.

“Revertir una historia de desencuentros entre el marxismo y el feminismo, entre la izquierda y las organizaciones de mujeres”

“Estamos pensando lo mismo”, “Nos pasó lo mismo”, “Estamos en el mismo proceso”.

Lo que vamos incorporando y discutiendo es bastante similar en el conjunto de las organizaciones de este espacio político.

En las relaciones entre compañeras feministas de las diferentes organizaciones, en los espacios de las campañas por el aborto y contra las violencias, en los encuentros de mujeres, vemos con frecuencia que nuestras organizaciones están pasando por procesos parecidos. Me parece que tiene que ver con un crecimiento, producto de una militancia abnegada por avanzar y salir de cierta situación de atraso.

Además, me parece hay necesidad compartida de mostrar que hay otras formas de luchar en contra de las opresiones de género. Así como en su momento nos organizamos en contraposición con una lógica política que no nos cerraba por ningún lado, buscamos no reproducir la misma lógica, pero en la lucha antipatriarcal.

Que podamos reconocernos en estos procesos tiene que ver con un posicionamiento más crítico de la realidad, en términos de tareas para la transformación, para la revolución y de haber podido hacer balances y análisis históricos de las experiencias de luchas.

No pensamos que la lucha de clases sea la que ordena toda la realidad, y por ende toda la intervención política, sino que tratamos de poder pensar la transformación desde diferentes dimensiones. De lo contrario nos pasaría lo que a algunas organizaciones de izquierda, que plantean la centralidad de la lucha de clases sin poder pensar que el capitalismo genera también otras contradicciones, un montón de mecanismos de dominación, de opresión, de un desarrollo mucho más complejo de las relaciones, del rol del estado, que hace que no podamos decir *“esto es lo que hay que hacer y el resto es secundario”* o *“se va a resolver cuando resolvamos la contradicción principal entre capital y trabajo”*.

Que este espacio político de la nueva izquierda parta de problematizar una mirada dogmática de la lucha de clases y del marxismo, de la construcción de un partido o de una vanguardia revolucionaria, pero con una continuidad de esa mirada desde un marxismo más crítico, pudiendo actualizar también el pensamiento, creo que va posibilitando revertir una historia de desencuentros entre el marxismo y el feminismo, entre la izquierda

y las organizaciones de mujeres, que muchas veces reprodujo una mirada conservadora a la hora de pensar los procesos personales, la sexualidad, los deseos, los placeres. De alguna forma este espacio incorpora estas miradas que quizás la izquierda tradicional no incorpora, porque logró ser interpelado por el movimiento feminista y recuperar las trayectorias de lucha de las compañeras.

Este espacio político de nueva izquierda tiene que tener una perspectiva antipatriarcal desde su concepción política, sus definiciones, sus formas de construcción.

“Este espacio está transitando un proceso de indagación estratégica”

No podríamos decir que hay un espacio homogéneo de la nueva izquierda, sino que hay diferentes proyecciones estratégicas de lo que antes podíamos considerar un mismo espacio de izquierda independiente. Yo creo que en este último tiempo este espacio está transitando un proceso de indagación estratégica, un momento de construcción de identidades políticas propias, más allá de lo que nos unificó en contraposición a la izquierda tradicional.

En algún punto es necesario empezar a desmitificar cierto purismo que hay en la afirmación de que lo que unifica a este espacio es la construcción de poder popular, porque quizás no entendemos lo mismo por esa construcción o sobre las tareas puntuales que conlleva en esta etapa, en función de la caracterización que hagamos de ella.

Son preguntas bastante actuales del espacio y quizás por ello no están del todo claras. Por un lado, tenés un escenario que te devuelve una foto de una desorientación general, pero por otro lado te muestra también un crecimiento, un avance en discusiones más estratégicas, más allá de lo local, lo corporativo o lo sectorial.

De alguna forma, la necesidad de intervenir a nivel más general y no tanto en nuestros territorios particulares, nos obligó a definir prioridades en relación a la tensión entre construir trabajo de base y tener una política más general, construir tu propio espacio o construir espacios más unitarios. No porque sean incompatibles, pero sí exigen prioridades.

Sin caer en purismos creo que la distancia que podríamos ver entre lo que es la nueva izquierda y la izquierda popular, está en que ésta última apostó, por ejemplo, Patria Grande, a unas tareas y a un armado político partidario más tradicional, porque consideró que eso era lo que había que hacer en función de una caracterización de etapa. Quizás nosotras no compartimos tanto esa caracterización o que sea tan prioritarias esas tareas en esta etapa, y de alguna forma seguimos haciendo eje central en la construcción de poder popular, en la nueva cultura militante, en el trabajo de base. Un poco por

incapacidad de dar saltos políticos y otro poco porque lo entendemos estratégico y consideramos que sigue siendo prioritario en este momento.

En ese sentido me parece que cómo entender la estrategia de poder es un poco lo que nos distancia para poder denominarnos como un mismo espacio; la cuestión de la relación con el estado, cómo se construyen los marcos de alianza pensando en una fuerza social más general, hasta donde ampliar los marcos de alianzas, si manteniendo una independencia de clase o estableciendo posibles acuerdos con algunos sectores más reformistas.

“Saber que a la mayoría de las compañeras nos cuesta militar género al interior de nuestras organizaciones genera cierta sororidad”

Más allá de cómo se esté orientando la política más general, en las instancias de coordinación de políticas de género dónde nos encontramos con compañeras o compañeros de este espacio, hay puntos de encuentro y preocupaciones comunes.

Hay cierta afinidad producto de trayectorias militantes parecidas, de haber incorporado algunas reflexiones en relación a la necesidad de interpelar de manera amplia, la preocupación por mostrarse como alternativa política, por salir de la marginalidad en la que estuvimos todo este tiempo. Todo eso implica nuevas tareas que no veníamos teniendo, aunque quizás después no acordamos en cómo llevarlas adelante, me parece que en algún punto nos unifica.

Por lo menos desde mi experiencia, no tanto en la universidad, pero sí en la militancia de género, logramos compartir formas de construcción, en el sentido de poder poner por delante los acuerdos y las cosas en las que queremos avanzar por sobre las diferencias, hacer lo posible por consensuar, ir avanzando coordinada y unificadamente. Fuimos aprendiendo a ceder un montón, lo cual nos sigue diferenciando de las prácticas de las organizaciones trotskistas que en general siguen priorizando su definición o su línea política por sobre la unidad del espacio.

En la militancia de género, aunque muchas veces no acordamos con los posicionamientos políticos más generales, logramos sostener esa forma de priorizar o pensar la unidad.

En las instancias de coordinación en género donde hoy estamos construyendo en conjunto las diferencias se saldan de otra manera, o se toman de otra manera, porque no se pone el eje en ver quien gana la discusión sino en qué es lo prioritario y cuáles son los puntos de encuentro. No estamos exentas, pero sí creo que existe un cierto registro de que sí bien esas lógicas son parte de la política no pueden definir las posibilidades de los espacios de unidad.

Creo que también ayuda saber que a la mayoría de las compañeras nos cuesta militar género al interior de nuestras organizaciones y eso genera cierta sororidad, cierta empatía interesante para poder pensar la política cuando te encontrás en instancias de coordinación con otras compañeras.

“Nuestras organizaciones siguen reproduciendo esa lógica de porongueo, de aparateo”

La lógica de construcción política es patriarcal y ni siquiera las propias compañeras que militamos género tenemos mucho recorrido en poder pensar cómo hacer política en clave antipatriarcal.

Hay muy poca capacidad de autocrítica de las organizaciones en relación a cuáles son las prácticas patriarcales que muchas veces profundizan distancias, generan rupturas, competencias entre referencias políticas, personalidades. Me parece que en términos generales nuestras organizaciones siguen reproduciendo esa lógica de porongueo, de aparateo.

Hay también cierta búsqueda de identidad de cuerpo, de bloque, que lleva a necesitar fortalecer o referenciar tu identidad, tu nombre, tu agrupación, tu camiseta, y a que muchas veces las diferencias se muestren como incompatibles, irreconciliables. Y eso también tiene que ver con una lógica patriarcal.

Lo veía mucho en la militancia universitaria, y exacerbado durante las elecciones, donde se juega mucho eso de lo corporal y de la mística, pero en el sentido de fortalecerse en contraposición al otro, en relación de competencia. Entonces estas más preocupado por qué hacer para mantener el espíritu de cuerpo de tu organización y tu identidad, en contraposición a la otra identidad porque tiene otras definiciones, cuando quizás lo que hay que lograr es hacer crecer al movimiento general y no sólo a las propias organizaciones. Me parece que ahí sí se juega un montón la lógica patriarcal.

También producto de roscas y discusiones políticas que se arrastran de años, a veces de experiencias de militancia anteriores de las que el conjunto de las compañeras y compañeros de las organizaciones no formamos parte ni terminamos de entender, pero que llevaron a que referentes de unos y otros espacios se pelearan entre sí, y producto de esos personalismos, una diferencia política, de definición, que podría convivir en un mismo espacio, acaba por resultar irreconciliable.

Para mí también tiene que ver con mañas de otras generaciones de militantes que no se problematizaron estas cosas, que no tuvieron la oportunidad tampoco. Y son compañeros cuyas prácticas, mañas y formas de militar son muy difíciles de cambiar, entonces también hay que pensar en nuevas generaciones y experiencias con las que podamos

poner en cuestión ese perfil militante, cuestionarlo y no reproducirlo acríticamente, sin por eso dejar de respetar y reconocer las trayectorias militantes de los compañeros más históricos.

“Tienen miedo a que las hordas feministas les corten la cabeza, entonces se cuidan entre ellos por si acaso”

Entre aquellas prácticas desarrolladas por los varones y que afectan a la participación de las compañeras en condiciones de igualdad la más notoria es la complicidad.

Aun a los compañeros más abiertos y preocupados les cuesta mucho solidarizarse con los planteos de las compañeras, les cuesta mucho posicionarse y cuando se interpela sobre una situación que involucra a un compañero concreto reaccionan como si afectara al *colectivo varón* en su conjunto. La no intervención en tanto mecanismo de complicidad es bastante común.

Algunos pocos compañeros se dan cuenta que, ante discusiones o planteos sobre la cuestión de género, una intervención de un varón a otro varón es más reconocida que cuando la hace una compañera, y entonces se hacen cargo de intervenir a nuestro favor.

En general, diría que existe un temor a que se radicalice el asunto; *“si, bueno, critiquemos la actitud del compañero, o veamos esto que está señalando la compañera, pero...no nos vayamos de mambo”*. Tienen miedo a que las hordas feministas les corten la cabeza, entonces se cuidan entre ellos por si acaso. Lo estoy llevando al extremo, pero me parece que algo de este temor está operando.

Los compañeros suelen ser más moderados ante algunos planteos de lo que generalmente son ante otras discusiones. Muy estrictos si se trata de defender nuestras definiciones clasistas pero flexibles y moderados si está juego la cuestión del patriarcado.

“Hay un formato más aceptable, que suele ser un formato más masculino”

Es impresionante pero no se registra que hay desigualdades en las tareas más cotidianas. De hecho, los compañeros a veces nos dicen; *“Pero nosotros no hacemos distinción entre las tareas militantes. No es que somos los referentes y las compañeras las que hacen la comida para las reuniones”*. Partiendo de ese ejemplo extremo, y al haber compañeras muy activas en la organización y en roles de referencia, pareciera que el asunto ya estuviera resuelto.

Sin embargo, y aunque no sean tan tajantes siguen existiendo diferencias; las compañeras siguen más abocadas a tareas internas y los compañeros a tareas de relaciones políticas y de coordinación, son las compañeras las que generalmente hacen los informes, y las

opiniones e intervenciones de las compañeras no tienen el mismo peso que las de los varones.

Los compañeros tienden a poder hacer análisis más generales, a intervenir desde una posición de seguridad y convicción, mientras las compañeras solemos intervenir más desde la pregunta, la opinión, lo que nos parece. Más humildemente quizás, aunque sean aportes que hacen la diferencia.

Hay compañeras que tienen una actitud muy fuerte y muy segura de su militancia, porque son así y no necesariamente porque hayan tenido que masculinizarse para ser reconocidas. Y es evidente que tienen más peso y más presencia que las compañeras que tienen un perfil más bajo, más tranquilo. De alguna forma, hay como un formato más aceptable - que suele ser un formato más masculino- para el momento de la intervención y del análisis político. Tiene que ser claro, con seguridad, firmeza, hasta en la voz y en el estilo. Y me parece que esa valoración diferencial sigue expresando una desigualdad.

Quizás soy muy exigente con mi propia organización, pero yo veo un montón de desigualdades.

“Tiene que ver con cómo está construida la imagen pública del militante”

Yo me siento muy cómoda en la militancia de género, compartiendo con otras compañeras y compañeros feministas. Generalmente siento que es un espacio donde puedo exponerme, compartir, relajarme. Hay otras instancias donde personalmente no puedo imaginarme, como que tengo la idea de que no me da el cuero para tanto. Por poner un ejemplo, en la mesa nacional de Rompiendo Cadenas, con todos los dirigentes sindicales, yo sé que no me sentiría cómoda. A la vez me parece que hay que estar porque si no relegas esos espacios que son históricamente de presencia más masculina. Pero es verdad que una tiende a buscar comodidad, en donde sentís que estás pensando lo mismo, compartiendo una mirada, un análisis.

Abocarse a las tareas y espacios donde te sentís más cómoda es una forma de evitar cierta exposición. Me parece que tiene que ver con cómo está construida la imagen pública del militante, muchas veces ajena a nuestras formas de ser.

En términos generales hay como una forma de presentarse que condiciona hasta la actitud corporal, y creo que muchas de las compañeras no responden a esos estereotipos militantes.

La convicción y la seguridad están relacionadas con el compañero referente, con la construcción histórica del líder que tiene que dirigir a las masas. Porque es cierto que si

decís “no, es que para mí...”, “yo creo que...”, con tono dubitativo, no te van a seguir mucho.

Que las compañeras podamos también tener seguridad en lo que decimos, en nuestra palabra, poder bancar nuestras posiciones, poder plantarnos en situaciones donde no nos animamos, son cosas que hay trabajar. No necesariamente hay que descartar actitudes o formas porque no se correspondan con cierta noción de lo femenino.

Siempre me cuido de no caer en la condena de la masculinización de las referentes, porque quizás en determinada compañera el masculinizarse sea un proceso de empoderamiento. Por qué no nos podemos enojar, por qué no podemos gritar, por qué no podemos decir con firmeza lo que queremos decir, sin que nos tiemble la voz.

Creo hay cuestiones de la feminidad socialmente construida que está bueno reivindicar y otras que hay que problematizar, y ver que cada cual se sienta cómodx con la forma de ser que tiene. Me parece una tensión a trabajar.

“Es un perfil muy hetero el de la militancia”

Se siguen reproduciendo desigualdades y opresiones de género que tienen que ver con el reconocimiento y con la percepción de las identidades sexo-genéricas.

Es un perfil muy hetero el de la militancia, en general, más allá de mi organización. Y respecto al activismo LGTBIQ hay mucho prejuicio. Además, el activismo disidente en La Plata tiene un perfil bastante particular, en términos de identidad, de reivindicación, de construcción.

“Son medio posmos” dicen nuestros compañeros cuando quizás ni conocen el pensamiento o la posición política. Ya por resultarles *medios raros*, por no responder a cierto estereotipo, prima la desconfianza por sobre la inquietud por conocer qué es lo que realmente piensan. De alguna forma se subestima esa forma de hacer política que tiene la disidencia, con la que podés estar o no de acuerdo, podés hacer una crítica de ese activismo, decir que tienen una perspectiva muy anclada en el individualismo, pero eso no significa que no aporte de alguna forma o que no sea válido lo que están planteando. Hay una tendencia en este activismo a disputar más bien desde una concepción de micro política, desde las individuales o la deconstrucción, y también desde la idea de la *performance* como una forma de militancia. Podés no compartir su perspectiva política, pero para llegar a esa conclusión primero tenés que interiorizarte sobre lo está pensando ese sujeto o Sujeta política, que además muchxs están organizadxs. Hay mucho desinterés por entender ese tipo de militancia y cuando se intenta articular se lo hace desde una

concepción política heterocentrada y no desde una construcción que elabore las diferencias.

De alguna forma creo que falta más apertura a otros perfiles y a otras formas de ser, de moverse, de vestirse, de actuar y que eso esconde una desigualdad disfrazada de diferencia política, más allá de que éstas existan.

“Poder modificar esa tendencia que existe más allá de nuestra organización de que la política es para varones”

En el proceso de darle más importancia a las mesas de centralización política, a la proyección de política integral en tanto Brecha se dio también como un proceso de masculinización de algunos espacios, como por ejemplo la mesa nacional de la corriente. Se debían elegir una cantidad de compañeros por agrupación, con determinado perfil militante, y se había hecho explícito que debían tener una perspectiva, una preocupación, una mirada, un análisis antipatriarcal. Crecimos un montón y avanzamos un montón en esas instancias, pero las compañeras que participaban ahí enseguida se dieron cuenta que había una masculinización de los espacios de dirección, tanto por la menor presencia de mujeres, como la menor presencia de la política de género. Cuando un proceso de crecimiento se desarrolla o impulsa sin poner demasiada atención o cuidado en estos planos, lo más factible es que se retroceda.

Advertirlo nos obligó a pensar cuestiones más concretas a resolver que antes no las teníamos pensadas, como que sí o sí haya compañeras en las mesas de dirección, que se incorporen en los temarios algunas discusiones en relación a la agenda feminista, que la parte operativa y logística de las movidas de género no se deleguen “naturalmente” en las compañeras de la comisión de género o de la mesa.

Cuando se definen perfiles militantes o criterios que hay que cumplir para determinadas tareas y se dice que tiene que ser alguien que tenga compromiso con el trabajo de base, que tenga apertura a las discusiones y capacidad de poder reflexionar sobre una perspectiva general más allá de su territorio, que sus compañeros y compañeras tengan una confianza política en su práctica militante, muchas de las organizaciones terminan eligiendo varones. Hay un montón de compañeras que cumplen con ese perfil o con esos requisitos, pero sino se visualiza y problematiza en los colectivos que un compañero o una compañera pueden cumplir igual de bien esa tarea, lo más probable es que se elija a un varón. A veces se argumenta que había muchos compañeros y compañeras que cumplían con ese perfil, pero *“estos eran los que tenían más disponibilidad”* o *“estaban más predispuestos”*.

Tampoco creemos que las desigualdades de género se resuelvan sólo porque tengas un cupo de 50 y 50 en la mesa, pero la desigual representación es de alguna forma un reflejo de lo que te falta en tanto organización para que la política antipatriarcal sea efectivamente transversal.

Advertir la composición de la mesa despertó la necesidad de que las agrupaciones nos demos algunas tareas más generales para poder problematizar estas cosas y poder modificar esa tendencia que existe más allá de nuestra organización de que la política es para varones.

“Mujeres piqueteras, compañeras militantes, referentas políticas, luchadoras que se la bancan”

En términos de roles políticos hay mucho protagonismo de las compañeras, aunque no se refleje necesariamente en *“las instancias de conducción de la organización”*.

A veces pensamos que las compañeras que vienen de la universidad están más liberadas, que se logran posicionar más fácilmente en lugares de referencia y ocupar roles de dirección, porque tiene más conocimientos en términos teóricos, o se deconstruyó más en otras cuestiones más personales, actitudes, que son más feministas, y yo al menos no lo veo tan así.

Existe también el prejuicio de que es más difícil incorporar algunas discusiones con las compañeras de los barrios por su propia realidad que con compañeras de otros ámbitos, y me parece que tampoco es así. En los Encuentros de Mujeres lo que yo aprendí de las compañeras de los barrios es su impresionante capacidad de poder abrirse e incorporar un montón de debates.

En un montón de aspectos han sido pioneras, desde la práctica que las interpelaba directamente, al empezar a laburar violencia de género, al poder visibilizar los roles que se ocupaban. Hay un montón de discusiones que se dispararon desde esas experiencias y de las que las compañeras se hicieron cargo.

En el caso del FOL, un movimiento piquetero, un movimiento de trabajadorxs desocupadxs, que siempre se caracterizaron por una composición con muchísimas mujeres y conducciones fundamentalmente masculinas, se logró trabajar bastante para que las compañeras puedan desarrollarse como militantes.

Las condiciones de vida y las desigualdades son muchas veces más encarnizadas en las compañeras que viven en los barrios, no porque las compañeras de la universidad no sufran la violencia ni las múltiples opresiones, sino porque en los barrios están expuestas a situaciones más extremas. Y ahí el empoderamiento fue quizás más directo y brutal, un

giro de 180 grados. La mayoría son madres y esposas, y para poder asumir un protagonismo político y ponerle el cuerpo a la militancia tuvieron que ir dejando a un lado un montón de mandatos.

Ese proceso las posicionó en un lugar de mucha fortaleza y fue marcando un poco el perfil de las mujeres piqueteras, compañeras militantes, referentas políticas, luchadoras, que se la bancan, que contra todo tipo de adversidad la pelean y se organizan.

Está relacionado con procesos más históricos de protagonismo de nuestro espacio y de alguna forma las tenemos como ejemplo, en reconocimiento de esa fortaleza.

“Analizar la coyuntura desde una mirada feminista y desde ahí pensar cuáles son las tareas políticas”

Las compañeras somos mucho más multifacéticas, tendemos a estar en varios lados, a hacer distintas cosas y no veo que haya muchas compañeras que tiendan a especializarse, a desarrollarse más en una tarea, o en un área, o en un eje. Y quizás hay compañeros que hace años que son buenísimos haciendo análisis de coyuntura, entonces siempre están haciendo análisis de coyuntura, y otros que son economistas entonces tienen herramientas para analizar movimientos económicos. Y si bien hay compañeras capaces de hacer análisis de coyuntura, no hay ninguna especialista.

De a poco, los desafíos que nos va presentando la coyuntura y los saltos políticos que nos proponemos dar como organización trascendiendo la auto-construcción en cada territorio, nos va obligando a preocuparnos por cosas en las que antes no reparábamos. Por ejemplo, analizar la coyuntura desde una mirada feminista y desde ahí pensar cuáles son las tareas políticas. En otras instancias está más incorporado que las tareas se desprenden del análisis previo, pero en nuestra militancia de género era más espontáneo, más intuitivo.

En lo personal, el pensarme en tanto feminista me puso la tarea de hacerlo seriamente, porque es igual de importante y prioritario, y para eso tengo que tener herramientas, pensarlo políticamente y colectivamente. Insisto bastante con incorporar los análisis más generales, de caracterizar el movimiento de género, de caracterizar al gobierno kirchnerista y las políticas públicas, la cuestión de los derechos en términos de avance, de conquista, de cooptación, de construcción de hegemonía. Cuando logras incorporar la idea de la sociedad capitalista patriarcal más de conjunto también empezás a analizar la realidad desde ahí.

De esta forma tienen mayor peso nuestras intervenciones, mayores fundamentos, elaboraciones, y resulta más difícil restarle importancia a lo que estamos diciendo. De

alguna forma potencia nuestra militancia y creo que es la forma en que tenemos que pensar las estrategias para la lucha.

Poder tener esa mirada más general permitió, en mi proceso más individual y en el de la organización, que cuando empezamos a participar en instancias de coordinación del movimiento de mujeres, de la organización de la marcha del 8 de marzo, o del 25 de noviembre, a construir la campaña contra las violencias, a encontrarnos con compañeras de otras organizaciones, podamos identificar cuáles eran los acuerdos y las diferencias en estas luchas.

Fue interesante que nos hagamos el tiempo militante para esas tareas, que sino siempre quedaban relegadas. Hasta hace poco nosotras nos limitábamos a ir a las actividades o adherir al comunicado, pero no teníamos un protagonismo, una intervención particular de nuestra organización. Nos fuimos formando en la práctica sin esperar a tener todo resuelto ni demasiado cerrado, ni a que el conjunto de la corriente o de la organización tuviera todo saldado, aunque siempre tratando de que no alejarnos de la realidad de nuestros colectivos.

“Sigue costando el reconocimiento de la importancia de lo que hacemos y que eso se refleje en cuerpo, en fuerza, en tiempo”

No podría decir bien porqué, pero me parece que tendemos a una militancia más dispersa y quizás las que más lograron especializarse lo hicieron en política de género. De hecho, hasta en esa especificidad nos cuesta, al punto que recién ahora estamos pudiendo construir roles de referencia política en la militancia de género, que haya compañeras que puedan estar en las instancias de coordinación. Por un lado, puede ser por lo incipiente de nuestra intervención como Brecha en esos espacios, pero también tiene que ver con que la mayoría de las compañeras que empezaron a militar género, a organizar los encuentros de mujeres, a ir a las reuniones de coordinación de las marchas, tenían otras 20 millones de tareas. Entonces se reunía la comisión de género, definía la agenda y a la hora de ver quién podía cubrir una reunión...nadie podía. Estaban todas saturadas de otras cosas que no tenían que ver con la militancia de género y a esas compañeras no se las libera.

Es una discusión constante, porque si queremos construir esa política tenemos que tener tiempo real y concreto para hacerlo. Si esas compañeras son igual de importantes en otro montón de instancias es muy difícil que pueda construir una referencia específica. Hay cosas que tenés que dejar de hacer. De hecho, una de las cuestiones por las que también cobró fuerza la necesidad de armar una agrupación antipatriarcal fue porque había compañeras que se daban cuenta de que querían militar género y no estaban pudiendo

hacerlo en sus agrupaciones. No podían desarrollarse o desplegarse políticamente porque en las necesidades de cada agrupación la cuestión de género estaba acotada.

Muchas compañeras de nuestra regional no pudimos viajar al Encuentro de Mujeres en Salta por problemas con los colectivos que habíamos contratado y terminamos haciendo un encuentro en La Plata. Cuando nuestros compañeros vieron semejante movida que no lo podían creer. Ahí fueron interpelados como testigos directos de la potencia que les decimos que tienen los encuentros de mujeres. Es un ejemplo de cómo el reconocimiento interno viene una vez que pudiste demostrar la capacidad de despliegue y acumulación hacia afuera, existiendo para nuestras iniciativas criterios de validación que en otros planos no se ponen en juego, porque se valoran en sí mismos en función de la línea y no de su eficacia.

A nosotras nos pasó con la Campaña contra las violencias, que es un espacio central de intervención política de la Brecha, de coordinación para nuestra política de género, que incluso impulsamos nosotras, y que por diversas razones las dos compañeras de la comisión de géneros que tomaban esa tarea por la regional Capital no pudieron seguir participando.

Para nosotras era una preocupación central garantizar el recambio, pero no existía esa preocupación por parte de los compañeros ni del conjunto de la militancia. No imagino que pudiera pasar algo semejante en otros espacios políticos impulsados y protagonizados por nuestra organización. Sigue costando el reconocimiento de la importancia de lo que hacemos y que eso se refleje en cuerpo, en fuerza, en tiempo.

En este espacio de coordinación de la campaña hay un montón de organizaciones a las que no pudimos reagrupar en otra iniciativa que intentamos impulsar, que fue la mesa política de la nueva izquierda. Ante este intento frustrado el balance interno concluía en la imposibilidad de coordinar en este momento entre las organizaciones que pensábamos éramos parte de un mismo espacio, cuando nosotras hacía dos años que veníamos coordinando con militantes de esas mismas organizaciones en la experiencia de esta campaña. Esa experiencia particular era generalizada en un balance homogéneo donde lo que veníamos haciendo nosotras no estaba siendo considerado.

El haber desplegado política hacia afuera fue generando el reconocimiento de su importancia, que hubiera demorado mucho más si hubiéramos esperado a que todos se apropiaran de la necesidad de construir la campaña y entendieran sus objetivos.

El tema es que eso termina muchas veces con compañeras muy desgastadas porque hasta que ese reconocimiento se expresa en la jerarquización de las tareas militantes, nosotras

hacemos otras tantas en simultáneo. Aun cuando sean objetivos políticos presentes en las definiciones orgánicas, es la dinámica cotidiana donde se dirime si son o no prioritarios. No es que nuestra militancia en género sea invisible o no haya reconocimiento, pero en términos prácticos, si no te liberan de ninguna de esas otras tareas que vos seguís desarrollando ese otro reconocimiento es medio testimonial. Materializarla como tarea tuya requiere que redobles tus esfuerzos, tus tiempos, tus energías porque de todo lo otro no te liberó nadie. Creo que esto responde un poco a la pregunta de “¿Por qué somos multifacéticas?”.

“Ser conscientes de las determinaciones sociales no tiene que funcionar como excusa para la auto-complacencia y conformismo de los compañeros”

Mientras nosotras tenemos que demostrar poder hacer todo algunos compañeros reorganizan su tiempo y sus energías en función de sus prioridades y no de las prioridades que la organización define para ellos. Así es como se dan esa carrera de especialistas en alguna tarea. Después son esos varones los que tienen la capacidad de hacer el análisis de coyuntura o los análisis políticos más generales, porque para ello requirieron de tiempos disponibles para la formación, para hacer caracterización de las otras organizaciones, leer la prensa, documentos, informes económicos.

Me parece que falta mucho para que los compañeros puedan problematizar efectivamente sus privilegios y hacerse cargo del trabajo de deconstrucción que supone.

Es complicado porque aun los compañeros que tienen una preocupación real por hacerlo, no saben mucho cómo. Decimos que lo hagan ellos mismos, pero a su vez nos preguntamos por qué van a esforzarse por trabajar en perder sus propios privilegios. Cuál es el rol de las mujeres en ese proceso que tienen que hacer los varones y de qué forma los interpelamos a que lo hagan nos presenta una tensión.

Por otro lado, notar el desfase entre sus intervenciones y sus prácticas militantes en instancias públicas y cómo actúan en lo personal, en lo íntimo, en lo privado, genera tensión y malestar. Aun cuando es lógico que suceda porque una de las cuestiones más fundamentales para la reproducción de la opresión de género es esa separación entre los ámbitos públicos y privados de nuestras vidas.

A medida que vamos logrando avanzar y el piso de conciencia sobre estos temas se va elevando, las feministas nos vamos poniendo más exigentes, abriendo nuevos frentes de discusión y problematización.

En nuestra búsqueda por construir nuevas relaciones sociales, también tenemos que poder reconocer las determinaciones en esta sociedad y en cada momento histórico, para no caer

en el voluntarismo de pensar que vamos a transformar radicalmente aquí y ahora relaciones de poder que son sistémicas. Tenemos que reconocer las limitaciones de los procesos históricos y que no vamos a poder ser totalmente nuevas y nuevos en esta sociedad.

Sin embargo, ser conscientes de las determinaciones sociales no tiene que funcionar como excusa para la auto-complacencia y conformismo de los compañeros respecto a lo que ya han logrado cambiar. Nosotras también vivimos en un sistema que pretende determinarnos y día a día nos exigimos transformarnos.

Creo que los compañeros, aunque también perderían poder y beneficios, disfrutarían mucho más la militancia. Desde un punto de vista saldrían perjudicados en un montón de cosas, pero los compañeros que conozco que se han cuestionado sus privilegios han crecido políticamente.

“La militancia colectiva en espacios de género me fue dando más respaldo y habilitándome a desplegarme más”

Al principio me costó participar de espacios de centralización política de la organización. En la mesa política de La Caldera, por ejemplo, participaba una compañera a la que se le reconoce por la prolijidad, porque se acuerda de los informes, de las resoluciones, lo que ya discutimos y lo que no, entonces tiene mucha capacidad de ordenar las discusiones. Yo soy todo lo contrario, y además soy de intervenir diciendo más o menos lo que pienso sin inhibirme por no tener todo perfectamente claro u ordenado.

También implicó sumarme a compartir un espacio con los compañeros que de alguna forma me formaron, que eran referentes de mi militancia, entonces se me jugaban ciertas inseguridades, de que debía ganarme el lugar, que si me habían elegido era porque había hecho aportes y podía seguir haciéndolos, de que podía con esa responsabilidad. Muchas veces no se trata de que otras y otras te reconozcan sino de convencerse una misma, de creérsela. Por lo menos a mí me pasa, de que yo misma me convenzo de que *“no, yo esto no lo puedo hacer, no me da para tanto, no tengo tantas herramientas”*.

Fue cuestión de poder hacer ese proceso y no sentir que llegué a esa instancia porque quedé y nada más. Pero también de que soy y hago lo que puedo y tengo que construir mi legitimidad desde ahí, no desde algo que no soy. No soy el compañero que tiene 50 años y 20 de militancia. En ese sentido fue importante ese proceso y esa legitimidad que yo misma me fui construyendo. La militancia colectiva en espacios de género me fue dando más respaldo y habilitándome a desplegarme más.

Es muy difícil además cuando al verte, ven a la feminista. Porque ahí también cumplí el rol –aunque acompañada- de la que introduce la cuestión de género, la que marca, la que mete, la que dice y aporta desde ahí. Lo que significa que no todos los compañeros lo tienen incorporado y tenés que estar presente para que esté esa mirada. Al principio estaban un poco a la defensiva, pero fuimos avanzando al punto de que hay un reconocimiento de que es un aporte necesario, de que no es anecdótico o secundario.

Espero más de las compañeras que de los compañeros, más allá de que militen género o no, como si algunas cuestiones estuvieran saldadas por el sólo hecho de ser mujeres y militantes. Me enoja más cuando minimizan, le restan importancia o no plantean como preocupación algunas cuestiones. A veces termino discutiendo más con esas compañeras que con los compañeros, pero en realidad lo que hay que intentar es interpelar desde otro lado, en términos más subjetivos.

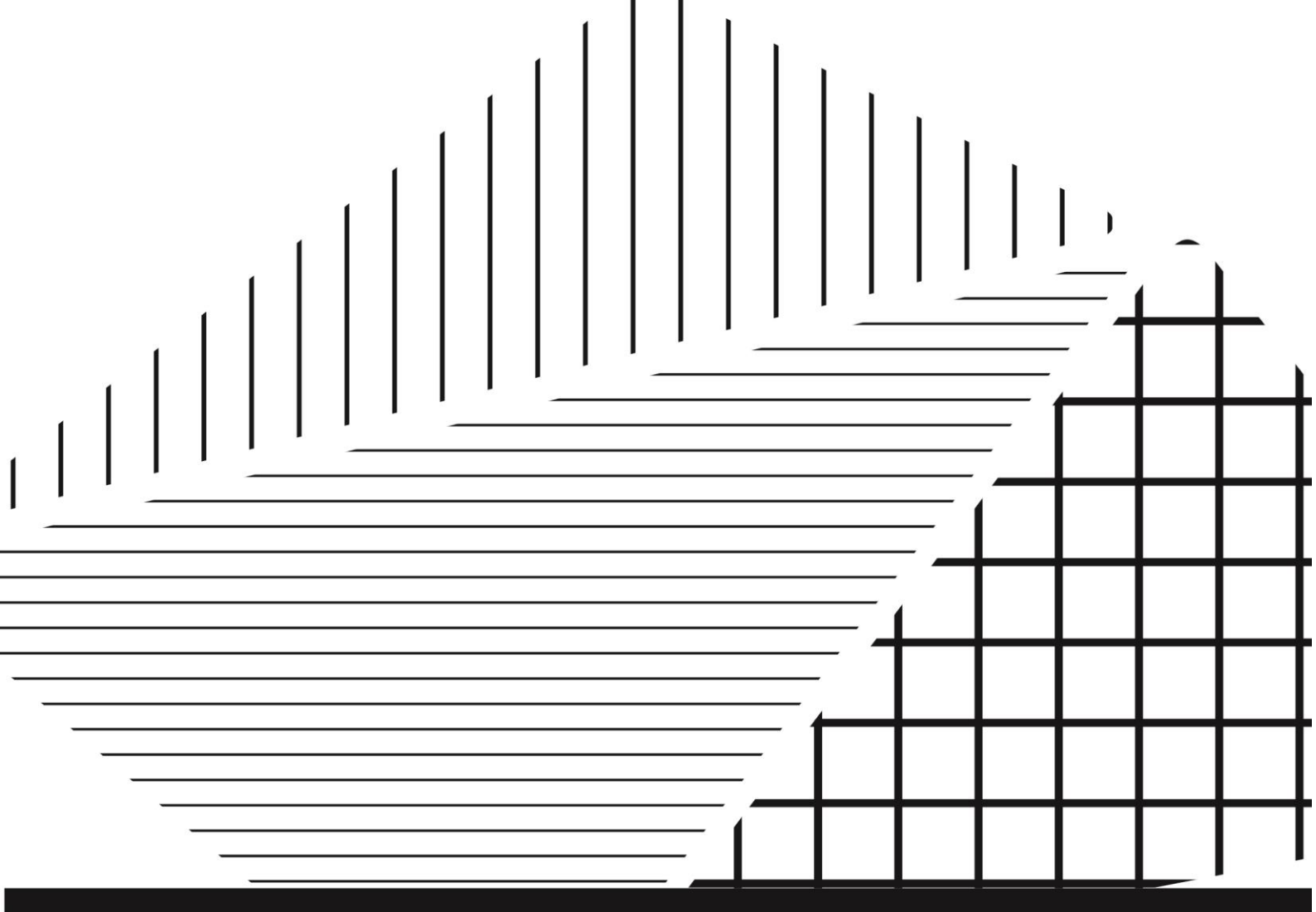
“Pensar una perspectiva revolucionaria sin tener una perspectiva antipatriarcal es conservador”

Al imaginar espacios políticos contruidos desde lógicas que no sean las masculinas, los pienso como espacios más creativos, más disruptivos, que logren romper los esquemas que delimitan lo que es y lo que no es lo político, pudiendo entrelazar lo racional con lo que usualmente se descalifica como sentimentalismo o amiguismo. Me imagino espacios un poco más humanos, donde podamos decirnos cómo estamos, donde podamos escucharnos, donde podamos sentir algunas cosas que generalmente ni percibimos por la vorágine de lo que hay que hacer, de lo que hay que definir, de los objetivos que hay que cumplir.

Me lo imagino más radical en los planteos, en las prácticas, más jugado, más dinámico, no tan encorsetado. Creo que el pensar una perspectiva revolucionaria sin tener una perspectiva antipatriarcal es conservador. Se queda corto, le falta algo y no vas a poder transformar demasiado.

Y me lo imagino más sólido, más permanente en el tiempo, más solidario y hasta más alegre.

Para mí el feminismo tiene la potencialidad de correrse de lo políticamente correcto



Narrativa co-producida junto a María Paula García

Introducción a la narrativa co-producida junto a María Paula García.

Integrante de Marea Popular (en Patria Grande).

El activismo feminista ya nos había encontrado en otras circunstancias y territorios, en los que habíamos podido avanzar en conocimiento mutuo, complicidad y confianza. Pero el contexto en que concretamos nuestra conversación, en junio del 2014, fue particular. Las organizaciones en las que cada unx de nosotrxs desarrollaba su militancia¹⁰⁰ estaban transitando un proceso de fusión. Aun cuando resulte difícil afirmar que el intercambio producido hubiera sido distinto en otro contexto, lo que resulta insoslayable, al menos para quien escribe, es que la entrevista fue también una ocasión en la que profundizar sobre los diagnósticos que cada cual había construido en base a su experiencia, así como la proyección de posibles formas de abordar estas situaciones en un futuro escenario de militancia conjunta en el marco de una misma organización. Podríamos decir que si bien no “porongueamos” -como nuestra interlocutora denomina a la forma de competir a la que acuden los varones en espacios de militancia- sería justo decir que sí nos medimos. No en términos de competencia, sino en los grados de sintonía de nuestros diagnósticos, de nuestras críticas, de nuestras apuestas.

A diferencia de las otras interlocutoras, que en diferente medida se apropiaron del proceso de agenciamiento y edición del texto, en este caso prácticamente no hubo intervención. Ante la falta de intercambio virtual, aprovechamos una visita suya a la ciudad de Rosario en ocasión de una reunión, para leer el texto propuesto por el investigador, y que tuviera oportunidad de sugerir cambios, modificaciones y finalmente aprobar una versión final del mismo. Habiendo sido ese el procedimiento posible, carecemos de las posibilidades de analizar los sucesivos intercambios, dinámicas y negociaciones emergentes del proceso de co-edición e hibridación de las narrativas, que analizamos en el capítulo 8 con relación a las otras interlocutoras.

Por otra parte, la narrativa co-producida junto a María Paula quizás sea la que más abunda en la precisión de aquellas maniobras desplegadas por los varones para retener posiciones de poder y privilegios en los espacios de militancia. Esta capacidad de descripción densa articula sus más de 20 años de experiencia militante, una aguda mirada crítica para interrogar ese recorrido en clave feminista, y una vasta trayectoria docente que se expresa

¹⁰⁰ En ese entonces, me alejaba del Colectivo de varones antipatriarcales (participé desde su fundación en 2009, hasta mediados del 2014), para volver a vincularme al Frente Popular Darío Santillán-Corriente Nacional, en el marco de la fusión con Marea Popular y la fundación de Patria Grande. Tiempo después iniciamos la construcción de “Mala Junta, colectiva feminista popular, mixta y disidente”.

en su capacidad pedagógica para hacer de aquellas experiencias personales y colectivas, conocimientos inteligibles e interpeladores.

La posibilidad de avanzar en la identificación de los micromachismos en los espacios de militancia es un aspecto clave de esta investigación en tanto intento por producir conocimiento en torno a las políticas de despatriarcalización. De la misma manera, la posibilidad de despatriarcalizar la construcción de conocimiento está ligada a las experiencias que habilitan a desprendernos del androcentrismo que obstaculiza hacer de las epistemologías feministas los lentes con los que miramos y analizamos el mundo.

La co-producción de esta narrativa y los encuentros que su realización supuso han posibilitado valiosos pasos en ambas banquinas del mismo camino.

Narrativa en co-autoría con María Paula García.¹⁰¹

Marea Popular (en Patria Grande).

“Trabajar lo necesario para tener mi independencia”

Soy María Paula García, tengo 42 años, nacida y criada en la Ciudad de Buenos Aires. Estudié Ciencias Biológicas en la UBA y desde el año 2007 soy docente de escuela media. Trabajo muchas horas, en la zona sur de la ciudad, en una escuela vecina a la Villa 1.11.14. Por fuera del horario de trabajo participo de Radio Sur con una columna y escribo para el portal Notas, que son actividades recientes en mi vida y disfruto mucho. También estoy terminando el Profesorado de Informática para poder tener un título docente. Un día de mi vida es eso, de mi casa al colegio, del colegio a alguna reunión, o a la radio, o volver a casa y estar hasta la medianoche escribiendo. No tengo mucho más tiempo para otras cosas. Si compartiera gastos podría trabajar menos horas, pero prefiero vivir sola y trabajar lo necesario para tener mi independencia.

Soy heterosexual y estoy en una relación de pareja *sui generis*. Después de muchos años de convivencia, cada cual vive en su casa y tenemos una relación más relajada. Hace 20 años estamos juntos. Yo hablo todo con él y él habla todo conmigo, incluso militamos en el mismo espacio. Es un tipo bárbaro, que ha sabido ponerse en discusión, que ha sabido cambiar, que ha sabido aceptar tiempos, espacios, no siempre muy convencido de las cosas, pero que me acompaña, me sostiene. Es mi compañero de vida además de mi pareja.

Cuando empezamos nuestra relación yo no era feminista todavía y como casi todas las mujeres venía con el mandato de la maternidad. Después me lo empecé a problematizar y me fui para el otro lado, al mandato de la no maternidad, para luego ir pasando por varias etapas. Él me lo ha pedido, lo hemos discutido, hemos pasado por crisis por este tema, pero la verdad es que nunca sentí la necesidad de ser madre, no lo deseo, no siento que sea una asignatura pendiente en mi vida. Medio a disgusto, pero me acompañó en mi decisión.

Vengo de familia católica, aunque no muy practicante. Yo asociaba la comunión a la fiesta y al vestido y como nunca me gustaron esos lugares donde sos el foco de atención decía que no la iba a tomar. Cuando le conté esto que me pasaba a la hija de una amiga de mi abuela que estaba haciendo el noviciado, me dijo que eso no era la comunión y

¹⁰¹ En base a la conversación mantenida el lunes 23 de junio del 2014, en su casa en la Ciudad de Buenos Aires. Aprobada el 16 de Julio 2016.

entonces me empezó a contar la historia de Jesús, y me ganó mal. Hice feliz de la vida el catecismo, me leí en un fin de semana la biblia contada a lxs niñxs, me encantó la figura de Jesús, el nuevo testamento, la cuestión de la creencia, de la esperanza, de la comunidad. Creo que algo de eso arrastré un poco en mis raíces socialistas. Incluso cuando decidí estudiar Ciencias Biológicas, en una facultad totalmente atea, donde lxs profesores y referentes teóricos de la carrera militan contra el creacionismo y en pos de la evolución, yo seguía creyendo. Dejé de creer después de que empecé a militar, o bien creo que reemplacé la biblia por el marxismo. No es un tema que se supere tan fácilmente, no tanto la creencia o no en Dios, sino algunos preceptos que tienen que ver con el cuerpo, el placer, el deber ser. Son cosas que calan hondo.

“Esa coyuntura me llevó a la política”

Soy militante de izquierda desde el año 95, desde hace casi 20 años. Participé de distintos espacios políticos; en la década del 90 fui parte de la juventud socialista del MAS, lo que sería la izquierda más tradicional. Rompí con mis compañeros de militancia cotidiana a fines de los 90 para formar otra organización que se llamó Socialismo Libertario, la cual existió hasta el 2012 que fuimos parte de la fundación de una nueva organización; Marea Popular.

Empecé a participar en política a los 23 años, en el año 95, cuando estalló el conflicto por la aplicación de la Ley de Educación Superior y la pretensión del gobierno de Menem de arancelar la universidad. Estaba en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA y empecé a participar de la vida política con mis compañeros y compañeras. El Centro de Estudiantes estaba presidido por el MNR (Movimiento Nacional Reformista) y ese año pierden la dirección con la Lista Unidad, encabezada por la CEPA (Corriente Estudiantil Popular Antimperialista). Exactas fue la primera facultad tomada en el año 95, después vinieron todas las demás. Toda esa coyuntura significó empezar a meterme en discusiones políticas dentro de la universidad.

Mi hermano militaba en los secundarios del MAS (Movimiento al Socialismo) y cuando le comento que estaba participando en la facultad me dice que ellxs tenían unos grupos de discusión política con compañerxs de diferentes facultades. Participé de algunos espacios y por primera vez me sentí interesada por la discusión política, y así decidí empezar a militar en la universidad. Ese año, parte del 95-96, fue un año de mucha lucha estudiantil, de mucha lucha radicalizada, de participar del abrazo al congreso para impedir que lxs legisladores entren y voten, de mucha represión a las movilizaciones estudiantiles.

Fueron años muy intensos políticamente, el surgimiento del movimiento piquetero, la lucha contra lo peor del neoliberalismo de Menem.

Cuando ingresé a la regional capital de la juventud del MAS, que éramos la Juventud Socialista de la UBA, éramos unxs pocxs compañerxs, y al cabo de un mes llegamos a ser 100 compañerxs en la regional. Era un grupo militante muy interesante. En ese marco comenzamos a poner en discusión algunas certezas del partido, por ejemplo, la relación entre el estado y la educación pública; si la educación pública debía ser defendida a rajatabla, o si a la vez que se defendía el acceso y la gratuidad discutíamos la necesidad de imprimirle otros cambios y transformaciones. Empezamos a discutir qué significaba hacer política, que evidentemente el asambleísmo y la marcha permanente no alcanzaban, que era necesario politizar más los espacios de discusión en la universidad, analizar al servicio de qué se quería poner la educación universitaria en ese momento. Esa coyuntura me llevó a la política.

“Empezamos a problematizar que sucedía con la voz, con la participación, con el protagonismo de las compañeras”

Primero emergió toda una reflexión sobre el rol de las compañeras, cómo en una regional con 100 militantes, con mujeres militantes con mucha garra, con mucha entrega, con mucha referencia en sus lugares de trabajo, la dirección regional estaba totalmente compuesta por varones. También que cuando salíamos, o en otros espacios de sociabilidad, era habitual que circularan chistes machistas y homofóbicos. Incluso nos habíamos enterado de un ranking que hacían los compañeros de cuál era la compañera más linda de la regional. Empezamos a problematizar qué sucedía con la voz, con la participación, con el protagonismo de las compañeras en estos espacios políticos donde se hablaba mucho del capitalismo, pero nada sobre la opresión de las mujeres. Se abrió todo un proceso de reflexión que algunos compañeros apoyaron y otros se resistieron abiertamente.

Todo esto fue como un fermento que fue poniendo en discusión la política, la forma partido y algunas cuestiones programáticas fundamentales del MAS, entre las cuales estuvo la cuestión de la participación política de las mujeres. Al principio fue hacia adentro y después empezamos con algunas iniciativas hacia afuera, a plantear algunos debates en espacios universitarios. Estábamos todavía dentro de un marco bastante clásico de la izquierda.

Eso nos fue llevando a un proceso de discusión política donde muchos sectores del partido, en vez de abrir la discusión, se posicionaron reactivamente. En general nos

tildaban de pequeñoburguesas, de que las compañeras queríamos construir la rama femenina como tenía el peronismo, que queríamos dividir. Fue una discusión con la cancha embarrada porque se discutía poco de teoría, de política, de programa, y mucho de chicana, de prejuicio.

“Nos fuimos dando cuenta que a esto de la cuestión de la mujer había que ponerle otro nombre”

Comenzamos a juntarnos las compañeras para poner en común los malestares y molestias que sentíamos con lo que nos pasaba, que no nos escuchaban, que no teníamos participación en las instancias de dirección.

Debo decir que al principio tenía muy incorporado el discurso de que si una es oprimida es porque se deja, que esa opresión podría darse en algún sector de clase social baja, pero no en la universidad donde las mujeres estudiamos y tenemos cierta libertad sexual. Un sector de compañeras siguió bastante firme con esta discusión y realmente me convenció de que eso más bien era una cáscara, que aun siendo universitarias, de clase media, “pequeñoburguesas” como nos decían, y que pudiera salir con los tipos que me interesaban, también había patriarcado y había opresión. En un primer momento había más que nada discusiones, sin categorías o nombres para esas cosas que nos pasaban. Ni hablábamos de feminismo.

Quisimos saber qué decía el partido y nos enteramos que lo último que había escrito al respecto era algo de los 80, que se llamaba “*La situación de la mujer*”, que era un trabajo de dos compañeras que escribían polemizando con el feminismo radical de los 70. Mientras este último proclamaba “*Mujeres del mundo uníos*”, ellas contraproponían “*¿Mujeres del mundo uníos? ¿O trabajadoras y trabajadores del mundo uníos?*”. Al final del artículo sentenciaban “*la clase nos une, el género nos separa*”, con lo cual habían cerrado toda la discusión dentro del partido detrás del conocido prejuicio de que las reivindicaciones de género dividen la lucha de clases. Era lo último que se había producido, 15 años antes, y a nosotras no nos alcanzó.

Una compañera propone contactar “*a alguna feminista*” y otra dice conocer a una compañera española que estaba viviendo en Buenos Aires e integraba del grupo “*La mujer y el cine*”, junto a otras cineastas feministas como Marta Bianchi y María Luisa Bemberg. No sólo era feminista, además estaba participando en la vieja *Comisión por el derecho al aborto*, había militado en la izquierda, y por lo tanto nos ayudó a problematizar un poco algunas dinámicas de género recurrentes al interior de los partidos tradicionales. Decía que los varones hacen política y las mujeres ponemos los moños, decoramos la sala,

llevamos las finanzas. Y nos dijo algo muy interesante; “*chicas, ustedes tienen que leer a Simone de Beauvoir*”, y nos recomendó “*El Segundo Sexo*”. Nos lo compramos todas. Fue el primer libro que leímos sobre feminismos y nos rompió la cabeza.

Hicimos unos primeros talleres sobre el tema del marxismo y la condición de la mujer. Teníamos una visión crítica sobre algunos planteos y al mismo tiempo que reivindicábamos a Marx, Lenin y Trotsky, leímos a Alexandra Kollontai. Fuimos haciendo nuestro recorrido. Por cuenta propia y un poco contactándonos con otras compañeras, empezamos a participar de algunas cuestiones que hacía la *Comisión por el derecho al aborto*, conocimos a Dora Coledevsky. De a poco nos fuimos dando cuenta que a esto de *la cuestión de la mujer* había que ponerle otro nombre y obviamente al interior del MAS era imposible llamarse feminista.

Viéndolo a la distancia veo que era una coyuntura muy particular, fines de los 90, principios de los 2000, donde había muchas certezas que se estaban removiendo. No es casual que un grupo de jóvenes se empezaran a preguntar todas estas cosas, en partidos donde hacía 20 años que no se discutía nada de esto. Llegamos al feminismo de esa manera, de manera colectiva.

“La liberación de la mujer como parte constitutiva de la emancipación de la humanidad”

El eje de la situación de las mujeres hacia adentro de la organización y la liberación de la mujer en términos de línea programática, tuvieron un peso bastante fuerte tanto en la decisión de alejarse del MAS como en la fundación de Socialismo Libertario.

Nos fuimos planteando que el marxismo era un *corpus* teórico al que no alcanzaba con agregarle algunas cositas, que no se trataba de un problema superficial, sino que había que poner en discusión más profundamente la concepción marxista en general, la lectura de la realidad y de la transformación social. También que era necesario problematizar algunas ideas del trotskismo y del leninismo, lo cual a partir de haber reconocido la opresión de las mujeres se volvió indudable, debido al posicionamiento histórico de entender a las mujeres como objetos de opresión a ser liberadas por el avance de las fuerzas productivas. Incluso sin aprender de lo que estaba pasando en Rusia, donde había mujeres como Alejandra Kollontai que tenían otra visión, otro posicionamiento y no fueron escuchadas en absoluto. Al contrario, fueron ridiculizadas y dejadas de lado, y en ese aspecto al leninismo y al trotskismo le veíamos grandes límites y responsabilidades. Hicimos un proceso de discusión y apostamos hasta un punto que no daba para más y decidimos fundar nuestro propio grupo militante. En un primer momento fue un grupo de

estudio y luego empezó a ser una organización. En ese momento conocimos a unos compañeros que eran del Socialismo Revolucionario de Italia, que habían sido parte de la Liga Internacional de los trabajadores en la década del 80 y se conocían con algunos compañeros nuestros de la década del 70. Estaban haciendo una experiencia que nos parecía interesante por dos motivos. En primer lugar, porque planteaban que el marxismo existente en las organizaciones tradicionales de izquierda estaba anquilosado, que la caída del muro de Berlín cuestionaba un montón de certezas y era necesario un nuevo marxismo para un nuevo milenio. En segundo lugar, lo que nos estimulaba mucho es que consideraban a la liberación de la mujer como parte constitutiva de la emancipación de la humanidad.

Con estos compañeros decidimos armar una nueva organización, en una relación desde Argentina con Italia, y así fundamos Socialismo libertario a fines del 99. Empezamos en Capital difundiendo una revista que se llamaba *Utopía Socialista*, a partir de la cual surgieron otros contactos y regionales.

“Pensarnos no sólo como objetos de opresión sino también como sujetos de liberación”

Al principio adolecíamos de los mismos prejuicios que criticábamos. Veníamos de una estructura que consideraba al feminismo como un movimiento pequeño burgués y eso representaba un gran obstáculo para identificarnos como feministas. Por eso hablábamos de la cuestión de la mujer o la opresión de las mujeres. Cuando empezamos a leer otros feminismos vivimos como una revelación y nos empezamos a sentir parte.

En el caso nuestro estábamos muy ancladas en pensarnos como objetos de opresión y eso nos limitaba un poco a la hora de pensar política. Hasta que conocimos a una compañera del grupo italiano, Sara Morace, una antropóloga que provenía del feminismo de la diferencia de la Librería de Mujeres de Milán. Vino a la Argentina a presentar un libro que se llamaba *“Tercer tiempo. Mujeres, Patriarcado y Futuro”* (Prospettiva Edizioni, 1999).

Para ella había habido un primer tiempo de afirmación de la especie humana, donde se da el proceso de hominización, donde el patriarcado no existía e incluso las mujeres tenían un rol muy importante en la sociedad. Luego el advenimiento del patriarcado, que ella analizaba sobre todo desde el punto de vista de las representaciones simbólicas de muchas culturas, que describía como una inversión civilizatoria. Y luego este tercer tiempo donde las mujeres habíamos emergido como sujetos colectivos capaces de empezar a cuestionar al patriarcado. Si bien durante milenios había habido individualidades o algunos episodios que cuestionaban al patriarcado, sería en este tercer tiempo que las mujeres, con los

movimientos feministas y de liberación de la mujer, empezamos a surgir como sujetos colectivos, como movimientos sociales y políticos con capacidad de cuestionamiento. Ella hablaba de una crisis del patriarcado, no porque estuviera por desaparecer, sino porque estaba siendo cuestionado, minado en algunas de las certezas que lo habían sostenido durante tantos milenios.

Nos imprimió el poder pensarnos no sólo como objetos de opresión sino también como sujetos de liberación, como protagonistas de algo a construir por la positiva. No sólo a desnaturalizar o deconstruir, a pensarnos como víctimas o como cómplices, sino como mujeres que transforman la realidad en la actúan. Creo que ahí recién, con este grupo de compañeras, sentimos colectivamente que éramos feministas: *“si el feminismo es esto...entonces somos feministas”*.

Nos convencía esta impronta propositiva del feminismo, de cuestionar todo, pero al mismo tiempo aportar, como feministas y también como compañeras de izquierda anticapitalista, a la construcción de una sociedad por la positiva. Socialismo Libertario se funda con esta impronta. Nosotros hablábamos de revolución feminista, socialista, libertaria, anticapitalista.

Lo que sí fue verdaderamente un problema de esos primeros años de nuestra formación en Socialismo Libertario, fue que nos tragamos el sapo del feminismo de la diferencia italiano. Este dejo esencialista con su invocación a una cierta naturaleza femenina, llevaba a posiciones un poco sectarias, porque considerábamos que el feminismo era algo que podía ser solamente encarnado por mujeres. Tampoco acordábamos con esta idea de la multiplicidad de géneros, al contrario, para nosotros era una especie y dos géneros, porque teníamos esta visión esencialista, hasta biologicista. Y eso nos limitó políticamente.

El feminismo popular empieza a ser más propio de Socialismo Libertario cuando ya estamos en un proceso de ruptura con este grupo italiano. Nos empezamos a distanciar por caracterizaciones de la coyuntura que se estaba viviendo en América Latina, desde México y los zapatistas, pasando por Venezuela, Ecuador, Bolivia y Argentina. La lectura de la realidad del grupo de Italia y la nuestra no estaban en sintonía, quizás por cierto eurocentrismo de su parte.

“Empezamos a insertarnos en el movimiento de mujeres y a hablar de feminismo popular”

En el 2001 participamos como Socialismo Libertario en el Encuentro de Mujeres de La Plata, que fue impresionante por el protagonismo de los grupos feministas. La comisión organizadora había negociado con el entonces gobernador Ruckauf que no hubiera

demasiada presencia feminista y abortista a cambio de que el gobierno les cediera las escuelas para los talleres. Entonces las feministas, que no se subordinaban a la comisión organizadora ni a nadie, hicieron su peatonal afuera y fue más multitudinaria que los propios talleres. Participamos del taller “*ABC del Feminismo*” cuya coordinadora era Dora Coledesky, y a través de su invitación nos sumamos luego a la Coordinadora por el derecho al aborto.

En el 2007 conocemos a las compañeras de La Casa del Encuentro y nos proponen hacer una sentada frente al Congreso a 5 años del secuestro de Marita Verón. Todavía no estaba siquiera votada la Ley de Trata y ellas lanzan la consigna “*Aparición con vida de las desaparecidas en democracia*”, logrando convocar incluso a los organismos de derechos humanos que en general no habían tomado la problemática de la trata de mujeres. Vamos muchas organizaciones y construimos una especie de campaña. Nadie hablaba de trata en ese entonces y logramos instalar la problemática. También nos proponen ser parte de la carpa itinerante contra la violencia; armábamos un gacebo gigante con fotos e información de casos conocidos de femicidios y les proponíamos a las mujeres que pasaban por la plaza discutir 5 minutos sobre violencia de género.

Así empezamos a insertarnos en el movimiento de mujeres en Buenos Aires. Aprendimos de muchas de estas compañeras, pero el problema con algunas es su intolerancia respecto de otros colectivos y organizaciones que no son sólo y puramente feministas.

En nuestra experiencia fue muy importante la relación con las compañeras de La Casa del Encuentro porque fueron las primeras en reivindicarse feministas populares. A diferencia de ese feminismo academicista que solamente les hablaba a las mujeres especialistas en género, ellas planteaban la necesidad de construir un discurso político que permitiera interpelar y llegar a más gente, de que el feminismo les hablara a las mujeres de sus problemas cotidianos. Ahí empezamos a hablar de feminismo popular, en el sentido de un feminismo que rompiera el esquema de lo académico, institucional, de un discurso sólo para entendidas, y que empezara a interpelar, a construir y hablar con las mujeres de todos lados.

“Esta forma de concebir nuestro feminismo es un denominador común en la izquierda independiente”

Cuando profundizamos nuestro alejamiento de la corriente italiana nos ponemos en contacto con otras organizaciones y sectores de la llamada izquierda independiente en Argentina. Ahí nos empezamos a reconocer en las experiencias de muchas otras compañeras con recorridos similares en la construcción de estos feminismos. Creo que

nosotras las compañeras, y muchos compañeros afortunadamente, que nos decimos feministas en este espacio más amplio de la izquierda independiente, somos hijos e hijas de este tiempo, somos el resultado de un proceso histórico en este lugar del continente.

Llegamos al feminismo producto de una interpelación más profunda y una cierta incomodidad frente a las teorías, frente a los programas y frente a los discursos que intentaban cambiar la realidad. Nuestras organizaciones de la izquierda independiente, queriendo llevar a cabo una verdadera revolución y siendo parte de los procesos revolucionarios tan cual son y no como nos gustaría que fuesen, empezamos a sentir que hay cosas que no nos cierran de las teorías ya utilizadas, repetidas e interpretadas clásicamente por la izquierda. Y nos metimos con todo en el proceso tal cual es, con todas sus limitaciones, miserias, cosas inacabadas, como todo proceso revolucionario. Y ahí las compañeras empezamos a hacer nuestro propio proceso, porque cuando salís a cuestionar todo, llega un momento en que empezás a cuestionar a tu propia organización y hasta a vos misma. Yo creo que llegamos al feminismo de esta manera.

Intercambiando con las distintas compañeras pudimos ir advirtiendo que tenemos este denominador común; hemos pasado todas por la instancia de meternos hacia adentro y de hacernos fuertes discutiendo entre nosotras, pensando que solamente nosotras podíamos entender lo que nos estaba pasando; sufrimos la reacción de muchos de nuestros compañeros por los prejuicios, por la incomprensión y también por nuestras propias limitaciones para poder expresar lo que estábamos buscando; que nos fuimos de mambo, incluso a un extremo y tuvimos que aprender a volver, porque si bien siempre decimos que el feminismo no pretende dar vuelta la tortilla, muchas veces caemos en la tentación de estigmatizar a los compañeros o reproducimos estereotipos como si hubiera una sola manera de ser varón.

Lo veo como un feminismo fuertemente anclado en la realidad y raíces de su continente, un feminismo latinoamericano. Un feminismo que tiene que ser construcción de base en los lugares de trabajo, en las escuelas, en los barrios, en nuestras organizaciones, que no puede ser sólo un discurso, sólo una performance. Y además creo que nuestro feminismo puede saldar algo que en otro momento estaba planteado como incompatible, como las construcciones de base y la disputa institucional. Creo que en esta coyuntura nos estamos dando cuenta que muchas leyes o políticas públicas que se han conseguido gracias a la lucha y la movilización son herramientas muy importantes para construir, y que necesitamos pelear por otras que nos permitan vivir en mejores condiciones, como por ejemplo la legalización del aborto. Y para eso hay que pensar en diferentes planos de la disputa y no idealizar unos y demonizar otros.

Creo que esta forma de concebir a nuestro feminismo es un denominador común en los distintos grupos de la llamada izquierda independiente.

“Entienden que la opresión que muchos colectivos sufrimos es un efecto colateral de la explotación”

Yo no creo que las organizaciones de la izquierda tradicional sean feministas, aunque haya compañeras feministas dentro de estas organizaciones. Creo que el principal problema es teórico político, porque son organizaciones que sostienen la unicidad del sujeto revolucionario y tienen un esquema de lo que es y debería ser la revolución que les impide poder ver la complejidad de la realidad. Obviamente no pueden negar que existen los movimientos de mujeres, como tampoco pueden negar que existen los movimientos de estudiantes, ambientalistas, étnicos, etc. El tema es que los entienden como totalmente subsidiarios y al servicio de lo que sería la verdadera y única lucha contra la explotación. Ellxs entienden que la opresión que muchos colectivos sufrimos es un efecto colateral de la explotación y eso tiene implicancias políticas concretas. En este caso, una aproximación totalmente instrumental a los movimientos feministas y de diversidad sexual. No los conciben como aportes fundamentales a la transformación social sino para ponerlos al servicio de una lucha supuestamente superior y trascendente.

Cuando unx se pone los anteojos violetas empieza a ver que existen otras realidades, otrxs sujetxs, otras disrupciones.

“El feminismo es ir a contracorriente”

Siempre les digo a mis compañeras que cuando se me develó o me ayudaron a develar que la sociedad está dividida en clases, que la pobreza no era natural o por designio de Dios, los fundamentos de la explotación y la desigualdad, empecé a ver cosas que antes no veía, como si me hubieran puesto unos lentes infrarrojos. Sin embargo, fue una ruptura aún más fuerte el darme cuenta de la existencia del Patriarcado, de la opresión de género. Fue un antes y un después.

Para mí el feminismo, en primer lugar, es una manera de ver el mundo y de posicionarse frente a él. Me gusta mucho la metáfora de las gafas violetas. El feminismo es eso para mí, es ponernos unos lentes y analizar la realidad y llegar a los resquicios que otras teorías y otros movimientos no llegaron. Y una manera de pararme frente al mundo porque creo que el feminismo tiene un gran componente ético también; no justificar absolutamente ningún tipo de violencia y ningún tipo de opresión. Creo que tiene un componente muy

subversivo, a pesar de que a veces se le quiera poner lavandina y convertirlo en algo políticamente correcto.

Lo vivo como una teoría, como un discurso y como una praxis, de manera inescindible. Es algo que molesta, que es inoportuno, que incomoda lo normalmente establecido. Al mismo tiempo creo que es un aporte a la liberación, pero no es el único. Creo que los feminismos, así como son y como están, tienen también sus límites y necesitan ir unidos con otras teorías que hacen a la liberación de la humanidad, a la transformación revolucionaria. Pero sin el feminismo, una transformación social verdaderamente radical y profunda, es imposible.

Si bien al principio el feminismo me funcionó para poder decir qué no quiero ser, para rechazar ciertos mandatos familiares, culturales, o incluso esquemas autoconstruidos, me gusta reivindicar lo que el feminismo me aporta para aquello que sí quiero ser. El poner en discusión el tema del deseo, lo que yo deseo, no lo que esperan de mí, mi mamá, mi papá, mi pareja, mi organización. ¿Qué es lo que verdaderamente deseo yo? ¿Cómo quiero vivir? ¿Cómo quiero militar? ¿Qué es lo que estoy y lo que no estoy dispuesta a bancarme? Sin duda esas preguntas me fueron empujando a darme cuenta que sigo sosteniendo la perspectiva feminista a muerte, pero que es un proceso, no es un punto de llegada.

Reconozco que en algunas cosas me fui de mambo por llevar al extremo algunas posiciones, o incluso autoimponerme cosas para las cuales todavía no estaba preparada. Lo veo en muchas mujeres jóvenes y no tanto, que empiezan a acercarse al feminismo y de repente empiezan a tener actitudes muy duras, muy esquemáticas, muy extremas a veces. Hay que entender que cuando hablamos del patriarcado, hablamos de algo que tiene que ver con fibras muy íntimas, con habernos socializado en determinado esquema, con cuestiones culturales muy profundas, no son meras costumbres que se puedan cambiar sin costos, porque tienen sus implicancias subjetivas. No es algo para tomárselo livianamente.

Me considero una mujer feminista con una manera de vivir y de pensar que busca ser armónica, aunque creo que tengo muchas contradicciones. En la relación con otras mujeres, en la relación con los varones, a nivel de pareja, del cuerpo, de la sexualidad. Estoy aprendiendo a entender que es un proceso más contradictorio. Hay cosas de mi vida personal y cotidiana que necesitan ser todavía más teñidas de violeta. Pero hay que evitar que el feminismo se transforme en una exigencia tal que nos flagelemos por nuestras contradicciones, por tener deseos que no responden con algún modelo del deber ser feminista, para que la politización de la vida cotidiana sea liberadora y no asfixiante. El

deber ser tiene patas cortas y este camino es largo. Obviamente la vida es más “normal” si uno no se replantea nada, pero el feminismo es ir a contracorriente.

“Hace a la diferencia a la hora de subvertir, de criticar, de señalar límites donde las demás teorías no llegan”

Creo que mi principal aporte a los colectivos de los que participo es desde mi referencia en el movimiento de mujeres, desde mi militancia feminista, y que desde ahí puedo aportar a enriquecer una teoría, un discurso, un programa, una práctica política. Mis mejores capacidades y potencialidades militantes emergen cuando me dedico a pensar política de género, a militar feminismos con las compañeras y compañeros, porque es lo que más me estimula y motiva, porque es ahí donde me siento yo misma.

En mi militancia hubo un antes y un después del feminismo, a pesar de que empecé mi devenir feminista al poco tiempo de empezar a militar. Creo que el ser feminista te da como un *plus* para llegar a las personas, para problematizar, para reflexionar sobre cosas que no todxs reflexionan, y te da unos lentes críticos impresionantes. El feminismo es un *corpus* teórico muy potente para cualquier militante y hace a la diferencia a la hora de subvertir, de criticar, de señalar límites, donde las demás teorías no llegan. Te posibilita advertir micro-poderes, micro-desigualdades, micro-discursos.

Alrededor genera todo tipo de cosas; genera admiración, interés, incomodidad y genera reacción. Ya no es como en los 90, principios del 2000, que decías *soy feminista* y eras como un pájaro raro. Actualmente es mayor la aceptación, aunque también hay mucha superficialidad, porque ser feminista no es simplemente estar contra la violencia de género.

Con muchos varones genera una distancia. Me doy cuenta que me tratan prácticamente como si fuera una virgen vestal. Antes de mi devenir feminista era bastante común que los tipos me avanzaran y ahora es como que no supieran cómo acercarse. Se genera un poco de distancia. En mi poca experiencia sindical cuando los compañeros dicen una puteada, me miran a mí y piden perdón, como que te colocan en un lugar de panóptico. Incluso hay compañeras que cuando me empiezan a conocer se sorprenden de que sea una persona normal, con muchas de sus mismas contradicciones, como si creyeran que era una especie de monje tibetano.

“Esta nueva organización parte del piso de definirse antipatriarcal”

Cuando Juventud Rebelde, Rebelión y Socialismo Libertario iniciamos el proceso de síntesis, de varios meses de discusión política, desde Socialismo Libertario pusimos como

un punto ineludible de la síntesis el carácter antipatriarcal. Nosotros ya hablábamos de revolución feminista, pero al no venir de recorridos comunes y sabiendo que todavía existía esa carga de desconocimiento, rechazo y reacción respecto al feminismo, nos pusimos como objetivo y condición el antipatriarcado. Ahora, una cosa eran los papeles y otra cosa era la vida cotidiana de la organización.

Recuerdo el día que lanzamos Marea Popular en Atlanta que se hizo un video muy lindo, con la versión del Himno cantada por Charly García, que iba mostrando todas las luchas de los movimientos populares en la Argentina, desde la Semana Trágica y la Reforma del 18, hasta la actualidad, pasando por el Cordobazo, la resistencia a la última dictadura y al orden neoliberal, el 2001. No había una sola figura que tuviera que ver con luchas de las mujeres. Esa fue una primera crisis.

Me acuerdo también del primer campamento, donde además se presentaban los ejes de nuestro programa electoral para la Ciudad de Buenos Aires. Hubo una comisión de compañeras trabajando previamente el eje de género y ese día ni se mencionó. Me paré delante de no sé cuántas personas y le dije al compañero que exponía que se estaba olvidando del eje de género. Hubo compañeras que se fueron llorando de esa instancia, nos sentíamos absolutamente ignoradas, invisibilizadas. Ese fue otro momento de crisis. Nos juntamos con esos compañeros y aclaramos los tantos; esta nueva organización parte del piso de definirse antipatriarcal, así que quien vaya a ser referente de esta organización no puede desconocerlo.

A partir de ahí empezamos con todo un laburo hacia la organización, de interpelación permanente, de talleres, de iniciativas, impulsando que desde los espacios de base se empiecen a pensar políticas de género, de pelear el lugar de las políticas de género en el programa electoral, de convencer a los compañeros. Todo eso lo fuimos logrando a fuerza de insistir y convencer, de hacer un trabajo de hormiga, donde también hubo momentos de crisis y enfrentamiento.

Nosotras en SL veníamos de un planteo muy ideológico, con poca inserción, porque éramos un grupo muy chico, pero nuestro recorrido junto al de las compañeras de la Juventud Rebelde potenció el Área de Género. Había que imprimirle más política, más basamento constructivo, y eso es lo que nos permitió la nueva organización, poder amalgamar y explotar los mejores recorridos y las mejores trayectorias.

“Fue y sigue siendo necesario demostrarles que el feminismo garpa”

Lo que pudimos avanzar fue posible por el trabajo que hemos hecho; al mismo tiempo que disputábamos internamente nos dedicábamos a tener proyección política, a demostrar

que podíamos juntarnos con otras organizaciones, tener una columna de mil compañeras en la marcha del Encuentro Nacional de Mujeres, lograr presencia en los medios.

Yo creo que hoy todos los compañeros te firman la consigna *“Sin feminismo no hay socialismo”*. La dificultad es acordar qué significa, cómo se traduce, qué implicancias tendría asumirla.

Somos conscientes que muchas veces nos paramos sobre lo más atrasado de algunos compañeros, que parecen haber descubierto la gallina de los huevos de oro, que el feminismo puede ser un factor de construcción de referencia política. Sabemos que es el crecimiento de nuestra inserción y visibilidad hacia afuera lo que nos empodera hacia adentro. Hay un cambio en el reconocimiento de nuestra construcción, pero sabemos que para que sea posible fue y sigue siendo necesario demostrarles que el feminismo garpa. Si bien esto supone un reconocimiento a nuestro trabajo, también evidencia una limitación política.

Para ninguna de nosotras nuestro devenir feminista tuvo que ver con garpara, no es que lo vimos como una oportunidad para acumular, lo vivimos como un proceso real, íntimo, personal, colectivo y político. Y si garpa tiene que ver con la gran necesidad que hay en los sectores populares de que esto se aborde, con que es una problemática profunda, con que hay mucha gente que tiene una vida de mierda producto de estas desigualdades. Es como ir a Bolivia y decir, *“che cómo garpa esto de la etnicidad”*. Es una cosa muy limitada, muy básica.

Al mismo tiempo que algunos te dicen eso y referencian tu laburo, hay un montón de compañeros y compañeras de base que están convencidos, no porque el feminismo garpa, sino porque les gusta, les entusiasma, porque lo encuentran necesario. Cada vez son más, y ese es el cambio más genuino en el que nos apoyamos.

“Hay que evitar la delegación de toda la política de género en un área específica y también hay que evitar el aislamiento”

Marea Popular es una izquierda compuesta por compañeros y compañeras que venimos de distintas tradiciones políticas. Si bien nos supuso un desafío porque hay tradiciones que arrastran muchos prejuicios respecto al movimiento feminista y el movimiento de mujeres, gracias a la militancia política y el cuerpo que le hemos puesto las compañeras, en el corto recorrido que hemos hecho se ha empezado a generar un cambio. Hoy la cuestión de género está en la agenda de la organización, es una temática que está a la hora de hacer política o de proponer cualquier campaña, y aunque todavía requiera de un área

específica que esté atenta, dispuesta a proponer y a revisar, no deja de ser un piso importante.

Desde el área de género nos vamos dando distintas discusiones y estrategias. No pensamos a la política de género como algo aislado y por eso impulsamos la discusión de que la cuestión de género sea transversal. No somos la Cruz Roja para auxiliar en cada situación ni podemos andar girando por todos los espacios de base tapando huecos. Podemos colaborar desde el área pero no vamos a ir a sustituir lo que cada espacio tiene que hacer. Hay que evitar la delegación de toda la política de género en un área específica. También hay que evitar el aislamiento porque no queremos ser un grupo de compañeras y compañeros que hacemos política de género totalmente escindida de la política de la organización, y quedar como encerradas en una burbuja. Necesitamos ser factores activos de propuesta política, estar a la ofensiva.

“La formación es un gran nudo de poder y resistencia”

Desde el Área de Género teníamos varias propuestas, pero nunca las pudimos llevar adelante, por ejemplo, instancias formativas. Sería importante para trabajar con estos compañeros que en las instancias formativas de la organización se ponga como parte del temario puntos específicos que tengan que ver con la organización, con su dinámica, con las desigualdades de poder, lo cual también es difícil porque en general la formación es EL espacio privilegiado de estos compañeros que tienen poca relación con los espacios de base. Es un problema porque de esa manera tampoco se enteran qué formación demandan los espacios de base, que por ejemplo nos vienen pidiendo al área formación sobre temas de género.

Creo que el tema formativo es un tema de poder y de resistencia; qué se discute, cuál es la teoría que va a discutir la organización, quién está en condiciones de dar un curso teórico y quién no. Yo he sido parte transitoria de ese espacio y me sentí absolutamente ninguneada. Hice muchas propuestas, de las cuales no tomaron ni una y ni siquiera las discutieron. Los espacios de base y las actividades de formación son las instancias donde problematizar esto, siempre que puedas con la guardia pretoriana de la formación teórica. Hay temas a los que hoy ya no pueden decir que no, porque a cualquiera de nuestrxs compañerxs, incluso el más de base, el más nuevo -cuando muchxs se acercaron por estos temas- que no haya nada sobre género les haría ruido. Hay cosas sobre las que hemos avanzando y no hay vuelta atrás. Ahora, el tema son los micro-poderes que se dan ahí adentro, en los organismos donde estas políticas de formación se definen.

“La presencia de mujeres no garantiza en sí misma su participación en condiciones de igualdad”

Participé de la Coordinación General (CG) de Marea Popular hasta hace muy poco que se conformó una instancia de coordinación de transición de cara a la síntesis con el Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacional (proceso del que surgirá meses después el Movimiento Popular Patria Grande). En esa Coordinación General estuve en representación del Área de Género desde que se fundó Marea Popular. Varias veces he planteado en el Área la discusión acerca de mi continuidad en esa instancia. Aunque creo que participar de la Coordinación nos sirve para que la política de género no quede aislada de la política más general de la organización, muchas veces dudo sobre lo que podría aportar yo, y en general he intervenido muy poco en esas reuniones. Más allá del Área no lo he hablado. Las reuniones de CG son heterogéneas y espaciadas y no le he encontrado el sentido a introducir esta discusión.

Si bien la presencia de las compañeras ha ido aumentando –aunque la composición siga siendo mayoritariamente masculina–, no conversamos entre nosotras sobre nuestra participación en tanto mujeres en esa instancia ni problematizamos el funcionamiento de ese organismo en clave de género.

La presencia de mujeres no garantiza en sí misma su participación en condiciones de igualdad. Creo que las estrategias tienen que ir más allá del cupo de mujeres que procura avanzar en la equidad de género en los espacios de definición. Las compañeras tenemos que estar presentes en esos espacios, pero también tenemos que preguntarnos sobre las condiciones de esa presencia, porque de nada sirve si estamos y no hablamos, o no podemos con la responsabilidad. Hay que generar condiciones para que las compañeras propuestas puedan desarrollarse efectivamente en esas tareas porque de lo contrario, cuando no logran hacerlo, se privatizan e individualizan los obstáculos concluyendo que *“no responde, no está a la altura, no toma las responsabilidades”*. Cómo se acompaña a esa compañera cuando la organización está apostando a su desarrollo militante en nuevas tareas, debería ser parte de la reflexión cotidiana.

Una condición indispensable es la prioridad que esa tarea debe tener para la compañera, porque nosotras tomamos un montón de responsabilidades y todas parecieran ser igual importantes. En cambio, los compañeros sí priorizan. ¿Por qué las mujeres no podemos escribir un programa político, no podemos escribir un documento? Yo creo que nos limitan y nos tragamos el sapo de la limitación. La disponibilidad de tiempo y cabeza para formarse, leer, escribir, también tiene que ver con la priorización de las tareas. Si las compañeras nos pasamos sumando responsabilidades y tapando huecos es imposible. Hay

que discutir esa prioridad como una cuestión política. Si se decide colectivamente una después tiene en qué basarse... *“ustedes me están pidiendo que tome esta responsabilidad, pero no me eximen de todas las demás, y si es así no lo voy a poder hacer”*.

Cuando uno empieza a discutir estas cuestiones predomina una respuesta que supone que las trayectorias militantes son resultado de una dinámica de selección natural sin advertir que se encuentran diferenciadas por género. Y cuando se comprende que no es así, que evidentemente hay otras causas que explican estas asimetrías, resulta difícil ubicar por donde enfrentarlas. En gran parte son dinámicas vinculadas a los micromachismos, pero para enfrentarlos hay que poder problematizarlos. Hay que insistir en el listado de las responsabilidades para que se colectivicen. Hay que problematizarlo todo el tiempo porque si lo dejamos librado a “la naturalidad” van a seguir operando las desigualdades y vamos a terminar tomando unas tareas en detrimento de otras.

Si en serio somos todas y todos los que queremos tener compañeras en lugares de referencia, nos tenemos que detener a pensar cómo lo vamos a lograr.

“La forma de reaccionar ante este problema organizativo sí está condicionada por el género”

Hablamos de las condiciones para que una compañera pueda asumir una tarea, en términos de disponibilidad de tiempo, de acompañamiento colectivo, de poder priorizar esa tarea sobre otras. Ahora, ¿cómo pensamos que tiene que ser un espacio u organismo para garantizar la participación de las compañeras en condiciones de igualdad?

Ante determinadas dinámicas es como una defensa pasar por desapercibida. Cuando hay varones que hacen intervenciones de 15 minutos, donde pretenden abordarlo todo, lo que es, lo que fue y lo que puede llegar a ser, es inevitable que te preguntes qué más podrías aportar y que sientas que de no pasar por desapercibida vas a tener que destacarte haciendo un aporte sustancial.

Cuando los que coordinan o dirigen son varones hay poca socialización de la información, y cuando no todos tenemos ni compartimos la misma información, no estamos en iguales condiciones de opinar. Así se profundizan las desigualdades entre los compañeros que son referentes y las compañeras y compañeros de base.

En reunión del espacio docente, compañeras jóvenes que se sumaron recientemente dijeron que cuando no se preparaba el temario y no tenían claro qué íbamos a discutir, se sentían perdidas, que necesitaban conocerlo con anticipación para poder prepararse. En general los compañeros referentes, que son muy jetones, ya participaron de otras

instancias de reunión, pero el compañero o compañera más de base, que tal vez estuvo militando toda la semana, si no sabe lo que vamos a discutir ni cuenta con algún insumo para formar una opinión, no tiene elementos para intervenir. Preparar una reunión significa pensar el temario, ponerlo a discusión a ver si todos estamos de acuerdo unos días antes, ver qué materiales vamos a discutir, si alguien tiene una propuesta, si alguien tiene una inquietud. Si les interesa que haya participación colectiva en la discusión deberían socializar las herramientas necesarias, sino los referentes te dicen el temario en el momento, total ellos ya tuvieron dos o tres instancias previas donde lo discutieron, y ante tu opinión desinformada te cuentan cómo son las cosas en realidad.

Ese también es un mecanismo que tiene que ver con el poder. Me parece que si estas en un espacio de intercambio colectivo problematizando algo, donde hay un ida y vuelta, donde todos tuvimos la misma posibilidad de prepararnos con tiempo para discutir una cuestión, no es necesario y tampoco aporta hacer una intervención súper espectacular que deje al resto en silencio. Es muy masculino, muy prestigista y muy pequenoburgués también.

No tiene que ver sólo con un problema de género sino con la organización que estas construyendo. La forma de reaccionar ante este problema organizativo sí está condicionada por el género y somos las compañeras las más perjudicadas, porque ahí pesa la timidez, pesa el no animarse a preguntar, el sentir esa incomodidad y no poder expresarla. En ese esquema organizativo algunos sectores nos vemos más desfavorecidos. Las compañeras somos protagonistas en los espacios que construimos porque los estamos pensando cotidianamente, los problemas que hay, lo que hemos hecho mal, lo que hay que hacer mejor. El problema es cuando se llega a esas otras instancias de conducción, menos ancladas al trabajo de base cotidiano, sin la debida preparación y el recorrido común que hay que hacer.

Hay que laburar mucho la importancia de lo colectivo, entender que cuando un compañero o una compañera no intervienen no es un problema exclusivo de ellos, sino que es un problema de la organización, que hay quien no está siendo totalmente protagonista de nuestra política. Los lugares por excelencia para todos estos debates son los espacios de base, imprimiendo de abajo hacia arriba una nueva cultura a la organización.

“Los hilos de la política siguen siendo mayoritariamente masculinos”

Hay distintos tipos de liderazgos. Los liderazgos de los espacios de base y de los sectores, que se construyen y sostienen en la militancia cotidiana, que requieren el poner el cuerpo

y comprometerse con las posibilidades que se asumen colectivamente, están más repartidos entre varones y mujeres. Sobre todo porque las mujeres tenemos una alta tasa de militancia, con mucha coherencia, mucho laburo y tomamos responsabilidades que son las que efectivamente garantizan el sostenimiento de los espacios.

Después están las referencias más súper-estructurales, donde hay más compañeros y alguna que otra compañera, que son más que nada figuras públicas. Si bien llegan a ocupar esos roles porque han hecho su recorrido militante, muchas veces pierden conexión con el trabajo de base. Lo que más contradicción me genera respecto a este tipo de liderazgo es la creencia de que esos compañeros están en condiciones de opinar y dirimir sobre cualquier asunto. En general son varones quienes toman estos roles. Y en algún punto la actividad política a gran escala, el periodismo político, privilegia estas características, porque no te convocan a desarrollar tus proyectos o tus prácticas, sino para opinar sobre todo un poco. Y creo que a las mujeres nos resulta más difícil ubicarnos en esos lugares de autoridad omnisapiente.

Hay personas a las que les encanta medirse porque viven de la individuación dentro de la organización y lo viven como una cuestión de poder. Reconozco que es un problema para la organización, pero llega un punto en que esa lógica de *porongueo* me causa gracia. Lo veo como los potrillos que están empezando a medirse o como los alces, que no se van a hacer nada, pero están ahí midiéndose. Si tengo más confianza, se los digo a los compañeros, “*che, fijensé porque me parece que esto se dirime con una regla*”.

La existencia de mujeres en posiciones de liderazgos políticos de máximo nivel, como las mujeres que presiden gobiernos en nuestro continente, tiene impacto en la demostración del lugar que podemos ocupar las mujeres si nos lo proponemos. No creo que impacte en la misma medida a la hora de poder transformar las relaciones entre varones y mujeres en la política ni para transformar la actividad política misma.

Y no se nos juzga con la misma vara. Las mujeres somos criticadas por superfluas si cuidamos nuestra imagen y estética, y también si estamos desalineadas; si somos tímidas y bajo perfil no tenemos personalidad para la política, y si somos vehementes en nuestras convicciones pecamos de soberbias o de histéricas. Y sobre todo resulta insoportable si demostramos ser más capaces que los hombres en una actividad que se supone hecha a su medida. Eso sí que no se nos perdona.

El liderazgo de las mujeres no logró cambiar las reglas de juego porque los hilos de la política siguen siendo mayoritariamente masculinos.

“Con micromachismos me refiero a estas dinámicas para retener el poder frente a las mujeres y frente a otros varones”

Claramente sigue habiendo desigualdades entre mujeres y varones. A diferencia de otras experiencias de militancia de las que he participado, en este momento de nuestra organización se hacen menos evidentes, más veladas, y por eso también es necesario hablar de otro nivel de asimetrías y pensar en los micromachismos y micro-desigualdades. Me estoy refiriendo, entre otras cosas, a la toma de tareas y responsabilidades, a lo que significa poner el cuerpo, al manejo y disponibilidad de tiempo, al uso y reconocimiento de la palabra, a la gestualidad con que se reciben esas palabras o intervenciones, a la tendencia a subestimar el carácter político de ciertos malestares u observaciones de las compañeras reduciéndolos a lo catártico.

A mí me molesta la corporeidad de los varones cuando hablan y también cuando están hablando otros y otras. Según quien está hablando hay compañeros que están con el celular, van al baño, a calentar la pava. Aparentemente ya es previsible para ellos que lo que vamos a decir es una pelotudez, de lo contrario demostrarían alguna predisposición a escucharnos. Son mecanismos bastante sutiles, no sé si conscientes o inconscientes, pero que yo sí registro cuando estoy hablando y hay compañeros referentes que aprovechan ese momento para irse a fumar o preguntarle algo al de al lado.

Otra cosa práctica habitual; interviene un compañero y retoma lo que había dicho otro y en realidad vos ya habías dicho lo mismo, o algo parecido y no te registraron. Sino tenés que salir a aclarar que vos no dijiste eso que están diciendo que dijiste. A veces te hacen dudar de vos misma, de lo que dijiste, si fuiste poco clara para que te hayan mal interpretado, o si escucharon otra cosa. Se incrementan esas inseguridades sobre todo cuando una está en espacios donde no se conoce demasiado con las otras personas.

Otra es ensalzar a determinados varones a los que se les vio cierta capacidad y te das cuenta que los están inflando totalmente. Cosa que no harían con una mujer porque para convertir a una compañera en referente pública o vocera tiene que tener un montón de requerimientos. Ahora, de repente, a un tipo lo inflan, lo inflan, lo inflan y ya es referente. Existen estos mecanismos de poder, de inflar a quien yo considero que hay que inflar, o de apostar a quien yo considero que hay que apostar, o darle la voz a quien yo considero que hay que darle la voz.

No tengo mucha idea de cómo enfrentar estas dinámicas sin caer en una actitud de estar todo el tiempo saltando y señalándolas. Además, siempre se están discutiendo cosas muy importantes, que parecen ser de vida o muerte, como sacar la afiliación en una provincia, presentarse a elecciones, el marco de alianzas, que hacen que lo que una va a plantear

parezca superficial. La dinámica de las organizaciones políticas a veces atenta contra estos otros debates de manera perversa, porque siempre es todo tan importante que lo que una ve, termina no siéndolo. Y cuando lo planteas parecería que estás mirando una película distinta y llega un punto donde incluso tenés que demostrar que lo que estás diciendo es lo que efectivamente sucede. Evidentemente usamos distintos anteojos. Con micromachismos me refiero a estas dinámicas para retener el poder frente a las mujeres y frente a otros varones también, varones más jóvenes, varones más nuevos.

“Minimizan políticamente este tipo de críticas como mecanismo para no hacerse cargo”

Hace poco en una reunión un grupo de compañeras hicieron una crítica concreta al referente de nuestro espacio. Estábamos discutiendo una problemática de género, de un compañero referente del espacio hacia dos compañeras nuevas, y otro compañero respondió que lo importante era avanzar y no hacer catarsis. Entonces yo le digo; *“¿Por qué pensás que las críticas de las compañeras son catarsis y no cuestiones políticas? ¿Cuál es tu referencia? Porque lo están diciendo animadamente, apasionadamente, incluso expresando sentimientos... Porque las compañeras expresen sus emociones, sus sentimientos, que se sintieron mal con la actitud de este compañero, que les cueste hablar, incluso que lloren, ¿por eso para vos es catarsis?”*.

Para mí fue una situación incómoda intervenir en ese debate, pero lo consideré necesario porque veía que el piso de discusión era muy básico. Meterme, explicar, ser pedagógica, en presencia de mucha gente nueva, de mucha gente joven, que según cómo una discute lo toma a mal y se genera el efecto indeseado... todo ese escenario me generó como una presión psicológica, pero consideraba que lo tenía que hacer, y también que mis compañeras esperaban que lo hiciera. En algún momento fui dura con el compañero, pero entiendo que era lo que requería la situación.

La reacción del compañero criticado ayuda a entender por qué muchas veces se elude dar estos debates en espacios orgánicos. Se le hizo una crítica profunda, pero en un aspecto particular de su actividad militante, sobre cómo se manejó puntualmente con algunas compañeras, y no a él en su integralidad como militante, como compañero de la organización. El hecho de que lo viva como una impugnación a su persona y se ponga en un lugar de víctima, cuando en realidad las víctimas fueron las compañeras sobre las que ejerció una relación de poder, que se sintieron lastimadas y lo estaban expresando en el espacio correspondiente, hace que en el fondo sea una cuestión de prestigismo. *“Si me están cuestionando, me voy de todo”*.

Esa reactividad de muchos compañeros a no querer discutir determinadas cosas, tiene que ver con que si se los critica lo viven como una deslegitimación de toda su persona o militancia, cuando concretamente se le está señalando la necesidad de modificar tales o cuales actitudes, pensamientos, o formas de relacionarse. En general les cuesta recibir la crítica y más cuando son expresadas desde estos discursos emocionales a los que nos referíamos. Sobre todo, a los compañeros que son referentes, que minimizan políticamente este tipo de críticas como mecanismo para no hacerse cargo.

“El piso de politización de lo personal en nuestras organizaciones es muy bajo”

Cuando intercambiamos al respecto con las compañeras del Área de género varias dijeron que cuando en sus espacios de militancia han surgido problemáticas similares, se arreglaban “por atrás”, por fuera de las instancias formales y colectivas. Cuando estas situaciones se tratan por fuera de los espacios públicos/políticos, las terminas despolitizando. Yo considero que si hay un problema que afecta al colectivo se discute en el colectivo, como cualquier otro problema político.

Lo que está tácitamente en debate es hasta dónde estos problemas son políticos, hasta dónde tienen que ver con la vida personal, y hasta donde una organización se involucra. Unx se puede meter sin tener una actitud moralista, prescriptiva, ni entrar en detalles íntimos, pero aun así tomar estas cosas como cuestiones políticas. No hay claridad construida respecto de esos límites y evidentemente hay dificultades para su abordaje. En todo caso habrá que definir criterios sobre lo que queremos hablar y cómo lo queremos hablar, pero hay que hacerlo o lo que se debilita es el espacio colectivo. Me di cuenta que el piso de politización de lo personal en nuestras organizaciones es muy bajo y que hay muchos de estos problemas que no se enfrentan o que se enfrentan fuera del colectivo.

Yo reivindico que entre militantes podamos decirnos las cosas cara a cara. Si nosotrxs no construimos un relacionamiento que nos permita decirnos, aún lo más duro, lo más terrible, de frente y mirándonos a los ojos, no somos revolucionarixs. A unx le dan más ganas de pertenecer a un lugar donde las cosas que le pasan son entendidas y discutidas políticamente por todxs y no como un problema individual y privado.

“Al mismo tiempo que reivindican la lucha feminista siguen conservando sus lugares de privilegio”

Llegamos a un punto, a un estado crítico, donde hay cosas que ya no pueden decirse, por ejemplo; *“la verdad es que me tienen las bolas llenas con estos temas”*, *“a ver si se dejan de joder con este tema”*, *“siempre insistiendo con lo mismo”*, *“a ver si se empoderan y*

son ustedes las que dirigen". En otros momentos y en otros espacios a mí me lo han dicho y tenían la impunidad para decirlo porque el contexto se los permitía. Hoy no pueden, aunque algunos lo piensen, porque saben que habría una reacción.

Estamos en un momento en que es políticamente correcto para nuestros referentes hablar de feminismo o explicitar ciertas desigualdades de género que ahora se hacen más evidentes que antes, como que en una reunión las compañeras no tomaron la palabra, o que en un panel sobre coyuntura nacional expusieron todos dirigentes varones. En muchas ocasiones se señalan esas desigualdades como constatándolas, pero al mismo tiempo poniéndose por fuera, como si ellos que hicieron uso y abuso de la palabra en esa reunión, o que integraron ese panel de puros hombres sin preguntarse si habría compañeras en condiciones de hacerlo en su lugar, no tuvieran nada que ver con esa dinámica. Volvemos a la teoría de la selección natural, no se sabe si fue la presión del ambiente o qué, pero que ellos estén sentados ahí no tendría nada que ver con que haya otras que no tengan acceso a ese lugar. Hay compañeros que están muy anquilosados en esa situación, pero realmente siento que no son conscientes de sus privilegios y que no son siquiera capaces de pensarlos. Al mismo tiempo que reivindican la lucha feminista siguen conservando sus lugares de privilegios y no son confrontados.

También hay compañeras que en cierta medida terminan siendo cómplices de avalar o legitimar las explicaciones que dan ellos; *"si es el momento...si ahora estamos en situación para abordar esto...si estamos en condiciones...sabemos que falta, pero..."*

Son compañeras que a veces no pueden hacer otra cosa o podrían, pero no se animan a hacerlo, o no lo quieren hacer, o porque no se quieren meter en dificultades o porque no están dispuestas a pagar los costos. A veces me doy cuenta que yo también busco correrme de ciertas situaciones para no exponerme o incluso evitar deteriorar o perder relaciones de años. Quizás si una es más paciente y se apoya en otras cosas, vamos llegando a los mismos objetivos en otros tiempos.

Estos problemas se hacen aún más complicados de enunciar en coyunturas donde pareciera no haber espacio para pensar más allá de la agenda inmediata y sus urgencias. Me recuerda a la discusión de las sufragistas que luchaban por el voto femenino y les decían; *"estamos yendo a la guerra mundial, dejensé de joder y no sean traidoras a la patria"*, *"ahora hay que ponerse la camiseta y tirar para adelante"*.

"Siento que las mujeres nos quedamos procesando el impacto de forma individual"

Cuando polemizo soy muy vehemente y sé que eso molesta, cuando de repente hay un montón de compañeros que son vehementes y no se genera lo mismo. Me incomoda sentir

que tengo que andar dando vueltas para decir lo que quiero decir de manera que no caiga mal. Pero como lo que me interesa es que se dé la discusión política de fondo, trato de hacerlo de forma tal que sea eso lo que se privilegie. A veces es tal la preocupación por lo que van a decir de mi intervención que prefiero quedarme callada, como si estuviera siempre esperando la mejor manera de argumentarlo. Lo que vas a decir, cómo lo vas a decir, qué vas a proponer; a veces siento demasiadas presiones y en general el varón no tiene tanto prurito a la hora de intervenir.

He pasado por una etapa de malestar, de sentir que había cosas que no iban y no saber cómo plantearlo más allá de lo no verbal, de la postura, de la cara, del tono de voz, o del entusiasmo al participar en el espacio. En cierta medida hay cosas de las que me corrí para que no me afecten tanto, para no desgastarme, no exponerme en lugares donde me siento incómoda, que me generan presión o malestar.

Me incomoda y me hace sentir mal que me puedan ver como “la rompe huevos” o que parezca que detrás de mi crítica hay una búsqueda de un privilegio personal, porque quiero proyectarme o sacarle el poder a alguien. Sinceramente no me interesa ocupar ningún puesto de nada y me pone mal que se lo piense así. En realidad, es prejuicio y falta de formación respecto al tema.

No sé bien qué miedo se nos juega a las compañeras mujeres, a las compañeras feministas, porque nunca lo charlamos en esos términos. Creo que pasa por ver hasta dónde cedes y hasta dónde tensas en el marco de una disputa. Y ahí mi mayor miedo es generar una situación de tensión que siquiera yo pueda sostener y eso termine llevándome a correrme del todo. Por eso prefiero actuar colectivamente. Cuando vemos un problema, tratamos de tejer alguna solidaridad de género donde otras compañeras referentas sepan que se va a plantear y salgan a bancar nuestra postura. O con aquellos varones amigables que sabemos que al plantear cosas así van a apoyar.

A veces siento que las mujeres nos quedamos procesando el impacto de forma individual, sin construir la confianza para decir; *“Me sentí para el culo, Me sentí mal, sentí que no me escucharon, sentí que lo que propuse no les interesó, que me escucharon, pero...”* Y sin ese paso es más complicado dar el siguiente; *“¿Cómo lo planteamos la próxima vez? ¿Cómo lo argumentamos? ¿Cómo lo discutimos?”*

Todas, no una sola, todas y que nos retruquen políticamente. Me di cuenta que la mejor manera de abordar eso es colectivamente.

“Reflexionar sobre nuestro ser mujeres militantes y construir micro-espacios de empoderamiento”

Si nunca problematizaste esos espacios en clave de género es posible que sientas que sos invisible; si estoy o no estoy, si hablo o no hablo, da lo mismo. Se anotan todos, de repente preguntan si hay alguien más... No hay nadie más para hablar... se cierra el tema y vos pasaste sin pena ni gloria. Y no te animaste porque no tenías para hacer esa intervención súper espectacular y omnicomprensiva, o tenías para proponer un problema, pero no tenías pensado cuál sería la alternativa, y como al documento que presentó la dirección le veías un problema, pero no tenías la propuesta para solucionarlo, mejor callarse. Muchas veces me pasa que algo no me cierra, pero sino tengo mucha claridad no intervengo, entonces me explico mi silencio de esa manera; *“porque no tenía claridad”*.

Después pasa que cuando las compañeras ya hemos explicitado este tipo de dinámicas nos sentimos observadas por los compañeros, que nos están mirando porque *“no se anota ninguna compañera”*, *“che, ¿no se va a anotar ninguna compañera?”* te preguntan, *“Se quejaron, pero ahora no hablan, ¿qué pasa?”*, le preguntan al de al lado. Te hacen sentir toda la presión de tener que hablar y hacerlo en nombre de todas las mujeres por portación de vagina. Está esa ambivalencia; o sos totalmente invisible o sos la mosca blanca que está ahí sentada y no dice nada.

Creo que tiene que ver con las dinámicas organizativas y también con los estilos de conducción que se construyen. Ayudaría tener referentes/as que sean más amorosos, que inviten a intervenir apuntando a un intercambio más colectivo, de entramado, en el sentido de *“Vos que el otro día me estabas comentando sobre... ¿Te acordás que me habías dicho?, ¿No lo querías compartir?”*. Se hace bastante difícil estar ahí y sentir que todo depende de tu vocación individual por intervenir.

Hay que establecer espacios de autoconciencia, como tenían las feministas en los 70, donde las militantes podamos reflexionar acerca de estos aspectos que se nos ponen en juego en los espacios de militancia; por qué la comodidad, por qué mejor pasar por desapercibida, por qué mejor no anotarme y no intervenir cuando en realidad quiero decir algo y no me animo a decirlo.

Porque no es que no tengamos cosas para decir, que tengamos la mente en blanco, sino que no nos animamos a enfrentar la situación. Y ese es un proceso de empoderamiento personal que deviene de la construcción de un colectivo.

Creo que hay que reflexionar sobre nuestro ser mujeres y militantes. Hay que construir micro-espacios de empoderamiento.

“Se trata de qué personas, qué militantes, qué sociedad queremos ser”

Al menos desde que nos fuimos del MAS, y desde antes también, tengo registro de que se viene teorizando mucho en torno a las organizaciones populares, sobre la forma partido, incluso sobre la prefiguración en las construcciones actuales de diversas formas de relación social que anhelamos para la sociedad futura. Pero este aspecto vinculado con las relaciones de género hacia el interior de las organizaciones todavía es muy poco teorizado, es patrimonio de pequeños puñados de militantes dispersos por distintos grupos.

Hacernos estas preguntas y empezar construir teoría al respecto, nos podría brindar herramientas para plantearnos tácticas y estrategias, y resultarnos útil para incluir estos debates cuando discutimos qué tipo de organizaciones queremos construir. Estas reflexiones todavía son vistas como intimistas, endogámicas, como debates que te meten para adentro y no te permiten proyectar política, cuando en realidad se trata de qué personas, qué militantes, qué sociedad queremos ser.

Vivimos en una sociedad capitalista, patriarcal, racista y nuestras organizaciones todavía no están a la altura de ser una alternativa contra todo eso. Convertirnos en organizaciones plenamente revolucionarias es el desafío que tenemos pendiente.

Referencias

Waldhorn, Yanina y Fabbri, Luciano (2019). “Yo estaba en plena búsqueda”. Narrativa Yanina Waldhorn. En Fabbri, Luciano (Tesis doctoral) *La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico* (283-308). Facultad Ciencias Sociales, UBA.

Ciapponi, Nora y Fabbri, Luciano (2019). “¡Que de prisionera ya basta!”. Narrativa Nora Ciapponi. En Fabbri, Luciano (Tesis doctoral) *La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico* (309-334). Facultad Ciencias Sociales, UBA.

Martín, Pilar y Fabbri, Luciano (2019). “Siempre me sentí movilizada por las injusticias”. Narrativa Pilar Martín. En Fabbri, Luciano (Tesis doctoral) *La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico* (335-369). Facultad Ciencias Sociales, UBA.

García, María Paula y Fabbri, Luciano (2019). “Trabajar lo necesario para tener mi independencia”. Narrativa María Paula García. En Fabbri, Luciano (Tesis doctoral) *La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico* (370-398). Facultad Ciencias Sociales, UBA.